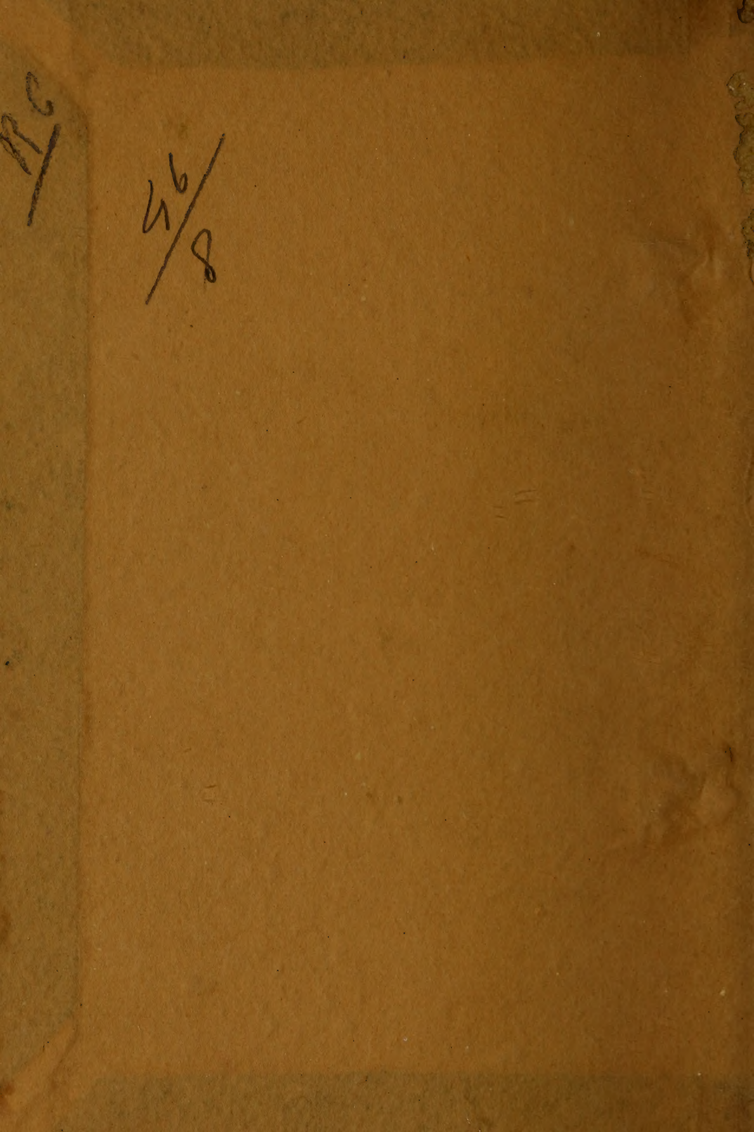

3 1761 09372996 0



URBANO MANINI, EDITOR

LA VIRGEN DE COVADONGA

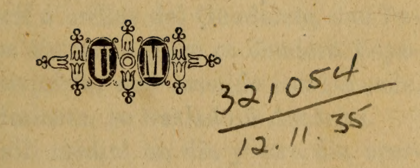
LEYENDAS NACIONALES

LA VÍRGEN DE COVADONGA

novela histórica original

DE

Don Antonio de San Martin.



MADRID

URBANO MANINI, EDITOR

Imprenta de Santos Larxé, calle del Rio, 24.

CAPITULO I.

Don Pelayo en el monte Auseva.—La luz misteriosa.

Despues que las numerosas huestes de don Rodrigo, el más desdichado de los monarcas godos, fueron completamente derrotadas por las tropas de Tarif á orillas del Guadalete, don Pelayo, el héroe sin par á quien es deudora España de su reconquista, mal avenido con las cade. nas del vencimiento, se trasladó á Astúrias.

Una vez allí meditó un dia y otro dia acerca de las desdichas de su pátria, sin encontrar para ellas remedio alguno.

Y en verdad que era muy difícil el hallar este remedio.

Las hordas agarenas venidas en gran número de Africa, todo lo habian invadido cual im-

petuoso torrente; todo lo arrollaran á su paso, siendo dueños de la mayor parte del territorio de que estaba compuesta la monarquía goda.

Tarif era señor de Toledo, y en esta ciudad habia establecido su córte

Desde el estrecho de Gibraltar hasta más allá del Duero, todo lo ocupaban sus tropas vencedoras.

Y estas se aumentaban diariamente con un sin número de aventureros que, ansiosos de botin y de conquistas, entraban en España, abandonando por este delicioso suelo sus arenales del Sahara y sus desconocidas poblaciones del Súdan.

¡Desgraciada España entonces!

Abatida, impotente, y casi abandonada por sus antiguos moradores, solo presentaba ruinas por todas partes.

Sombra triste y desolada de lo que habia sido, el incendio y los males de la guerra marcáran en ella huellas profundas que habian de tardar mucho tiempo en borrarse por completo.

Por eso don Pelayo, que comprendia muy bien que todo estaba perdido, se acogiera á Astúrias, agreste y pintoresco rincon, que en su mayor parte aún no habia hollado con su planta el enemigo.

Allí vivia oscuro é ignorado en compañía de su fiel escudero Gotomaro, hombre ya entra-

do en años y de carácter sombrío y taciturno.

Gotomaro era de noble sangre y habia servido tambien como escudero, á Eudon, duque de Aquitania (1).

Una tarde se hallaba don Pelayo en uno de los lugares más agrestes y pintorescos del monte Auseva.

Para aquellos que no hayan leido nuestro libro que lleva por título: *La Córte del rey bandido*, del cual bien puede llamarse este la continuacion, les diremos que don Pelayo era entonces un jóven de fisonomía grave y pensadora.

En la córte voluptuosa y corrompida de don Rodrigo, en la cual habia tenido un cargo importante, más de una hermosa mujer suspirara en vano por él, procurando conquistar aquel corazon al parecer insensible.

En aquella córte en que todo era amor y devaneos, él era el único que habia observado una conducta más en armonía con la de los antiguos godos, que la de sus conteporáneos que vivian encenagados en los vicios más degradantes.

Esta conducta del jóven habia sido una especie de muda protexta para el rey don Rodrigo y sus impuros cortesanos, los cuales en su dia faltos, á no dudarlo, del vigor necesario para re-

---

(1) Hoy Guiena.

chazar la invasion agarena, habian desaparecido para siempre bajo el carro sangriento del vencedor, ó gemian en la más humillante esclavitud.

Cansado don Pelayo de vagar por la espesura del monte, se sentó sobre una peña y, como de costumbre, se puso á reflexionar en actitud meditabunda, en los males que afligian á su pátria.

Cerca de él corria un pequeño riachuelo, el cual, despues de precipitarse espumante y bullicioso desde una altura respetable, se iba á perder en las asperezas de la montaña haciendo brotar en torno suyo multitud de yerbas y flores silvestres.

El paisaje que se divisaba en torno suyo, era pintoresco en extremo.

El monte Auseva, cortado aquí y allá por profundos derumbaderos, y horadado en cien partes para cuevas naturales, presentaba entonces un aspecto más salvaje é imponente que en la actualidad.

Una de aquellas cuevas, la más aucha (1) y espaciosa, mostraba á poca distancia del lugar ocupado por don Pelayo, su tenebrosa entrada.

Algunos pinos silvestres de color verdi-ne-

---

(1) Hoy aquella cueva se llama de Santa María de Covadonga.

gro y sombrío, y la olorosa madre-selva, crecian aquí y allá; los unos en las quiebras y cortaduras del terreno, y la otra trepando con profusion por los peñascos, de que en su mayor parte está formada la montaña.

Repetimos que no podia darse un lugar más agreste, ni que á la vez convidase más á la meditacion.

Era una de esas tardes poéticas y melancólicas de otoño; una de esas hermosas tardes durante las cuales parece que la naturaleza entera, suspira y llora por las floridas galas de que en breve va á despojarla el crudo invierno.

El cierzo de la montaña gemia blandamente remedando tristísimos lamentos, quejas misteriosas, y arrastrando en sus alas invisibles las primeras hojas desprendidas de los árboles.

Por el cielo, en el cual empezaban á aparecer unas leves sombras precursoras del crepúsculo de la noche, pasaban majestuosamente algunas nubes que impedia el viento.

El sol, próximo á ocultarse tras de las elevadas cumbres de la montaña, teñia aquellas nubes de nacarados colores.

Don Pelayo lanzó un profundo suspiro, y alzando su cabeza, que hasta entonces habia tenido inclinada sobre el pecho, aspiró fuertemente el aire fresco y purísimo de la montaña.

En aquel momento un hermoso y gallardo

cervatillo pasó velozmente por delante de él, y trepando á las alturas que se hallaban á sus espaldas, penetró en la espaciosa cueva de que hemos hablado.

Siguió el jóven con la vista al ligero animal, y cuando este hubo desaparecido, se puso maquinalmente en pié y se dirigió hácia la entrada de la cueva.

¿Qué le llevaba á aquel sitio?

¿Era el deseo de perseguir al cervatillo, ó una mera curiosidad?

Ni él mismo hubiera sabido contestar á estas preguntas.

En sus frecuentes escursiones por la montaña, jamás habia estado en aquellos sitios agrestes y al parecer inhabitados.

Trepó con algun trabajo por un áspero y escabroso sendero, practicado quizá por el paso frecuente de las alimañas que iban á beber en las aguas del torrente ó que tenian su albergue en las escavacionnes de la montaña, y se aproximó á la cueva.

Esta, con la oscuridad de la noche que á más andar se venia encima, estaba lóbrega y sombria, pero á lo lejos, muy á lo lejos, pues parecia prolongarse á una gran distancia, brillaba un ténue resplandor.

Este no procedia de la claridad natural que pudiera penetrar á través de alguna grieta prac-

ticada en la bóveda de la cueva; parecia más bien el reflejo proyectado por una luz.

Lleno don Pelayo de una viva curiosidad, sacó su espada, y penetró resueltamente en la cueva.

La débil claridad, á medida que iba adelantando sin hallar el menor obstáculo en su camino, se hacia cada vez más viva, permitiéndole distinguir aunque confusamente, los lugares por donde atravesaba.

La cueva tenia varios ramales á derecha é izquierda, y las aguas del torrente, filtrándose por las quiebras de la roca, caian gota á gota en varias partes, produciendo leves y acompasados ruidos.

Nuestro héroe caminaba ahuyentando con su espada algunos murciélagos que revoloteaban delante de él, y habiendo llegado á un sitio en donde la cueva se dividia en varios ramales, se dirigió á uno de ellos guiado siempre por la luz misteriosa.

Esta procedia de una tosca lámpara de barro, la cual pendiente de una cadenilla, alumbraba un altar formado de piedras groseramente labradas.

Sobre el altar y bastante bien tallada con referencia al estado de la escultura èn aquel tiempo, se veia una imágen de la Madre de Dios.

El altar estaba adornado con multitud de flores naturales y yerbas olorosas, que esparcian un grato olor en torno suyo, y parecian estar recientemente colocadas.

Descubrió don Pelayo respetuosamete su cabeza resguardada con un ligero capacete, é hincando una rodilla en tierra, se puso á orar con el mayor fervor.

CAPITULO II.

El templo subterráneo.—La trompa de Gotomaro.

Más de media hora duró la oracion de don Pelayo, el cual continuó de rodillas.

Quizá aun hubiera permanecido mucho más tiempo en tan humilde postura, elevando su corazon á la inmaculada reina de los ángeles, si un canto armonioso y lejano, que se iba aproximando, no distragera su atencion.

Púsose en pié y esperó á ver lo que aquello significaba.

No tuvo que aguardar mucho tiempo para satisfacer su curiosidad.

Por uno de los ángulos que desembocaban casi en frente del altar de la Vírgen, aparecieron hasta unas veinte jóvenes, todas vestidas de

blanco, y seguidas de un anciano sacerdote encorvado y decrépito.

Casi todas aquellas jóvenes eran hermosas.

El rostro del anciano inspiraba respeto y veneracion.

Al ver á don Pelayo, todos hicieron un movimiento de sorpresa, pero fuera que su aspecto simpático les inspirarse confianza, ó que estuvieran acostumbrados á ver gente en el templo rústico, lo cierto es, que continuaron entonando su canto que no era otro que la *Salve*; esa oracion tan dulce y consoladora que es uno de los más grandes poemas del Cristianismo.

Cuando la sencilla procesion llegó cerca del altar, el sacerdote subió trabajosamente sus toscas gradas, y se arrodilló.

Lo mismo hicieron las jóvenes.

Don Pelayo no tardó en imitarlas, sintiendo dentro de su alma un consuelo, una dulce paz, que hacia mucho tiempo no habia experimentado.

Despues de orar largo rato, el anciano sacerdote se volvió hácia el pequeño concurso que tenia á sus espaldas, dirigiéndose á las jóvenes en estos términos:

—¡Hijas mias! ¡Siervas humildes del Señor, que temiendo á los infieles que infestan á España, todas os habeis retirado á estos apartados lu-

gares, ansiosas de consagrar vuestra pureza á la santa Madre de Dios!

El os bendiga por semejante determinacion. Gentes recien llegadas me han asegurado que el enemigo de nuestra religion y de nuestra pátria, intenta venir á las montañas de Astúrias, ansiando dominar este apartado rincon, lo mismo que ha dominado el resto de España.

—¡Oh! ¡no será mientras yo viva!—exclamó don Pelayo sin poder contenerse.—Perdonad, buen anciano,—añadió dirigiéndose al sacerdote;—perdonad el que yo os haya interrumpido, pero la indignacion y los justos deseos de venganza, hacen hervir la sangre en mis venas, cada vez que recuerdo los infortunios de mi pátria.

Al decir esto don Pelayo, estaba magnífico y terrible á la par.

Las jóvenes vírgenes fijaban en él sus ojos con admiracion.

—¿Quién sois?—le preguntó el anciano.

—Me llamo don Pelayo,—contestó el jóven,—y en la actualidad no soy más que un pobre soldado, dispuesto á derramar toda mi sangre en defensa de mi religion y de mi pátria. Un tiempo no muy lejano, era capitan de la guardia de don Rodrigo, el desgraciado monarca de Toledo, y primo hermano suyo.

—¡Don Pelayo!—murmuró el sacerdote.

—Sí; don Pelayo,—afirmó el guerrero.—Co-

mo otros tantos, asistí á la sangrienta batalla que puso término á la libertad de España.

¡En vano busqué allí una muerte gloriosa!

¡En vano pretendí contribuir con desesperados esfuerzos, á que alcanzáramos la victoria sobre los infieles.

¡Ni muerte, ni victoria!

¡Otros más dichosos que yo sucumbieron frente á los muros de Jerez, en lo más recio del combate, y yo!... «¡mengua y baldon!» ¡yo me vine á Astúrias, vencido, humillado, y con el corazon lleno de amargura!

—Valiente don Pelayo,—dijo el sacerdote;—vuestro nombre glorioso, ha llegado hasta nosotros; la fama que enaltece justamente vuestros hechos, os ha dado á conocer en Astúrias mucho antes de que la traicion del conde don Julian introdujese á los moros en España.

El cielo, á no dudarlo, os condujo hoy á este sitio.

¡Bendigo su inmensa sabiduría!

Alentad una consoladora esperanza.

Dios, que en este momento os habla por mi boca, os tiene destinado á que lleveis á cabo los hechos más difíciles y gloriosos que registran las historias.

Sí, valeroso mancebo, noble descendiente de los reyes que fueron el orgullo de España. Vos sereis nuestro libertador, y los siglos venideros

repetirán vuestro nombre con entusiasmo y respeto.

Astúrias os acogerá gozosa en su seno. Y yo en nombre de Dios Omnipotente, os bendigo.

Esto diciendo el anciano echó su bendicion á don Pelayo, el cual inclinó humildemente la cabeza para recibirla.

Despues, alzándola de nuevo, lleno de ardiente y generoso entusiasmo, desenvainó su espada que habia vuelto á meter en la vaina al tiempo de descubrir el altar de la Vírgen, y acercándose á éste exclamó:

—Desde este momento me declaro campeon de la Santísima Madre de Dios, y me pongo bajo su amparo. Mi espada defenderá sin descanso la religion de mis padres, y no dejará de esgrimirse en contra de los sarracenos, mientras me quede un soplo de vida.

Hoy que la fé religiosa se halla tan apagada en casi todos los pechos; hoy que el amor pátrio, por más que hagamos un excesivo alarde de poseerlo en sumo grado, se encuentra reducido con raras excepciones á un mezquino interés personal, no se comprende como Pedro el ermitaño pudo reunir en torno suyo, con sóla la mágia de su palabra, á tantos y tantos guerreros de las diversas naciones cristianas, para que corriesen en alas del más férvido entusias-

mo, á arrebatar á los infieles el sepulcro del Salvador.

Hoy no se comprenden tampoco los caballerescos torneos, en los cuales se disputaba á lanzazos la banda bordada por una hermosa dama, ó una de sus más dulces sonrisas.

En nuestros dias se califican muy ligeramente quizá, estas galantes costumbres de una época en que todo tenia cierto sello de poesía y de grandeza, tachándoselas de solemnes barbaridades, y anatematizándolas exageradamente.

Con fé en las creencias religiosas, pudo alcanzar el invicto don Pelayo, al frente de un puñado de guerreros, victorias considerables sobre las huestes africanas, que en gran numero, se empeñaban en vencerle.

Bárbaros eran en efecto aquellos siglos rudos en que se llevaban á cabo hechos tan gloriosos; pero si bien se considera bárbaros, fueron tambien muchos de los que le sucedieron, y aún en nuestros dias, se han cometido cien y cien *barbaridades* que no queremos enumerar, pero que no las desconocen nuestros lectores.

La barbarie de ayer, volvemos á repetirlo, tenia un sello de grandeza; un tinte poético y romántico que hasta cierto punto la revestia de una auréola gloriosa; la de hoy, en cambio, es ménos ruda, pero tambien más repugnante.

Terminaremos estas breves consideraciones,

diciendo que cada siglo tiene sus costumbres peculiares, pero que la humanidad con corta diferencia siempre es la misma, por más que se pretenda disculpar sus desaciertos con la palabra *civilizacion*. . . . .

Depositó don Pelayo su espada á los pies de la imágen de María, y se sintió grande, poderoso, para emprender la lucha gigantesca á que iba á consagrar su existencia.

Cogió el sacerdote la espada con mano temblorosa, y devolviéndosela, en tanto que dos lágrimas de enternecimiento rodaban por sus megillas, le dijo:

—Tomad, hijo mio; conservad ese acero, que guiado por la Providencia, será en vuestras maros el rayo de la guerra que destruya y aniquile á nuestros soberbios enemigos.

Recibió el mancebo aquella espada que tanta gloria debia alcanzar muy en breve, y volvió á meterla en la vaina.

En aquel mismo instante, un sonido ronco y prolongado, el sonido de una trompa, retumbó por los contornos de la cueva, hallando en esta cien ecos.

Las doncellas, y aún el anciano, se mostraron alarmados; pero don Pelayo los tranquilizó diciendo:

—Es mi escudero Gotomaro; corro á su encuentro.

Y esto diciendo, despues de hacer una humilde reverencia al altar, salió del templo subterráneo seguido del sacerdote.

Al llegar á la entrada de la cueva volvieron á escuchar más claras, más perceptibles que un momento antes, las notas de la trompa de Gotomaro.

Don Pelayo echó mano á otra trompa que pendiente de una banda llevaba al costado izquierdo, y aplicándola á sus labios, produjo un sonido agudo y vibrante, al que no tardaron en contestar los fuertes ladridos de un perro.

Poco despues, un enorme mastin de color leonado y ojos brillantes, trepó con agilidad por las peñas y corrió á acariciar á don Pelayo.

Siguiendo el mismo camino que el perro, aun cuando con ménos ligereza, apareció un hombre cuyo rostro curtido y severo, representaba más de cuarenta años.

Aquel hombre era Gotomaro.

El escudero se inclinó silenciosamente ante su señor, y despues besó con respeto la mano del venerable sacerdote.

CAPITULO III.

Historia de una emboscada.—El amor de Munuza, gobernador moro de Gijon.

El rostro de Gotomaro revelaba audacia, serenidad y una ruda franqueza.

Sus ojos negros, de mirada penetrante, tenian una expresion de valor infinito, dando á conocer que aquel hombre no retrocederia ante ningun peligro por grande que éste fuese.

Tras de su ruda corteza se adivinaba tambien un corazon noble y leal.

Vestia el buen escudero á la usanza de los nobles pobres de aquel tiempo.

Un sayo corto cubierto de escamas de hierro; sayo que apenas le llegaba á las rodillas, defendia su pecho y sus espaldas, librándole de la acerada punta de un venablo ó de una cuchillada, por recia que esta fuese.

Sus pies estaban calzados con una especie de coturnos de cuero, fuertes, chapeados ligeramente de hierro, y sujetos sobre la pierna desnuda, por estrechas correas entrelazadas con profusion.

En la cabeza llevaba un capacete tambien de hierro, enteramente desnudo de adornos, y pendiente de un ancho cinturon, sujeto por una gran hebilla, una ancha espada; arma que debia ser terrible en sus manos.

Además, cruzaba su pecho una ancha banda de tela grosera, de la cual pendia una pequeña trompa de metal.

—Bien venido, Gotomaro,—le dijo don Pelayo;—observo en tu rostro no sé que señales de agitacion, que casi me inducen á creer que acabas de arrostrar algun peligro.

Dime, ¿has tenido que luchar con alguno de los osos que vagan por estas montañas?

—Un grave peligro acabo de correr en efecto,—respondió el escudero;—peligro mucho más grande que si me persiguieran media decena de las más feroces alimañas.

Estas, rara vez acometen sin avisar el peligro que uno corre, en tanto que el hombre...

—¿Qué dices?

—Oidme y lo sabreis.

Al decir esto, Gotomaro se sentó en una peña con tanta satisfacion y tan descuidadamente, co-

mo si su duro asiento fuera el sitial mas cómodo.

El anciano y don Pelayo no tardaron en imitarle.

La noche estaba fria, pero tranquila, y un sin número de estrellas brillaban en el cielo, hermosas y chispantes.

Gotomaro, dirigiéndose al sacerdote, prosiguió:

—Habeis de saber, santo hombre, que mi dueño y señor, aquí presente, vive lo mismo que yo del producto de la caza que abunda en estas montañas.

En vez del suntuoso palacio que ocupábamos no hace mucho tiempo, habitamos una pobre casa.

Hemos sustituido los ríquísimos trajes de la córte, con las duras mallas.

Todo ha cambiado para nosotros, pero al ménos, en nuestro retiro, no echamos de ménos el fausto y esplendor de la córte de Toledo.

¡Maldita córte aquella!

¡Su corrupcion y el completo abandono en que vivia, fueron causa de la pérdida de España!

Un profundo suspiro partió del robusto pecho del escudero tras estas palabras, al cual hizo eco otro suspiro tambien, amargo y doloroso, que exhaló don Pelayo.

Despues de una breve pausa, Gotomaro continuó su narracion en estos términos:

—Vagaba esta tarde tristemente por una espesa robleda que no está muy lejos de este sitio. La tristeza de mi alma era infinita, considerando que todo estaba perdido para la pobre España.

De pronto un leve ruido que sonaba entre las matas vino á distraerme de mis pensamientos, y creyendo que quien lo producia era alguna hermosa pieza de caza, eché de ménos mi arco y mis saetás.

Antes de que hubiera tenido tiempo de pensar en lo que debia hacer, las matas se movieron de nuevo, y una aguda flecha, silbando cual si fuera una serpiente, partió de ellas y vino á despuntarse en la ligera armadura que me resguarda.

Lancé un terrible juramento, y ansiando tomar venganza en el cobarde traidor que pretendia asesinarme impúnemente, desenvainé mi espada y me planté de un salto en la espesura.

Un hombre vestido de una manera extraña corria por entre los árboles.

Si hubiera tenido mis armas arrojadizas, de seguro le seria imposible dar un paso más; pero careciendo de ellas como carecia, no tuve más remedio que echar á correr en pos de aquel hombre.

El miedo ponia alas en sus pies, y volaba por la robleda, sintiendo que yo le iba pisando los talones; pero más corria yo, ansioso de castigarle.

Por fin sucedió lo que yo me prometia; llegué á alcanzarle.

Viéndose perdido el cobarde asesino, esquivó el golpe que le dirigí con mi buena toledana de dos filos, dando un salto de medio lado. La espada fué á clavarse en el grueso tronco de un árbol.

—¡Ríndete, malvado!—le grité ardiendo en coraje, y corriendo de nuevo en pos suyo.

Mi voz devió aterrarle, y comprendiendo además que no tenia medio alguno de poder escapar de mis iras, tomó una prudente determinacion, cual fué la de arrojarse á mis pies, y demandarme perdon con ademan suplicante.

Al ver aquel miserable en tan humilde postura, ya no me fué posible arrancarle la existencia.

Sin embargo, le dije con ira reconcentrada:

—¡Vas á manifestarme sin tardanza porque querias atentar contra mi vida, y ¡ay! de tí si algo me ocultas!

¡Yo sabré encontrarte aun cuando fuera en las entrañas de la tierra, y entónces...

—No me mates, señor,—me suplicó con voz trémula,—y por Alá te juro que te diré la ver-

dad! Yo me llamo Odayfa, y como indica mi nombre, soy un moro y estoy al servicio de Munuza, actual gobernador de Gijon.

Tú tienes una hermana...

—¡Una hermana!—exclamé yo.

—¿Pues, no eres don Pelayo?

—¡No, miserable; soy su escudero!

—¡Oh; necio de mí!—gritó Odayfa con desesperado acento;—mal haya mi torpeza.

—Por esta exclamacion,—prosiguió Gotomaro,—comprendí que aquel hombre estaba pesaroso de no haber podido llevar á cabo su vil intento, en la persona para quien estaba destinada su flecha. Esta persona, erais vos, don Pelayo.

—Continúa,—dijo éste.

—Decidido á arrancarle la verdad por medio del terror,—continuó el escudero,—alcé de nuevo mi espada sobre él, diciéndole con voz amenazadora:

—¡Al momento; dime al momento, cuál era el inícuo plan que fraguabas, ó juro á Dios que te mato!

—¡Sí, sí; te lo diré todo, cristiano!—me dijo temblando de espanto,—y que Eblis (1) despedace mi alma, si no sabes la verdad por mi boca.

---

(1) El diablo.

¡Oyeme con atencion, y por tu Dios, te suplico que no me amenaces más con tu acero!

Desvié mi espada de la cabeza de aquel cobarde, aun cuando sin meterlo en la vaina, á fin de darle á entender, que me hallaba siempre dispuesto á cumplir mis amenazas, y él continuó:

—Munuza, que fué de los primeros caudillos que vinieron á España, se ha enamorado perdidamente de la hermana de don Pelayo, sólo por la fama de su hermosura.

Don Pelayo nos ódia; eso lo sabe muy bien Munuza, como así mismo que no le concederia la mano de su hermana, aún cuando pretendiera enlazarse con ella, conforme han hecho otras nazarenas, que en el dia están casadas con hombres de nuestra religion.

Convencido de esto, y no pudiendo borrar de su mente el recuerdo de Usenda (1), recuerdo fantástico, seductor, y tanto más grande, cuanto en su imaginacion se lo forjaba un portento de hermosura, me llamó una mañana y me dijo:

—¡Mi fiel Odayfà! ¡Estoy enamorado; perdidamente enamorado, y no duermo ni descanso un sólo instante!

---

(1) El historiador Mariana no dice el nombre de la hermana de don Pelayo, y nosotros en la precision de inventarlo, le damos el de Usenda, bastante comun en aquella época.

La mujer que me roba el sosiego es la hermana de don Pelayo, el bravo capitan del monarca á quien hemos vencido.

Don Pelayo vive con su hermana en una pequeña casita que se alza al pié de las más altas montañas de este pais escabroso.

Yo lo sé muy bien, y Alhaytan que ha visto á Usenda y conoce perfectamente la situacion de la casa, me hizo de la jóven cristiana una descripcion maravillosa; una descripcion que aumentó la llama en que me abraso.

Ahora bien, mi buen Odayfa; yo no puedo vivir sin Usenda, y decidido á hacerla mia á todo trance, voy á exigirte un inmenso servicio, que sabré recompensar con largueza.

Eres cobarde, pero esta circunstancia está compensada por la astucia que el cielo te ha concedido, la cual se asemeja mucho á la de la serpiente.

Vas á partir enseguida para las montañas, acompañado de Alhaytan y de veinte ó treinta hombres: el número lo dejo á tu eleccion.

Una vez allí, os apoderais de Usenda; de la bella Usenda, que es en el dia mi único amor.

Esto creo que os será sumamente fácil, pues excepto su hermano, la jóven no tiene nadie que la defienda.

—¡Malvado! ¿y por eso querias asesinarme, creyendo que era don Pelayo?—grité con fiereza.

—No lo niego,—me contestó Odayfa;—tales eran las órdenes que traia de Munuza, el cual no pretende ocultar el terror que le inspira el hermano de Usenda.

—Mátale,—me dijo,—y entonces nadie nos pedirá cuentas del robo de esa mujer.

—¡Vive Dios!—exclamó don Pelayo levantándose.

—Tened calma un momento,—dijo Gotomaro,—que ya termino mi relato.

Odayfa, aleccionado por Alhaytan que parece estar muy enterado de nuestras costumbres, me vió por la espalda cuando yo atravesaba la estrecha vereda que hay cerca del monte.

Creyendo que erais vos, me disparó una flecha.

Alhaytan entretanto se quedó emboscado con su gente; todos ellos disfrazados de cristianos, esperando la llegada de su cómplice para robar á Usenda.

—¿Y no has matado á ese infame?—preguntó don Pelayo sumamente irritado,

—No, no le he matado,—respondió el escudero.

—Siempre es bueno evitar el derramamiento de sangre,—dijo el anciano sacerdote rompiendo al fin su largo silencio.

—Pero en cambio,—añadió Gotomaro,—imposibilité al asesino de que pudiera dar aviso

á sus compañeros, de lo que habia sucedido.

Amarrado queda al tronco de un árbol, del robledal, con las cuerdas de que me sirvo para atar las piezas grandes de caza, y hechármelas á la espalda. Estas cuerdas las traia yo casualmente ceñidas á la cintura.

—Pero gritará, y entonces...

—No gritará tampoco, por que le he metido un lienzo en la boca, evitando el que se ahogara, pero puesto de modo que no pudiera pronunciar una palabra ni lanzar el menor grito.

—¡Corramos! ¡Oh! ¡corramos!—exclamó don Pelayo lleno de impaciencia.—Temo por mi hermana.

—De lo que suceda,—dijo el anciano con interés,—espero que me dareis pronto aviso.

—¡Os lo prometo!—afirmó don Pelayo.

Este, Gotomaro y su perro, descendieron de la montaña con la rapidez que les permitia el escabroso terreno.

—¡Quiera el cielo, noble mancebo,—dijo el sacerdote viéndoles partir,—que no tenga necesidad de consolarte á causa de una desgracia irreparable.

Sin embargo; si yo pudiera... Quién sabe; quizá me sea posible hacer algo en pró de ese valiente jóven.

¡Oh! no perdamos tiempo!

Dicho esto penetró con paso más ligero de

lo que era de esperar de su avanzada edad, en la cueva de que hemos hablado.

Sigamos á don Pelayo y á su escudero, que inquieto y meditabundo, se dirigia al lugar en donde Gotomaro habia dejado prisionero á Odayfa.

CAPITULO IV.

Desaparicion de Odayfa y de Usenda.—Los remordimientos de don Pelayo.—Socorro inesperado.

Gotomaro entró el primero en el robledal, en donde habia dejado atado á un árbol al emisario del gobernador de Gijon.

Don Pelayo le seguia muy de cerca, ansioso de conocer al hombre que tenia el encargo de asesinarle.

Pero en vano registraron ambos, escrupulosamente la arboleda; en vano se aproximaron á todos los árboles corpulentos cuyo volúmen á causa de la oscuridad de la noche, podia hacer pasar desapercibido el cuerpo de Odayfa.

Este habia desaparecido.

Don Pelayo estaba desesperado, y Gotomaro

juraba y perjuraba que habia atado perfectamente al moro, señalando poco más ó ménos el sitio donde esto aconteciera.

En prueba de ello, á fuerza de examinar minuciosamente los troncos de los árboles, tocó uno, en el cual, y enganchado en una rama, habia un pedazo de cuerda.

El escudero lanzó una exclamacion, y don Pelayo acudió á su lado presuroso.

Al pié del árbol habia otros pedazos de cuerda cortados en pequeños pedazos.

Era indudable que alguno cortara las ligaduras de Odayfa.

—¡Mísero de mí!—exclamó don Pelayo.—Nos hemos detenido demasiado en el monte, y entre tanto los sicarios de Munuza tuvieron tiempo sobrado de librar á su compañero, y de llevar á cabo su criminal intento.

¡Oh! ¡hermana mia!

—¡Teneis razon!—afirmó el escudero comprendiendo el pensamiento de sú señor;—pero quizá aún sea tiempo de evitar un suceso lamentable.

¡Corramos á salvar á Usenda!

—¡Sí, si, corramos!—repitio don Pelayo.

Y los dos salieron de la arboleda precipitadamente.

Era tal su apresuramiento por salvar la distancia que los separaba de la casa en donde vi-

via Usenda, que á pesar de lo acustumbrados que estaban á andar de noche por la montaña, á cada instante tropezaban ya en el tronco de un árbol, ya en las desigualdades del terreno.

El leal corazon de don Pelayo, le anunciaba un suceso lamentable, y corria en alas de su cariño fraternal, á fin de librar si aún era tiempo, á su hermana, de las garras de los secuaces de Munuza.

Como su casa no se hallaba lejos del robledal, no tardaron en llegar á ella.

Aquella casa era pequeña, humilde, y estaba aislada, y sin defensa alguna que pudiera librar á Usenda ó contener aun cuando no fuera más que durante algun tiempo, el atentado que contra ella se proyectaba.

Aquella casa, era una casa rústica, compuesta de un sólo piso, y medio escondida entre los árboles.

Sus puertas estaban formadas de tablas endebles, incapaces de resistir un fuerte golpe de maza, ó el de una hacha de armas.

Cuando don Pelayo y su escudero llegaron á la puerta principal de aquella casa, esta se hallaba abierta de par en par, pero sin la menor señal que demostrase haber sufrido violencia alguna.

Don Pelayo llamó á gritos á su hermana, pero esta, que acostumbraba á salir á recibirle

llena de cariño y de alegría, no se presentó ni respondió á sus voces.

El héroe de Covadonga sintió que un estremecimiento mortal corria á lo largo de su cuerpo.

Descolgó una pequeña y tosca lámpara de barro que alumbraba débilmente el portal de la casa, y seguido de Gotomaro, que estaba pálido y sombrío, subió una angosta escalera de piedra que conducia al piso superior.

Leal, que así se llamaba el perro de Gotomaro, aulló entonces lúgubremente, y se paró en la mitad de la escalera, sin adelantar ni retroceder un solo paso.

—Aquí, Leal,—dijo el escudero llamándole.

Pero el perro no obedeció, y con las orejas derechas y los ojos encendidos, parecia mirar algun objeto aterrador y espantoso.

Don Pelayo no hizo caso alguno de esta circunstancia, y continuó subiendo con paso rápido.

Casi al final de la escalera, sus pies tropezaron con un objeto.

Poco faltó para que merced á aquel encuentro perdiera el equilibrio, y apagase la lámpara, lo cual hubiera sentido mucho.

Aproximó la luz á aquel objeto, y retrocedió horrorizado.

Lo que le habia hecho tropezar, era un cadáver sangriento, espantoso; el cadáver de la

anciana Efingarda, aya y compañera de su hermana.

Hé aquí por que Leal acababa de aullar lúgubremente.

Efingarda tenia una corva y cortante gumía, profundamente clavada en su garganta, y cuatro ó cinco heridas en el pecho, de las cuales manaba sangre en abundancia.

Aquella sangre, despues de empapar sus vestidos, empezaba á correr en hilos tibios y delgados, por la empinada escalera.

Don Pelayo lanzó un grito terrible,—exclamando luego con voz angustiosa:

—¡Usenda, hermana mia!

Y loco de dolor y de espanto, saltó por encima del cadáver de la anciana, y penetró en las habitaciones de la casa.

El más profundo silencio, la soledad más espantosa reinaba en aquellas habitaciones, alguna de las cuales presentaban un completo desórden.

Lo que allí sucediera, estaba bien patente á la vista.

Los emisarios de Munuza, despues de librar á su compañero, aprisionado por Gotomaro, habian cumplido el encargo de su señor, robando á la hermosa Usenda, objeto de sus ansias. Efingarda pretendiera oponerse á aquel rapto, y la habian asesinado.

Esto era claro como la luz del sol, y esto fué lo que pensó don Pelayo lleno de desesperacion.

—¡Dios mio, Dios mio!—exclamó mesándose los cabellos.—¡Mi hermana, mi pobre hermana, en poder de esos infames!...

—Señor,—tartamudeó Gotomaro;—quizá aún sea tiempo...

—De que, ¿de librarla de sus manos?...—gritó don Pelayo.—¡Imposible! ¡ya es imposible!

¡Ellos estarán perfectamente montados; son muy superiores á nosotros en número, y á más de esto, nos llevan una gran delantera.

¡Imposible es por lo tanto, repito, el salvarla!

¡Pero yo incendiaré á Gijon si necesario fuese, para recobrar ese pedazo de mi alma que me han arrebatado!

¡Yo daré muerte al traidor y cobarde Munuza.

¡Triste de mí, que no he previsto que era muy dificil que una mujer tan bella como lo es mi pobre hermana, permaneciese mucho tiempo oculta, aun cuando fuera en estas ásperas montañas.

Yo debí velar por su seguridad, y no lo he hecho.

¡Esos bandoleros, robadores de doncellas y asesinos de hombres, han sabido aprovecharse

de mi descuido, y me la arrebataron; me la arrebataron quizá para siempre!

—¡Oh, rabia!—exclamó el escudero rechinando los dientes.

—Para siempre,—repitió don Pelayo, en tanto que una lágrima de dolor, de profunda amargura, rodaba por sus megillas.

Señor y escudero guardaron silencio durante unos instantes.

Don Pelayo parecia estar anonadado bajo el peso de aquella terrible desgracia.

Un pensamiento habia cruzado entonces por su mente; aniquilando su espíritu; quebrantando su denonado esfuerzo.

—¡He sido criminal; he sido adúltero,—pensó el desgraciado inclinando su cabeza sobre el pecho,—y el cielo me castiga!

¡Oh, Egilona! (1) hé aquí el resultado de tu torpe seduccion.

¡Sí; por que tu me has seducido con tu fatal amor y tus fatales lágrimas, en aquella noche maldita cuyo recuerdo emponzoñará todos los dias de mi existencia!

Por eso he perdido á mi hermana.

Por eso la inocente niña sufre hoy el castigo de mi crímen.

¡Señor,—añadió elevando á Dios su corazon.

(1) Véase nuestro libro titulado: *La córte del rey bandido*.

bañado en aquel momento de lágrimas de amargura;—acato vuestras determinaciones, respeto vuestra justicia, pero que el peso de esta caiga sobre mí tan sólo, que soy el que la merezco!

¡Usenda es inocente, pura como un ángel, y es mi única alegría; y mi único consuelo en este mundo!

¡Señor, Señor! ¡haced que mi hermana no llegue á poder de ese miserable Munuza, y devolvédmela con su pureza; sin que la negra mancha de la deshonra pese sobre su frente virginal!

¡Si tal haceis, Dios mio, yo os juro emplear toda mi vida en vuestro servicio santó!

¡Obrad, Señor, en favor mio, ese milagro, y mi brazo exterminará á los infieles, que escarnecen vuestra sacrosanta religion!

Al hacer este voto, don Pelayo sintió nacer en su alma una débil esperanza; un dulcísimo consuelo, que calmó algun tanto su amargura.

Y como si el cielo se hubiera condolido al fin de sus pesares y quisiera poner término á ellos prestándole una eficaz ayuda, escuchó primero el galopar de algunos caballos, los cuales se iban aproximando por momentos, y luego muchas voces que gritaban.

—Don Pelayo, don Pelayo; venimos en vuestro auxilio.

El hermano de Usenda salió de su abati-

miento al escuchar aquellas voces, y un rayo de alegría animó su semblante.

Gotomaro corrió hácia una pequeña celosía que daba al campo, y abriéndola de par en par, vió á la débil luz de las estrellas, un respetable número de guerreros vestidos á la usanza goda, que en aquel momento se aproximaban á la casa á todo el correr de sus caballos.

Pero, ¿quiénes eran aquellos guerreros que acudian tan oportunamente á auxiliar á don Pelayo?

Ni este ni su escudero los conocian.

Recien llegados á las montañas de Astúrias, carecian de amigos; de gentes que pudieran interesarse en sus pesares, y de prestarles una eficaz ayuda en el amargo trance en que se hallaban.

CAPITULO V.

Admirable instinto de un perro

Señor y escudero bajaron con precipitacion á recibir á los que tan impensadamente llegaban en su socorro.

Aquellos hombres estaban muy bien armados, y montaban caballos de batalla de poca alzada, pero en extremo briosos.

—¿Quién sois?—les preguntó don Pelayo.

El que parecia ser jefe de aquellos caballeros, le respondió mesuradamente:

—Noble don Pelayo; el venerable Humnoldo, penitente de la ermita de Covadonga, de quien somos todos grandes amigos y servidores, nos enteró en pocas palabras del apurado trance en que os hallabais.

Nuestro deseo es el de serviros y ampararos, porque os tenemos en mucho.

A ruegos de Humnoldo, montamos precipitadamente á caballo, y aquí venimos á ofreceros nuestras espadas.

Ahora bien; ¿teneis necesidad de ellas?

—El cielo sin duda os envia,—dijo don Pelayo.—Al santo hombre de Covadonga, al cual hasta hoy no he conocido, y á vuestro denonado esfuerzo, seré deudor de un inmenso beneficio, que no bastará á pagar mi eterno agradecimiento.

Sí; necesito de vuestras espadas.

La hermana querida de mi corazon ha caido en poder de los sarracenos, y es necesario correr en su seguimiento.

—Prontos estamos,—dijo el jefe de la partida.—Montad en uno de nuestros caballos y guiad.

—Mi escudero y yo tenemos caballos,—afirmó don Pelayo.—Vé, Gotomaro, vé, y ensíllalos sin tardanza.

Obedeció el escudero, y entró en la casa.

Pocos momentos despues, volvió á aparecer llevando de la rienda dos hermosos corceles, que piafaban llenos de impaciencia.

Leal los seguia lanzando fuertes ladridos.

—He pensado, señor,—dijo Gotomaro,—que el perro puede servirnos de mucho en esta ocasion. Ya sabeis el gran cariño que tiene á vues-

tra hermana, y dándole á oler un objeto que haya pertenecido á ésta, no tardará en encontrar un rastro.

—Dices bien,—afirmó don Pelayo montando á caballo.

Gotomaro llamó al perro que corria de un lado á otro por entre los pies de los caballos, y le dió á oler un manto que llevaba en la mano.

El fiel animal volvió á ladrar más fuertemente que ántes. Luego aplicó sus narices á la tierra, lanzó algunos fuertes resoplidos, y despues partió sin vacilar, y veloz como un rayo, por un áspero sendero, único camino practicable de la montaña en aquellos sitios.

La cabalgata se puso en marcha siguiendo las pisadas.

Era indudable que Leal, con ese fino y maravilloso olfato que tienen los perros, habia percibido en el aire algunos efluvios que procedian de Usenda, y corria en seguimiento suyo, llenando de dulces esperanzas el corazon de don Pelayo, y de todos los que lo seguian.

De cuando en cuando Leal se detenia un breve instante; volvia á olfatear la tierra lanzando sordos gruñidos, y emprendia de nuevo el camino, cada vez con mayor velocidad.

De este modo, y sin detenerse un sólo instante, anduvieron más de dos horas.

Al cabo de este tiempo el perro se detuvo bruscamente.

Acababa de llegar á una parte del sendero, en el cual este se dividia en dos caminos; uno ancho y despejado, y el otro angosto, tortuoso y sombrío, á causa de los arbustos y matorrales que crecian con profusion en sus orillas.

Leal se volvió hácia don Pelayo, que era el ginete que lo seguia más de cerca, y lanzó una especie de queja sorda y lastimera, cual si quisiera darle á entender el sentimiento que tenia por haber perdido la pista.

Gotomaro le dió á oler de nuevo el manto de Usenda, y entonces el perro, tras una pequeña vacilacion, penetró resueltamente en el camino angosto y tortuoso.

Era aquel camino más ancho y practicable, de lo que á primera vista parecia.

Las matas y arbustos de color sombrío que bordaban sus orillas, le daban una apariencia triste y pavorosa, á lo cual contribuia en gran parte la oscuridad de la noche.

Y esta oscuridad prestaba formas extraordinariamente fantásticas al paisaje.

En algunas partes, las secas y desnudas ramas de los árboles muertos, se destacaban de un modo confuso sobre el oscuro fondo del cielo, semejándose á medrosos fantasmas que extendian sus brazos de esqueleto.

En otras, los espinos y enredaderas silvestres se amontonaban de tal modo sobre el sendero, que parecia que este terminaba allí y que tras aquella muralla de verdura, no habia paso practicable.

Cuando se encontraba con aquellos obstáculos, Leal atravesaba valientemente las ramas ó las salvaba, dando un salto enorme.

Tanto don Pelayo como los que lo seguian, guardaban el más profundo silencio, procurando apartarse lo ménos posible del fiel é inteligente animal que los guiaba.

Así caminaron largo rato.

Cerca ya del amanecer, y cuando unos débiles celajes, comenzaban á extenderse por Oriente, dejaron á sus espaldas aquellas ásperas montañas, y se encontraron cerca del Sella, rio que atraviesa un camino ménos escabroso en su rápido curso hácia el mar.

El frio era excesivo, pero no molestaba mucho á los que, como don Pelayo, estaban acostumbrados á sufrir las inclemencias del tiempo y á afrontar grandes peligros.

El dia fué aclarando poco á poco.

Su claridad, aunque debilitada en parte por un celaje nebuloso y sombrío, permitia distinguir los objetos á una respetable distancia.

Los árboles y los matorrales eran cada vez ménos espesos, y Leal que no manifestaba el

más leve cansancio por la larga caminata que acababa de hacer, ladró alegremente y se lanzó con la rapidez de una flecha, en direccion de una ruinosa torre que se divisaba á corta distancia.

Gotomaro que no perdia de vista al perro, exclamó dirigiéndose á don Pelayo:

—¡Loado sea Dios! ó ¡mucho me engaño, ó en ese torreon se encuentra lo que buscamos!

—¿Lo crees así?

—¡Sí, por vida mia! Leal me lo dió á conocer con sus alegres ladridos.

Los robadores de Usenda, á fin de tomar algun descanso, ó viendo que los perseguíamos, habrán hecho alto en esas ruinas.

Y sino, mirad,—añadió señalando el torreon, en cuya plataforma acababa de aparecer un hombre, sobre cuyos hombros hacia ondear el viento de la mañana un blanco alquicel.— Ved allí un moro.

—Un moro es, en efecto,—afirmó don Pelayo.—¡Oh! sí, sí; ¡tienes razon, Gotomaro, ahí debe estar mi pobre hermana!

¡El corazon me dice que tras esos negros paredones gime y pronuncia mi nombre en este instante, esa tierna y candorosa niña á quien amo tanto!

¡Usenda, hermana mia,—gritó con voz poderosa,—corro á librarte!

Y metiendo ambos acicates á su caballo, partió á galope con direccion á la torre.

Los amigos de Humnoldo, hicieron lo mismo, lanzando gritos de guerra.

Solo Gotomaro se quedó un momento parado, y moviendo la cabeza en señal de desconfianza, murmuró:

—Creo que hacen mal en acometer de ese modo.

Más valdria emplear la astúcia, que el valor.

En fin, confianza en Dios y ello dirá.

Y hostigando tambien á su cabalgadura, se unió á los del escuadron, que ya estaban cerca de la fortaleza.

El hombre de alquicel blanco continuaba entre tanto, tranquilamente en la plataforma de la torre.

CAPITULO VI.

Las ovejas encantadas y el pastor condenado.—
El palacio del diablo.

El torreon al cual don Pelayo se dirigia á todo escape, formaba parte de una antigua fortaleza desmoronada y decrépita, cuyo orígen se perdia en la oscuridad de los tiempos.

Aquella fortaleza, de la cual en el dia ni aun los más insignificantes restos se conservan, mostraba por todas partes un sello tan marcado de antigüedad, que muy bien pudiera creerse que pertenecia á los primeros tiempos de la dominacion de los romanos en España.

El torreon, mejor conservado, y cuya construccion era mucho más moderna que el resto de la fortaleza, presentaba en sus robustos muros, y abiertas aquí y allá, sin órden ni concier-

to alguno, angostas saeteras, destinadas como lo indica su nombre, para lanzar sobre el enemigo armas arrojadizas, y para observar lo que pasaba en torno de la fortaleza.

Nada más lóbrego y triste que aquel torreon, que se alzaba fuerte aún enmedio de grandes ruinas, como desafiando la mano destructora del tiempo.

En él, y cuando la noche los cogia lejos de sus moradas, solian guarecerse los cazadores de aquellos contornos.

*
* *

Era una noche tempestuosa de invierno.

El cielo estaba densamente sombrío, sin que una estrella, ni el más pequeño resplandor, desvanaciesen en parte su profunda oscuridad.

Enfurecido el viento, silbaba con fuerza espantosa, remedando tristísimos gemidos, y abatiendo hasta el suelo las copas de los árboles.

La tempestad, cuando se desencadena en un lugar deshabitado, tiene mucho de grande y majestuosa.

El agua que impele el viento, y la ronca voz del trueno, voz que repiten los ecos hasta que se pierden en el espacio, forman un concierto aterrador, que amedrenta el ánimo más alenta-

do, haciendo comprender al hombre toda su pequeñez y debilidad.

Era una noche tempestuosa, repetimos.

Un pobre pastorcillo á quien habia sorprendido la tempestad lejos de su albergue, determinó guarecerse en la torre, con un pequeño rebaño de ovejas que conducia.

Los que como él se habian encontrado en un caso análogo, practicaran un pequeño boquete en la gran puerta de la torre, puerta chapeada de hierro, pero vieja, enmohecida, y por lo tanto, fácil de romper.

Por aquel boquete penetró el pastorcillo, seguido de sus ovejas, que balaban con terror, amedrentadas con la furia de la tempestad.

Una vez dentro, se acurrucó en un rincon, rodeado de los tímidos animales que componian su rebaño.

La oscuridad era profunda.

El viento, al penetrar por los sombríos ámbitos del viejo edificio, mugia sordamente, pareciendo á veces que exhalaba quejas de dolor y de agonía; lamentos pavorosos que llenaban de angustia y de terror, el corazon del acobardado pastorcillo, que ni aun á respirar libremente se atrevia.

La negra oscuridad de la noche desaparecía momentáneamente, á la viva luz de los relámpagos.

Durante estos breves momentos, el pastor que jamás habia estado en aquel sitio, pudo reconocer perfectamente tan medrosos lugares.

El portalon de la torre estaba compuesto de una bóveda rebajada, en el centro de la cual se detallaba un pequeño roseton, del cual partian ocho líneas de piedra que iban á parar á otras tantas columnas incrustadas en el muro.

Aquellas columnas tenian por capiteles raros y fantánticos animales sacados de la fábula, ó creaciones de un arquitecto caprichoso y sombrío.

Pero aquella arquitectura semi-bárbara, infundia pavor mirada á la instantánea luz de los relámpagos.

Sin órden ni concierto alguno, los animales que formaban el coronamiento ó capitel de cada columna, tenian formas espantosas.

Unos eran dragones monstruosos de abiertas fáuces y ojos desmesuradamente abiertos; otros semejaban á demonios, cuyos rostro feroces al iluminarse con la cárdena luz de los relámpagos, parecian sonreir como si esperasen que la tempestad sembrase en torno suyo la destruccion y el espanto. Y otros, por último, mitad hombres, mitad monstruos, parecian séres escapados de un mundo horrible y desconocido, dispuesto á quebrantar las cadenas de piedra que los retenian pegados al muro.

El pastor, cada vez más aterrado, se acurrucaba en su rincon, ocultándose cuanto podia tras de las ovejas.

Hubo un momento en que su pavor fué tan grande, que quiso lanzar un grito. Pero la voz espiró en su garganta, y perdió el sentido.

¿Qué habia visto para que su espanto se aumentase de tal suerte?

Lo ignoramos, pero lo cierto es que al amanecer, cuando ya la tempestad se habia desvanecido por completo, las ovejas del pobre pastor vagaban solas, abandonadas, en torno de la torre, lanzando tristes balidos sin que pareciesen dispuestas á apartarse de aquel sitio, y sin pacer aún cuando la yerba fresca y lozana crecia allí con profusion.

Un hombre que pasaba cerca de aquellos lugares, movido de curiosidad, se acercó á la torre.

Al verlo, las ovejas balaron más tristemente aún, cual si pretendieran referirle algun suceso aterrador y lamentable.

El hombre penetró en la torre.

En un rincon del portal, encogido, reducido mejor dicho por el miedo á la mitad de su estatura, se hallaba el pastor, dueño de las ovejas.

Pero estaba muerto, helado. En sus ojos desmesuradamente abiertos, se retrataba tan á lo vi-

vo el terror y el espanto, que el hombre huyó apresuradamente.

Desde entonces el cuento de *las ovejas encantadas y del pastor condenado*, corrió de boca en boca, y ninguno volvió á hacer noche en la torre.

Como si esto no bastara para hacer temible el abandonado edificio, se vió en él, á través de sus angostas saeteras, un siniestro resplandor durante una gran parte de la noche, y por el dia un humo negro y espeso que se elevaba hasta las nubes en delgadas espirales, subiendo por aquellos estrechos boquetes.

En las noches oscuras pero apacibles, aquellas saeteras ó claraboyas, iluminadas por aquel fuego misterioso, y vistas á una larga distancia, parecian algunas veces un rostro deforme, espantoso, con boca y ojos inflamados, que miraban fijamente en la oscuridad.

Otras veces, el misterioso edificio, vivamente iluminado, adquiria á los ojos de los que lo contemplaban con terror, formas infernales y fantásticas, por cuya razon dieron en llamarle, sin que nadie pensase en desmentir semejante nombre, el *Palacio del Diablo*.

Y este palacio se vió completamente solitario y rodeado de espesos matorrales, pues nadie se atrevia á acercarse á él, ni de dia ni de noche, lo ménos á una legua de distancia.

Los más incrédulos decian que no eran séres sobrenaturales, sino malhechores formados de carne y hueso como los demás hombres, los habitantes de aquellas ruinas, los cuales, á fin de no ser molestados en ellas, encendian luminarias dentro de la torre, para dar á esta un aspecto fantástico y aterrador.

Pero semejante opinion no tenia nada de verosímil, pues lo cierto es que en toda aquella comarca, muy despoblada entonces, no habia malhechores ni memoria de que les hubiese habido en épocas más remotas.

¿Quiénes eran, pues, los que encendian aquellos fuegos y causaban tanto terror entre los escasos y sencillos astures que vivian en aquellos contornos?

Luego lo sabrán nuestros lectores.

Por ahora nos limitaremos á decir que la torre adquirió una fama cada vez más siniestra

Que la yerba cubrió totalmente los caminos y veredas que á ella conducian, pues nadie fué tan osado qne volviese á aventurarse en tan temido edificio.

Para aumentar su siniestra fama, un cazador, hombre á quien podia darse entero crédito, afirmó que una mañana persiguiendo á un corzo, se acercó sin apercibirse de ello al Palacio del Diablo.

Una vez allí, quiso volver atrás precipitadamente, pero el terror paralizó sus pasos.

A la entrada de la torre, un hombre de rostro espantoso y de ojos brillantes como el fuego, lo miraba de hito en hito.

Aquel hombre vestia un traje talar de extraña forma, negro completamente.

Una larga y poblada barba le llegaba á la cintura, y sus cabellos foscos y revueltos le caian sobre los ojos, cubriendo su frente y sus espaldas.

El cazador quiso huir, pero sus pies parecian estar clavados en el suelo.

El misterioso personaje le hizo una seña para que se acercase sin temor, sonriéndose de un modo benévolo.

Pero aquella sonrisa le pareció la de un diablo.

Entonces el cazador, venciendo la fascinacion que parecia retenerle á pesar suyo cerca de la torre, huyó velozmente, tembloroso y lleno de espanto, creyendo haber visto el alma en pena del *pastor condenado*, que por permision divina vagaba por aquellos lugares.

Bien sabido es que el miedo aumenta y desfigura los sucesos de un modo extraordinario.

El torreon, merced á estas circunstancias, llegó á considerársele como un lugar siniestro

y espantoso, del cual habia tomado posesion el infierno.

Los cuentos más absurdos corrieron de boca en boca, cuentos que, cual si fueran otras tantas verdades evangélicas, nadie se atrevió á poner en duda.

A estos lugares, repetimos, se dirigia don Pelayo, seguido de su escudero y de los caballeros del ermitaño de Covadonga.

El hombre del blanco alquicel continuaba inmóvil sobre la plataforma de la torre.

Sin el viento de la mañana, que agitaba levemente su traje, hubiera parecido una estátua caprichosa y fantástica.

Si alguno de los sencillos y crédulos habitantes de aquellas cercanías divisaba á aquel hombre, diria sin vacilar que era el alma del pastor de las *ovejas encantadas*, que, purificado de las culpas por las cuales le habia castigado el cielo, vestia de blanco y se disponia á abandonar el mundo, en donde tanto padeciera hasta entonces.

CAPITULO VII.

La oracion de don Pelayo.—Un milagro de la Vírgen de Covadonga.

Cuando don Pelayo y los que le acompañaban estuvieron á muy corta distancia de la torre, el hombre del alquicel blanco les gritó con voz de trueno:

—¡Deteneos!

Todos, y el primero don Pelayo, se detuvieron instantáneamente.

—¡Ah, pícaro Odayfa! ¡Perro desleal!—exclamó Gotomaro en alta voz.—¿Estás ahí, despues de haberte escapado del bosque?

Ahora, en vez de atarte á un árbol como hice antes, te colgaré de él, que es lo que se debe hacer con todos los bribones.

Odayfa, el emisarto de Munuza, que era efec-

tivamente el hombre que se hallaba en la plataforma de la torre, no hizo caso alguno de los injuriosos calificativos que le disparaba el escudero, y preguntó:

—¿Está entre vosotros un guerrero, que de valiente tiene fama, cuyo nombre es don Pelayo?

—Yo soy,—respondió éste impetuosamente.

—Pues te aconsejo por tu bien,—añadió Odayfa,—que no des un paso más, y que con los tuyos, te vuelvas por donde has venido.

—¡Nunca!

—Entonces,—prosiguió el moro,—tu hermana Usenda será una de las primeras víctimas que sucumban en el encuentro.

Reflexiónalo bien, don Pelayo.

Nosotros somos bastantes en número, para poder resistiros desde esta torre, desde donde os asaetaremos á nuestro sabor, sin que podais causarnos el menor daño.

Pero si aconteciese lo contrario, repito que tu hermana morirá.

Usenda está entre nosotros guardada con las mayores consideraciones.

Munuza nuestro señor la ama con frenesí, y hará de ella su esposa y no su esclava, viniendo á ser la verdadera reina y señora de Gijon.

Por lo tanto, creo que te conviene venir á nosotros en paz, y no en son de guerra.

Si despides la gente que te acompaña incluso tu escudero, puedes acompañarnos hasta Gijon, en donde mi señor, yo te lo juro por el santo Profeta, te hará grandes mercedes y te tratará como á hermano de la que ama.

—¡Nunca, repito!—gritó de nuevo don Pelayo trémulo de coraje.—¡Ántes que ver á mi hermana unida á un musulman, prefiero sepultarla en los escombros de esa torre maldita endonde os guareceis!

Mas, ¡Ay de vosotros infames robadores de doncellas!

¡Guay tambien de Munuza!

—Como gustes, don Pelayo,—dijo Odayfa. Te brindemos la paz, y quieres la guerra. Sea, pues, la guerra, la que medie entre nosotros, y si Usenda sucumbe, tuya será la culpa.

No tardarás en verla en la plataforma de esta torre, espuesta como los demás que en ella estamos, á encontrar la muerte.

Cada uno de los disparos de vuestras ballestas, amenazará su existencia, pues nos servirá de escudo.

—¡Infames!—gritó don Pelayo en quien el dolor y la cólera batallaban fieramente.

—Piénsalo bien, te digo,—prosiguió Odayfa,—pues lo que te acabo de manifestar, bien merece tenerse en cuenta.

¡Qué Alá te ilumine!

Dentro de unos instantes volveré á este mismo sitio, á saber tu resolucion.

Dicho esto, recogió majestuosamente el alquicel, y volviendo la espalda al pequeño escuadron cristiano, desapareció por una puertecilla que se abria á un extremo de la plataforma, en un lienzo de muralla que correspondia al resto del ruinoso edificio.

El fogoso Gotomaro preparó su arco, y hubiera lanzado una flecha contra el moro, si uno de los del escuadron no se lo hubiera impedido.

—¡Qué hacer, Dios mio!—exclamó don Pelayo con desaliento, y como hablando consigo mismo.

—¿Qué hacer?—dijo Gotomaro con reconcentrada cólera.

¡Viven los cielos, que lo que debe hacerse, es lo más sencillo del mundo!

—¡Oh! Habla, habla!—gritó don Pelayo con afan.—¡Tú no puedes comprender la angustia que siente mi corazon. Habla, te digo, y si tienes una buena idea que me libre de este martirio, dímela en seguida, Gotomaro.

—Yo no sé si mi idea es buena ó mala,—dijo éste;—pero lo que yo ya hubiera hecho, seria asaltar el castillo y no dejar con vida uno solo de esos perros.

—¡Insensato! ¿y mi hermana?...

—Verdad es; no sé lo que me digo.

—Ganemos tiempo,—dijo con reposado acento uno de los amigos de Humnoldo, hombre de edad avanzada y de severo porte.—El tiempo allana dificultades que en un principio parecen insuperables, y en el apurado trance en que nos encontramos, solò él puede sacarnos de tal apuro.

Mi opinion es de que cerquemos la torre sin permitir, como es consiguiente, que nadie salga ni entre en ella.

Es muy probable que los robadores de Usenda carezcan de vituallas, y cuando se vean cercados y acosados por el hambre, ellos capitularán, no lo dudeis.

No me faltan á mí tampoco ganas, lo mismo que á ese buen escudero, de medir mis armas con los sicarios del gobernador de Gijon; pero eso seria la sentencia de muerte de la pobre jóven que dentro de la torre está encerrada, pues sus feroces guardianes no vacilarian en sacrificarla á su furor.

Convino don Pelayo con el buen caballero en que aquel era el único medio que debian adoptar.

Y formaron un cordon en torno de la torre ejerciendo la mayor vigilancia, con el objeto de evitar que pudiera evadirse ninguno de los cercados.

Don Pelayo estaba melancólico y sombrío,

pues no se le ocultaban las muchas dificultades que era necesario vencer para librar á su hermana del poder de sus robadores.

Á no mediar el inmenso peligro que corria la jóven, ¡con cuánto placer no hubiera seguido el consejo de su escudero, asaltando denodadamente aquella torre maldita que servia de escudo á los enemigos de su pátria!

Firmemente persuadido el jóven de que sólo por un milagro de la Providencia podia salvar la honra y la vida de su hermana, se desvió lentamente de los sitiadores á fin de que estos no notasen la tristeza y la ternura de su alma que asomaba á sus ojos, convertida en gruesas lágrimas.

Un grupo de árboles que se alzaba allí cerca, le prestó su espesa sombra para ocultar en ella aquella esquisita ternura que en un guerrero de su nombradía, y sobre todo, de su época, hubieran calificado sus compañeros de debilidad.

Don Pelayo, tenia como dice muy bien una crónica no muy posterior á aquel tiempo, *cara de leon y corazon de cordero.*

Una vez entre los árboles, se arrodilló piadosamente dejando correr con entera libertad las lágrimas, y elevando su corazon á la Vírgen, de la cual era muy devoto, exclamó:

—¡Madre santísima, Vírgen mia de Cova-

donga! Bien ves lo atribulado que está mi corazon, y la dificultad en que me hallo de arrebatar á los enemigos de tu Hijo Santísimo, á la hermana de mi alma!

¡Dame una luz, Vírgen mia, que borre las tinieblas que me rodean!

¡Obra un milagro en mi obsequio, que yo te prometo adornar tu santuario de Covadonga con los despojos que arrebate á los infieles, y ser todo el tiempo que me quede de vida, el mayor enemigo de los sectarios de Mahoma.

Era tanta la fé que el héroe de la reconquista encerraba en su corazon, que al terminar su fervoroso y humilde ruego, se sintió muy consolado.

Una dulce esperanza penetró en su corazon, y ya no dudó que la Vírgen obrase un milagro en favor suyo.

Y el milagro, si nos es permitido darle este nombre, no se hizo esperar mucho tiempo.

Unas espesas matas que crecian cerca del lugar en donde don Pelayo acababa de hacer oracion, se agitaron levemente, cual si una persona quisiese hallar paso á través de ellas, y Usenda, la hermosísima Usenda, despues de apartar cautelosamente las ramas, apareció á los ojos de su hermano, que al verla, lanzó un grito de gozo.

A espaldas de la jóven se veia un hombre

de agigantada estatura, cuya barba y revueltos cabellos, estaban sumamente crecidos.

Aquel hombre vestia un largo sayal de color oscuro.

A causa de la inclinacion que habian tomado las altas ramas, se divisaba á corta distancia de aquel hombre, un oscuro boquete; la entrada, ó mejor dicho, la salida de una mina, oculta con los espesos matorrales, que crecian en torno suyo.

—¡Hermano mio!—exclamó Usenda precipitándose en los brazos de don Pelayo.

—¡Gracias, Vírgen mia de Covadonga!—murmuró éste estrechando á la jóven contra su pecho.

—Hé aquí á mi libertador,—añadió Usenda señalando al hombre de los largos cabellos.

Este adelantó hácia el grupo que formaban ambos hermanos, y tendiendo una mano á don Pelayo, le dijo:

—No me deis gracias por lo que acabo de hacer. Aun cuando emplee todo lo que me resta de vida en obras de misericordia, no sé si el Señor me perdonará mis delitos.

Pero esta no es ocasion oportuna para detenernos en tales consideraciones.

Sé la posicion que ocupan vuestras gentes en torno del castillo. Los moros, á los cuales ódio con toda mi alma, confiaban mucho en

que no les atacarias, en tanto que conservasen á vuestra hermana en su poder.

No iban descaminados en sus cálculos.

Pero yo les he arrebatado á Usenda sin que se apercibiesen de ello.

Es indudable que no se les habrá ocurrido ir al lugar en donde la tenian encerrada, lugar que creen segurísimo.

Yo, que conozco palmo á palmo las ruinas, la saqué de su encierro, penetrando en él por un angosto y secreto pasillo, y sin ser oidos de nadie, salimos por una mina que desemboca en este sitio.

Un inmenso griterío se alzó en aquel momento en torno del castillo.

Cuando el silencio se restableció de nuevo, aquel hombre prosiguió:

—Id, id, don Pelayo á ver lo que sucede, y á tranquilizar á vuestros amigos. Yo entre tanto os espero aquí guardando á vuestra hermana, pues no debemos exponerla á que sea blanco de las armas arrojadizas de los sitiados.

Don Pelayo, gozoso en extremo, tendió nuevamente la mano al desconocido, y despues de besar á Usenda en la frente, corrió al lado de los caballeros de Humnoldo.

CAPITULO VIII.

Muerte de Odayfa.—Asalto de la torre.—
Victoria sobre los infieles.

Vamos á explicar la causa de los gritos que se habian escuchado en torno del castillo.

Sobre la plataforma de este apareció de nuevo Odayfa, y completamente confiado en que Usenda continuaba en su poder, dirigió con arrogancia la palabra á los sitiadores.

—Cristianos,—les dijo.—Llegó la hora en que es necesario que tomeis una determinacion decisiva.

Retiraos, dejándonos el paso franco, ó de lo contrario os prevengo que daremos muerte á Usenda, arrojando despues su cadáver desde lo alto de esta torre.

Al escuchar estas palabras, estalló entre los

que auxiliaban á don Pelayo, un grito general de indignacion.

Gotomaro estaba desesperado, y se mesaba los cabellos llamándose á sí mismo torpe y traidor, por no haber dado muerte á Odayfa, en vez de atarlo al tronco de un árbol.

En esto apareció don Pelayo, y se enteró de lo que acontecia.

En pocas palabras dió cuenta á sus amigos del inesperado suceso, merced al cual, Usenda se hallaba en libertad, y se dispuso á atacar á los moros.

Gotomaro al saber la agradable nueva lanzó un grito de júbilo.

—Vamos, ¿qué resolveis?—gritó entonces Odayfa adelantando hasta el borde de la plataforma.

Gotomaro armó precipitadamente su arco con una aguda flecha, y dando algunos pasos hácia la torre, gritó á su vez:

—Ahí vá la respuesta.

La flecha partió silbando, y con una rapidez inmensa, fué á clavarse profundamente en el pecho del insolente emisario de Munuza.

Aquel desdichado, al sentirse herido, llevó ambas manos á su pecho, y lanzó un grito horrible, que escucharon sus secuaces.

Estos acudieron en tropel á la plataforma para enterarse de lo que acontecia, á tiempo de

ver á Odayfa que con los ojos nublados ya por el velo de la muerte, y bañado en su propia sangre, tocaba con los pies el mismo borde de la plataforma. Una vez allí perdió el equilibrio, y extendiendo los brazos maquinalmente, descendió dando vueltas sobre sí mismo, y fué á estrellarse en una de las piedras desprendidas del viejo edificio.

—¡Perezcan de ese modo los traidores!—murmuró Gotomaro.

Al estupor que la muerte de Odayfa produjo en los moros, sucedió una viva indignacion, una ira reconcentrada, que no tardó en estallar manifestándose en gritos de rabia, y en terribles amenazas contra los cristianos.

Estos se dispusieron al asalto.

Habian atado de antemano sus caballos á los troncos de los árboles que crecian aquí y allá en torno de las ruinas, y corrieron espada en mano, hácia la carcomida puerta de la torre.

Algunos moros dispararon sobre ellos sus venablos, en tanto que otros abandonaron apresuradamente la plataforma, decididos á vengar en la inocente Usenda la muerte de su compañero.

Pero al ver que la jóven habia desaparecido, el terror más grande apareció en sus semblantes, y se aprestaron á una desesperada defensa.

Las gentes del gobernador de Gijon estaban armadas muy á la ligera, en tanto que los cris-

tianos iban cubiertos de fuertes mallas, desde los pies hasta el cuello, y tenian la cabeza cubierta con capacetes [de hierro, capaces de resistir un fuerte mandoble, ó de despuntar la más acerada y aguda flecha.

Por esta razon, aun cuando los moros se parapetaban dentro de la fortaleza, una vez tomada ésta por los cristianos, tenian por precision que llevar la peor parte en la sangrienta contienda.

Llegó don Pelayo el primero de los suyos á la puerta de la torre, la cual habian robustecido los sitiados por la parte de adentro, apoyando á ella algunos gruesos tablones.

El hermano de Usenda comenzó á dar fuertes golpes con su poderosa maza de hierro, rodeada de agudas puntas, en la vieja puerta, de la cual no tardaron en saltar menudas astillas, y pedazos de hierro enmohecido.

Cada uno de sus golpes retumbaba en el vetusto edificio, que se estremecia hasta sus cimientos, repitiendo sordamente aquellos golpes furibundos, que daban á conocer el poderoso brazo del héroe de Covadonga.

Los moros, desde las alturas, hacian llover sobre los cristianos un diluvio de flechas y azagayas, armas que iban á despuntarse en las armaduras de los cristianos, sin causarles daño alguno.

No tardaron en observar esto los servidores de Munuza, y entonces concibieron la idea fatal de derribar sòbre los que pugnaban por entrar en la torre, una de las almenas, la cual por su mal estado de conservacion, prometia ceder fácilmente á sus esfuerzos repetidos.

Y dicho y hecho; apoyándose con fuerza en ella y sirviéndose de las astas de sus picas, cual si fueran palancas, no tardaron en hacer vacilar sobre su base, las piedras que componian la almena.

El peligro era eminente para los cristianos.

Pero no podian apercibirse de aquel peligro.

Pugnando por derribar la puerta, tras de la cual sus contrarios formaban con piedras y tablones, arrancados al viejo edificio, lo que hoy llamariamos una barricada, no observaban lo que hacian los moros en lo alto del torreon.

Cuando la almena fué arrancada de su base, descendió rápidamente raspando el muro, y cayendo sobre los cristianos convertida en horrible lluvia de tierra, piedras y cascotes.

Un alarido de horror se alzó entre los sitiadores, que durante un momento desaparecieron entre una nube de polvo.

Cuando aquel se hubo desvanecido, pudo verse á cuatro o cinco de ellos tendidos en tierra.

Uno yacia inmóvil, muerto y casi aplastado, bajo el peso de una enorme piedra.

Los demás estaban heridos, y se retorcian exhalando ayes lastimeros.

Todos se apartaron horrorizados de la torre, excepto don Pelayo, que protegido por la enorme arcada de la puerta, habia salido ileso de aquel diluvio de piedras.

Los amigos de Humnoldo se situaron en una pequeña eminencia que habia enfrente de la torre, y desde allí asaetaron á los moros que coronaban la plataforma.

Algunos infieles no tardaron en perder la vida. El resto de ellos, se internó en el castillo lanzando gritos de furor, y corriendo al lugar en donde habian encerrado á Usenda.

¿Cual no seria su desesperacion, cuanta sus impotente rabia, al saber por sus compañeros que la jóven habia desaparecido?...

Entre tanto la puerta de la torre, cedió al fin, á los redoblados golpes de la maza de don Pelayo.

Algunas tablas saltaron primero en menudas astillas, agrandando el boquete que desde tiempos antiguos tenia la puerta, y por el cual segun hemos dicho ya en uno de los capítulos que anteceden, penetraban en la torre los pastores que en ella deseaban hacer noche; luego aquella puerta gimió sordamente, y despues de resistir aún durante algun tiempo, se abrió con estruendo, haciendo caer en torno suyo pedazos

de herrajes, y fracmentos de tablas carcomidas.

Los moros que defendian la puerta, dispararon sobre don Pelayo sus armas arrojadizas; pero este sin hacer caso alguno de las flechas y venablos que silbaban en torno suyo, pasó la maza á su mano izquierda, y empuñando con la derecha su espada, penetró en la torre seguido de todos los suyos.

¡Horrible fué la matanza!

En la lucha sangrienta que entonces sostenian moros y cristianos, no habia treguas ni cuartel, y el ódio de razas aún en el dia no extinguido completamente, no dejaba lugar á la piedad.

Cuenta la crónica que nos sirve de guia para escribir esta historia, que de los servidores de Munuza encerrados en la torre, ni uno solo quedó con vida.

En la pequeña hueste que mandaba don Pelayo, solo hubo dos muertos y algunos heridos; de estos últimos, la mayor parte, de resultas del hundimiento de la almena.

Reuniose don Pelayo con su hermana y con el libertador de esta. Ambos estuvieron inquietos, especialmente la tierna doncella, hasta tanto que supieron el resultado de la sangrienta refriega terminada dentro de la torre.

Los caballeros de Humnoldo enterraron piadosamente los cadáveres, señalando con una cruz

las sepulturas de sus dos desgraciados compañeros; luego construyeron con ramas de árboles una especie de lechos de campaña para sus heridos, los cuales ya habian sido curados, y cargando con ellos y con el considerable botin ganado á los moros, dieron todos juntos la vuelta á Covadonga, á donde vamos á conducir nuevamente á nuestros lectores.

CAPITULO IX.

La doncella de Covadonga.

Aquellos rudos y valientes guerreros, los nobles montañeses que se titulaban los amigos de Humnoldo, tan luego como llegaron á Covadonga, su primer cuidado fué dar gracias á la Vírgen Madre de Dios, por la victoria alcanzada sobre los infieles.

A aquella gente esforzada no la rendia el cansancio, ni el hambre la rendia, y se mostraban dignos capitanes de aquel puñado de valientes, que poco más tarde habian de hacer frente á las numerosas huestes agarenas, venciéndolas y destrozándolas en las ásperas gargantas de aquel pais, único territorio que en España conservaba su independencia.

Aquella gente tenia fé.

La fé les ayudaba á soportar toda suerte de penalidades y fatigas, á emprender hechos heroicos que hoy causan nuestra admiracion.

Solo con la fé que llenaba sus corazones puros, tranquilos y exentos por lo general de tumultuosas y viles pasiones, se comprende que aquellos guerreros, á quienes es deudora España de su reconquista, vencieran en ruda y sangrienta lucha á los poderosos ejércitos africanos.

Y no se crea que sus enemigos eran hombres afeminados y cobardes.

Todo lo contrario.

Aquellas gentes acaudilladas por expertos y bravos capitanes, estaban probadas en cien y cien combates.

Endurecidos en las fatigas, ávidos de botin y de conquistas, y orgullosos con ser dueños de casi toda España, se arrojaban á la pelea con la misma pujanza y ferocidad de los tigres y leones de los bosques y arenales de donde procedian.

¿Cómo se explica, pues, que el corto número de cristianos que se guarecian en las montañas de Astúrias, hubiese podido contener aquel torrente desbordado, aquella tromba asoladora que amenazaba destruir cuanto encontrase á su paso?...

La fé, repetimos; la fé, únicamente, podia ser el dique que contuviera á los feroces hijos

de Agar, empeñados en la conquista del pintoresco y agreste país en donde habian encontrado tan obstinada resistencia.

¡Ay de ellos!

Á aquella tierra bendita, cuna de nuestras libertades, debian llegar en gran número con la frente cubierta de laureles, y las manos tintas en sangre cristiana.

Á aquellas profundas gargantas, cuyas cumbres coronaban hermosos árboles seculares, habian de acercarse lanzando roncos y gozosos gritos de guerra, precursores de una victoria que creían segura; pero aquellos gozosos gritos debian cambiarse muy en breve en lamentos de dolor, en alaridos de muerte.

El génio de los combates que hasta aquel momento extendiera sobre ellos sus alas siempre victoriosas, tenia que abandonarlos, al fin, sepultando en un dia la gloria alcanzada en cien reñidas batallas.

¡Ay de ellos! volvemos á decir.

Las aguas cristalinas del Deva correrian tintas en su sangre, y sus áridos huesos blanquearian las revueltas gargantas y los largos desfiladeros, en donde llenos de una ciega confianza debian penetrar al son de sus atabales y cajas de guerra.

Pronto llegará el momento en que referiremos á nuestros lectores aquella gloriosa bata-

lla de feliz recordacion, digna de los tiempos heróicos.

*
* *

El anciano y respetable Humnoldo, con los ojos humedecidos por las lágrimas, daba gracias al Altísimo en el altar de la Vírgen de Covadonga, por la completa derrota de los infieles, y porque don Pelayo, por el cual se interesaba en extremo, hubiese recuperado á su hermana.

Aquel venerable sacerdote, de luenga barba, blanca como la nieve, y dulces y apacibles facciones, inspiraba á la vez un profundo respeto y unas vivas simpatías.

Rodeaban el altar de la Vírgen, don Pelayo, Gotomaro su escudero, y los caballeros que tan eficazmente habian contribuido á arrancar á Usenda de poder de los sicarios de Munuza.

El hombre de las ruinas, al cual llamaremos así hasta tanto que sepamos su verdadero nombre, tambien se hallaba en el rústico templo, con la cabeza inclinada sobre el pecho, ambas rodillas en tierra, y con los ojos fijos en la imágen de la Vírgen.

Para complemento de este cuadro interesante, las doncellas alojadas en Covadonga, formaban un grupo encantador, á corta distancia de los guerreros.

Aquellas jóvenes, casi todas ellas hermosas y agraciadas, formaban un raro contraste con los caballeros, cubiertos de aceradas mallas, todos con el rostro más ó ménos rudo y bravío, pero atezados, curtidos, digámoslo así, por el rigor de las estaciones y por el polvo de los combates.

Usenda, que desde aquel dia habia de habitar entre aquellas doncellas, á fin de hallarse á cubierto de otro atentado como aquel de que habia sido víctima, se encontraba así mismo en el templo, orando con religioso fervor, y dando gracias al Altísimo por no haber caido en poder del feroz Munuza.

Si algun dolor inquietaba á la inocente doncella, era el causado por la muerte de su anciana aya, Efingarda, bárbaramente asesinada por los parciales del gobernador de Gijon.

Entre aquellas doncellas, habia una que no apartaba sus ojos de don Pelayo.

Fuese debido á la casualidad, ó fuese de intento, se habia colocado cerca del valeroso guerrero, el cual, á decir verdad, no se habia fijado en ella.

Aquella jóven, ó mejor dicho, aquella niña, pues no aparentaba tener más que quince ó diez y seis años, era hermosa, soberanamente hermosa.

Vamos á hacer su retrato, pues ha de de-

sempeñar en esta historia un papel de importancia.

En su rostro ovalado, lo primero que llamaba su atencion, eran los ojos negros y brillantes, rodeados de largas pestañas, y coronados por unas cejas que formaban dos arcos perfectos.

El rostro de aquella niña era ovalado, repetímos, blanco, con esa blancura pálida, pero no enfermiza, que constituye uno de los mayores encantos en la mujer, y que es muy apreciada, expecialmente entre los orientales.

En sus labios entreabiertos, húmedos y de encendido color, como las rosas de Alejandría, habia una extraña mezcla de voluptuosidad y de inocencia, que inspiraba á la vez, ciertas ideas y un profundo respeto.

Nada más seductor que la encantadora garganta de aquella jóven bellísima, garganta que quedaba al descubierto segun la moda que usaban las damas godas, permitiendo adivinar los deliciosos contornos de su seno, de estátua antigua, ya completamente desarrollado y arrogante.

¡Cuán hermosa era aquella doncella!

En sus ojos extraordinariamente abiertos unas veces, y lanzando vivísimos resplandores, y entornados otros tras las sedosas pestañas, que en vano pretendian amortiguar su fuego, se

adivinaba un mundo de pasiones adormecidas aún, contenidas por el casto y virginal perfume de la edad primera, pero prontos á estallar, á abrasar con fuego devorador el corazon de aquella niña, que el más vulgar fisonomista, no dudaria en calificar de precoz, y de propensa á sentir grandes pasiones.

En prueba de ello, dos ligerísimos círculos amoratados, que se extendian bajo sus párpados, revelaban bien claramente insomnios repetidos, vagos, inexplicables deseos, combatidos por el natural pudor de la vírgen, rechazados con energia y ahogados quizá con lágrimas y suspiros enmedio de la oracion.

En una palabra, en aquella niña, que se hallaba en esa edad que suele ser tan peligrosa en ciertas organizaciones, desaparecia ya la adolescencia y empezaba á vislumbrarse el alma de fuego de una mujer enérgica, tenaz y apasionada.

Aquella niña era la realizacion, el bello ideal que podia forjarse la imaginacion más exigente y soñadora, y su maravillosa hermosura, y su alma más hermosa aún y apasionada, que se dejaba adivinar á través de sus ojos y de sus labios purísimos, despertaban á la par ideas de infinita voluptuosidad y de suave ternura.

Y don Pelayo continuaba orando con el mayor recogimiento.

Próxima ya á terminarse su oracion, escuchó al lado suyo un entrecortado suspiro; uno de esos suspiros que en vano se pretenden contener, y que se lanzan por fin del oprimido pecho.

Don Pelayo volvió con lentitud la cabeza, y vió cerca de sí á la encantadora jóven, que le contemplaba tenaz y apasionadamente.

La mirada de aquellos ojos bellísimos é irresistibles, de aquellos ojos nocturnos, (y séanos permitido valernos de esta expresion), le abrasó el alma.

Don Pelayo se acordó de Egilona, la esposa de su primo el rey don Rodrigo.

Recordó la terrible seduccion que aquella hermosa mujer habia empleado para lograr su amor de un momento, y como era en extremo virtuoso, se estremeció, pensando que en las ásperas montañas de Astúrias, existia para él un peligro mayor, que el que le habia hecho caer en los brazos de la reina goda.

CAPITULO X.

Historia del conde Clotario.

Al dia siguiente de haber tenido lugar los sucesos que acabamos de referir, el hombre de las ruinas se hallaba en compañía de don Pelayo.

Aquel hombre habia cambiado su ropa talar por un traje compuesto de un fuerte coleto de cuero, una enorme faja de hierro sobre el pecho en vez de mallas, calzas y abarcas en las piernas, y un casco tambien de hierro, que á duras penas podia contener sus cabellos ásperos y desordenados.

Como complemento de este traje, perteneciente á Gotomaro, pendia de su cintura una ancha espada con vaina de cuero, y un largo y agudo puñal de los que en época más remota llamaron los caballeros puñal *de misericordia*,

y que servia para rematar de un solo golpe á los contrarios heridos de muerte.

Así ataviado aquel hombre no tenia aspecto feroz ni repugnante, y representaba la edad de treinta y ocho á cuarenta años.

Su casco de hierro sin adorno alguno, dejando su frente casi al descubierto, permitia ver en ella algunas arrugas que, más bien que de la edad, parecian ser hijas de amargas y profundas reflexiones ó de ocultos pesares.

Oigamos la conversacion que sostenian aquel hombre y don Pelayo.

—Mucho os debo,—dijo este,—y por lo tanto no extrañeis que desee saber vuestro nombre; decídmelo, pues, si algun voto no os lo impide, á fin de que pueda bendecirlo eternamente.

—Mi nombre,—dijo el libertador de Usenda, moviendo melancólicamente la cabeza,—fué en un tiempo un nombre temido y respetado, un nombre ilustre.

Hoy lo he perdido para siempre.

Sin embargo, pronunciaré ese nombre por complaceros.

Cuando yo era feliz, y tenia una posicion en el mundo, me llamaba el conde Clotario.

—¡Dios mio!

—¡Sí, don Pelayo, sí! Las penas, los remordimientos, más bien que la edad, encanecieron mis cabellos y llenaron mi rostro de profundas

arrugas, y en el dia nadie podria reconocer en mi al conde Clotario, al poderoso gobernador de Galicia y Astúrias, por el rey don Rodrigo.

Fuí perverso, soberbio, como el ángel rebelde.

Durante mucho tiempo ejercí sobre séres inocentes é indefensos una odiosa tiranía, hasta que al cabo indignado el cielo, me castigó.

Voy á referiros mi historia:

Colmado de riquezas, rodeado de fieles vasallos, que á pesar de mi duro carácter me amaban en extremo, vivia indistintamente en Gijon, ó en mi fuerte castillo situado cerca del Tambre, rio caudaloso de Galicia.

Inmediato á mi morada señorial, se alzaba un torreon medio derruido, habitado por un anciano caballero llamado Athaulfo.

Este tenia una hija jóven, hermosa en extremo segun todos aseguraban, y á la cual su padre no permitia salir ni un solo momento del viejo nido de águilas en donde vivia.

Yo nunca habia visto á Argebanda, que así se llamaba la jóven, y tanto fué lo que me ponderaron su hermosura y la santa resignacion con que sorpotaba la especie de rigurosa clausura en que la tenia su padre, que desee conocerla.

¿Qué podia negar Athaulfo al poderoso conde Clotario?

Nada ciertamente, y por lo tanto, las puer-

tas de la vieja torre cerrada para todo el mundo, se abrieron para mí de par en par.

Los admiradores de Argebanda, no habian ponderado al celebrar su belleza.

Esta era tanta, que yo me quedé estático, arrobado, contemplando aquel verdadero prodigio de la naturaleza.

Durante mucho tiempo, no pude pronunciar una palabra.

Por fin, haciendo un supremo esfuerzo, y sin dejar de contemplar á la doncella, le dije á su padre:

—Venerable Athalfo, yo el conde Clotario, poderoso señor, y de la sangre real goda, te pido por esposa á tu hija Argebanda.

Esta se extremeció de un modo notable al escuchar tales palabras, y me dirigió una triste mirada, cuyo significado no me era posible entonces comprender.

Athaulfo, contestó á mi demanda en estos términos:

—Noble señor; tu peticion me llena de gozo, y accedo á ella sin vacilar.

¿Qué mayor honra, que más grande felicidad para mi hija, que la de enlazarse contigo?...

Ella es pobre, humilde á pesar de la noble sangre que corre por sus venas, pero al elevarla á tu altura, te dará (yo estoy seguro de ello), la felicidad más cumplida que puedas apetecer.

Acostumbrada á la obediencia, tus menores indicaciones serán para ella órdenes terminantes.

Educada por mí en esta torre, que es lo único que me queda de la herencia de mis padres, será una esposa digna del alto y poderoso conde Clotario.

¡Oh! ¡Dios mio! ¡añadió elevando los ojos al cielo; ahora ya puedo morir!...

Dicho esto, salió con paso mesurado de la estancia en donde tenia lugar aquella escena.

Al verme sólo con Argebanda, me dirigí á ella lleno de una dulce emocion y con el corazon agitado por tumultuosos deseos.

—Bellísima jóven,—le dije cogiéndole una mano;—ya habeis oido á vuestro padre. El se tiene por muy dichoso viendoos unido á mí. ¿Os sucede á vos lo mismo?...

Argebanda no contestó á esta pregunta.

Parecia como que deseaba manifestarme algo de suma importancia, hacerme alguna objecion, pero que el temor ó el respeto que le imponia mi presencia, se lo impedian.

Su turbacion era tan manifiesta, que creí debia repetir mi pregunta, lo cual hice con voz trémula y apasionada.

—Señor,—contestó la doncella tartamudeando; la voluntad de mi padre es para mí tan sagrada, que seré vuestra esposa tan luego como lo determine; pero...

—Pero ¿qué?—pregunté imperiosamente, viendo que se detenia.

—¡Oh! señor, ¡perdonadme!—exclamó Argebanda temblando.

—¿Qué he de perdonar?

—Lo que os voy á decir.—Me uniré á vos si tal es vuestra voluntad y la de mi padre, pero... creo que no me será posible... amaros.

Estas palabras que estaba muy lejos de esperar, produjeron en mí una terrible excitacion, y aumentaron mi natural soberbia de tal modo, que creo que en aquel momento hubiera ahogado de muy buena gana entre mis brazos á aquella hermosa jóven.

Acostumbrado á que todas las voluntades se doblegaban ante mí, y á escuchar las exajeradas adulaciones de mis siervos, mi amor propio no podia por ménos que mostrarse ofendido al escuchar la tímida, pero al mismo tiempo franca manifestacion de Argebanda.

Yo estaba como fuera de mí. Pronunciando palabras incoherentes y rechinando los dientes con furor, me paseaba á lo largo de la estancia, unas veces con pasos tardos y otras apresuradamente.

Observando Argebanda el estado de violenta agitacion en que me habian puesto sus palabras, se cubrió los ojos con ambas manos, y rompió á llorar amargamente.

El llanto de una mujer, me enfurece y me hace sentir á la vez, una ternura infinita.

El furor no tarda en desaparecer. La ternura predomina despues en mí.

Dulcificando la voz cuanto me fué posible, y ahogando dentro del corazon mi soberbio carácter, me acerqué de nuevo á la jóven y le pregunté:

—¿Amais á otro hombre, Argebanda?... ¡Oh! si es así, decídmelo, y desistiré de mi empresa amorosa, pues no quiero contrariar vuestra voluntad en lo más mínimo.

Si amais á otro, por más doloroso que me sea renunciar á la dicha de llamaros mi esposa, me apresuraré á manifestar á vuestro padre...

—¡No, no! ¡nada le digais!—exclamó Argebanda interrumpiéndome vivamente. ¡No amo á nadie, y estoy pronta á daros mi mano!

La inmensa felicidad que me prometia úniendome á aquella hermosísima jóven, sofocó en mi corazon toda suerte de escrúpulos, y pocos dias despues la hija del anciano Athaulfo era mi esposa.

CAPITULO VI.

Continuacion del anterior.—Revelacion espantosa

—Mi esposa,—continuó Clotario,—atenta siempre á satisfacer mis menores deseos, era humilde como la última de mis siervas.

En cambio, una profunda tristeza, una marcada sombra de amargura, se notaba de contínuo en su hermoso semblante.

Era indudable que no me amaba.

Yo no debia extrañarme de esto, pues ya me lo habia anunciado, y sin embargo, experimentaba una especie de sorda indignacion, una ira reconcentrada contra aquella infeliz.

La amaba más y más cada dia, y tenia celos hasta de sus pensamientos.

¿Encerraria Argebanda dentro de su alma una pasion invencible hácia otro hombre?

Lo ignoraba.

En vano noches enteras espiaba tenazmente su sueño inquieto y agitado siempre, á fin de sorprender en sus lábios un nombre que viniese á corroborar mis sospechas.

En vano la espiaba de continuo esperando sorprender en ella algo que me revelase la existencia de un mortal más dichoso que yo.

Digo esto, porque á pesar de la completa y pacífica posesion de aquel milagro de hermosura, no era dichoso.

Luchaba sin treguas ni descanso con mis celosos pensamientos y con la terrible certidumbre en que estaba de que Argebanda no me amaba ni me amaria nunca.

Así las cosas, tuve que hacer un viaje á la córte.

Cuando le anuncié el viaje á mi esposa, esta casi con las lágrimas en los ojos y con una ansiedad indescriptible, me rogó que la llevase en mi compañía.

El afan que manifestaba por acompañarme me hizo concebir la sospecha de que se hallaba en la córte el hombre por quien su corazon estaba contínuamente lleno de lágrimas y suspiros.

Esto bastó para que no accediese á su deseo, y le dije bruscamente que no me era posible complacerla.

Argebanda no insistió, y yo partí inquieto, desesperado, y más enamorado que nunca de ella.

Veinte dias justos llevaba de estancia en la córte, y ya me disponia á volver á mi castillo del Tambre, cuando un dia, mi mayordomo Ordusio, hombre en el cual tenia depositada toda mi confianza, se presentó inesperadamente en Toledo.

Al verlo, lo primero que se me ocurrió, fué pensar que mi esposa estaba enferma, y que Ordusio iba en busca mia.

El contristado rostro del mayordomo, nada bueno me presagiaba.

Cuando le pregunté la causa de su llegada á Toledo, me contestó con acento lúgubre:

—Disponeos, señor, á oir las nuevas más terribles é infaustas, que pudierais imaginaros.

—¿Qué vas á revelarme, buen Ordusio?—le pregunté con creciente inquietud.—¿Estubo enferma Argebanda?

—¡No, no estubo enferma!—respondió el mayordomo sordamente.—¡Ojálá que esa fuera la causa de mi venida á Toledo!

¡Armaos de todo vuestro valor! ¡Oh, mi señor muy amado, y pedid á Dios os dé el consuelo de que tanto vais á necesitar muy en breve!...

Oidme atentamente:

—Al dia siguiente de vuestra partida,—con-

tinuó despues de una pequeña pausa,—paseaba yo distraidamente por la muralla del castillo, cuando una voz armoniosa y varonil, que cantaba al pié de la torre de Oriente, me sacó de mi distracion.

Era de noche, noche apacible y tranquila, y la voz del cantor llegaba bastante perceptible hasta mí.

En aquel canto habia oido pronunciar el nombre de Argebanda, y esta circunstancia me llenó de la curiosidad más viva.

Acerqueme hasta el mismo borde del muro, y desde allí pude distinguir, á pesar de la oscuridad de la noche, un hombre envuelto en un negro y cumplido manto.

Aquel hombre, acompañándose de un bandolin cantaba enfrente de las rejas de vuestra esposa.

Mi primera intencion, y ojalá lo hubiera hecho así, fué lanzarle un venablo, pero la curiosidad, ó más bien, el deseo de saber si Argebanda daba oidos al cantor, me hizo permanecr inmóvil en mi observatorio.

¡Ay! ¡el descubrimiento que iba á hacer, era de la mayor importancia!

—¡Acaba!—grité con voz de trueno.

—Vuestra esposa,—prosiguió Ordusio,—se asomó al través de una reja, y desde allí se puso á hablar con el cantor.

La distancia que nos separaba, no me permitia oir la conversacion con toda claridad que hubiera deseado, pero sin embargo, por algunas palabras que percibí claramente, pude comprender que estaban en la más perfecta armonía.

Presté mayor atencion, y al cabo ya no me quedó duda alguna, de que mi señora y el cantor sostenian culpables relaciones.

—Al oir esta revelacion terrible,—dijo el conde Clotario interrumpiendo su narracion,—lancé un gritó espantoso y cogiendo á mi mayordomo por el cuello, exclamé ya enteramente fuera de mí:

—¡Mientes traidor! ¡Has osado mancillar con infame lengua á mi esposa, y ahora mismo sin vacilacion alguna, vas á probarme tu acusacion, ó de lo contrario mueres; mueres como un perro!

—Lo probaré—afirmó Ordusio con voz ahogada desembarazándose á duras penas de mis manos. Sí; lo probaré,—repitió,—y será tan claramente que no os quedará la menor duda de la culpabilidad de Argebanda, y de vuestra desgracia.

No me interrumpais, señor, y oidme atentamente.

Vacilaba entre hacer prender al audaz cantor ó continuar presenciando desde mi observatorio aquella cita misteriosa, cuando de pronto silvó un venablo.

El único centinela que velaba en las murallas, observaba como yo al cantor, y le habia lanzado una de sus armas arrojadizas.

Este al parecer fué herido, pues exhaló un ligero gritó.

A este grito contestó otro de vuestra esposa, pero grito anhelante, que revelaba una angustia suprema.

—¡Huye, huye!—¡exclamó en alta voz dirigiéndose al cantor; te han descubierto!

Volví á sentir el seco chasquido de un arco, y otro veneblo partió de las murallas en direccion al rondador nocturno, pero esta vez sin tocarle.

Aquel hombre entonces no aguardó un tercer disparo, y huyó apresuradamente perdiéndose entre las sombras de la noche.

Entonces me dirigí al vigilante centinela que por más señas era Bermudo, y aparentando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir, le pregunté que era lo que acontecia.

—Hace un momento,—me contestó Bermudo,—observé qne un hombre cantaba frente á las rejas de la condesa. Luego ese hombre, al cual no he conocido, se puso á hablar con mi señora, y...

—Y tú ¿que has hecho?

—Yo,—me contestó,—le disparé un venablo y creo que le he herido. No se si en esto hice

bien ó mal, pero el honor del conde Clotario al cual sirvo fielmente, y cuyo pán como hace muchos años, es para mi lo primero. Creo por lo tanto...

—Bien has hecho Bermudo, afirmé interrumpiéndole y tendiéndole una mano que él estrechó entre las suyas. En nombre de nuestro señor, yo sabre recompensar tu fidelidad.

Iba ya á retirarme de las murallas, cuando se me ocurrió un pensamiento de muchísima importancia.

Bermudo, me dije á mí mismo, ha escuchado como yo la conversacion de la condesa, con el cantor desconocido.

Este hombre es dueño de un terrible secreto, y hay secretos que cuestan la vida. Bermudo por lo tanto, debe morir.

Y dicho y hecho; aproveché un momento en que el centinela me volvia la espalda para continuar su ronda por la muralla, y desenvainando mi buena daga de acero de Toledo, se la clavé profundamente en la espalda, hasta la empuñadura.

Bermudo cayó sin proferir un grito, sin hacer movimiento alguno.

Cuando me hube convencido de que estaba muerto, lo arrojé desde lo alto del muro hasta el pié del castillo, en donde fué á estrellarse sordamente contra las peñas.

Ahora bien, señor; á mi vez os pregunto, si hice bien ó mal en matar á Bermudo.

—¡Prosigue!—exclamé roncamente.

—Al siguiente dia,—continuó Ordusio,—las gentes del castillo recogieron el cadáver de Bermudo, que tenia el cráneo horriblemente destrozado.

Sin la profunda herida causada por mi daga, todos hubieran creido que el vigilante se habia precipitado desde lo alto del muro; pero aquella herida que nadie podia explicarse, venia á destruir la idea de que Bermudo se hubiera dado muerte así mismo.

En fin, todas las conjeturas que hacian vuestros servidores, estaban muy lejos de la verdad, y concluyeron por creer que en el castillo habia un traidor, ó por lo ménos, un enemigo del pobre Bermudo.

Yo, entretanto, observaba atentamente lo que pasaba en torno mio.

Argebanda estaba pálida y sombría, y puso fin á las murmuraciones ordenando que se diese sepultura al cadáver, y que no se volviese á hablar más acerca de aquel crímen que quedaba envuelto en el más profundo misterio.

CAPITULO XII.

Los dramas del bosque Negro.—La aparicion de un padre.

—Habeis de perdonarme, noble don Pelayo,—continuó el conde Clotario,—la minuciosidad de mi narracion.

Todo lo que os voy refiriendo es sumamente preciso, para que comprendais la horrible y sangrienta trama de mi lamentable historia.

—Continuad,—dijo don Pelayo.

—Decidido á descubrir al culpable, que así mancillaba vuestro honor,—prosiguió diciéndome Ordusio,—espié á Argebanda, sin descanso.

Una noche, dos dias despues de la muerte de Bermudo, la vi salir del castillo, acompañada de Zoila su dama favorita.

Yo, que la seguia recatadamente, pude ver

que se encaminaban hácia el cercano bosque *Negro*, llamado así, como sabeis, por los abetos y espesos pinos de que está compuesto.

Fácil me fué continuar siguiéndolos á cierta distancia por el intrincado laberinto del bosque, sin que ellas lo notasen.

Estaba cierto, ciertísimo, de que iba á sorprender á los culpables, y mi cariño y lealtad hácia vos, me llenaban el alma de dolor y de indignacion.

¡Pobre señor mio!—pensaba suspirando.—¡Tan noble, tan bondadoso, y ser engañado con tal ruindad!

¡Oh; yo arrancaré á los infames su vil existencia!

¡Ellos pagarán con la vida su delito, la negra mancha arrojada sobre los limpios blasones de mi noble dueño, aún cuando el exceso de mi lealtad merezca castigo.

Así pensando me internaba cada vez más en el bosque, siempre en seguimiento de la condesa y de Zoila.

Estas, al llegar á un claro, formado naturalmente por los árboles, se pararon y yo hice lo mismo, observándolas cada vez con mayor atencion, pues el corazon me decia que se acercaba el temido instante en que iba á descubrir aquel misterio de iniquidad.

Poco tiempo despues, un hombre que por su

traje y apostura, parecia ser un noble, pero cuyo rostro no podia descubrir á causa de la oscuridad del bosque, salia de la espesura y se precipitaba en los brazos de Argebanda.

Zoila se retiró discretamente.

Yo me fuí acercando con la mayor cautela, á fin de escuchar su conversacion, y...

—¿Por qué no prosigues?—grité enfurecido, al ver que Ordusio se detenia en lo más importante de sus revelaciones.

—Permitidme, señor,—dijo arrojándose á mis pies,—que no continue. Básteos saber, que la impura Argebanda, aquella mujer á quien habiais sacado de la nada para elevarla hasta vos, os engañaba miserablemente.

El hombre en cuyos brazos acababa de arrojarse loca de amor, frenética, delirante, la conocia ya mucho tiempo antes de vuestro enlace, segun pude colegir de su conversacion.

Los adúlteros hablaban de vos, como de un sér odiado y aborrecible, al cual era necesario soportar; cuya muerte se deseaba con el mayor afan.

Al oir á aquellos malvados que creyéndose enteramente solos se entregaban á todos los delirios de una pasion criminal, estaba atónito y lleno de indignacion.

Por fin, no me fué posible contenerme por más tiempo, y desenvainando mi espada, salí de

mi escondrijo, y caí sobre ellos con la velocidad del rayo.

De un tajo formidable que alcanzó tambien á Argebanda, dividí el cráneo de vuestro ofensor.

A aquel hombre no le fué posible pronunciar ni una palabra ni lanzar un gemido, y cayó en tierra desplomado cual si lo hubiese herido el fuego del cielo.

En cambio Argebanda, prorrumpió en agudos gritos, pidiendo socorro.

Aquellos gritos me enfurecieron de tal suerte, que fuera de mí y casi sin saber lo que hacía, le introduge mi acero en el pecho.

Un momento despues vuestra adúltera esposa, estaba tendida tambien y sin vida, al lado del yerto cadáver de su amante.

Zoila no tardó en acudir á los gritos de su señora, y yo, considerando que no debia existir ningun testigo de vuestra deshonra, le dí muerte así mismo, sepultando con ella aquel terrible secreto, del cual sólo yo debia ser el depositario.

—¡Desdichado, que has hecho!—exclamé al oir aquel cúmulo de horrores.

—¡Vengaros!—gritó Ordusio;—¡verter la infame sangre de los que tanto os habian ofendido!

¡De los cuatro á quienes mi lealtad me obligó á dar muerte, solo Bermudo era inocente;

los demás, incluso Zoila, vil y miserable tercera de aquellos amores reprobados, cuyo ardor cortó el filo de mi espada, merecian la muerte que les dí y de la cual no estoy arrepentido!

Si me excedí en el cumplimiento de mi deber, aquí me teneis, señor, dispuesto á acatar vuestras órdenes.

¡Mandadme que me arranque la vida, y aquí mismo, en vuestra presencia, me sepultaré mi espada en el corazon!

—¡No Ordusio, no!—exclamé lanzando un gemido que me arrancaba del fondo de mi corazon el recuerdo de Argebanda; como bueno has cumplido, y lejos de castigarte eres acreedor á que te conceda mi eterno agradecimiento.

Me has ennegrecido el alma al descubrirme la perversidad de la infame á quien amaba más que á mi vida, pero al mismo tiempo debo confesarte que me alegro de lo que ha sucedido. Yo quizá no hubiera tenido valor para dar muerte á Argebanda.

—Puesto que aprobais lo que he hecho,—dijo Ordusio,—permitidme contaros el resto de esta historia sangrienta.

Con el objeto de que ni aun rastro quedase de las personas muertas por mi mano, y á fin de sepultar mejor el importante secreto que tanto convenia guardar, cogí uno á uno aquellos tres cadáveres, y despues de atarles fuerte-

mente una gruesa piedra al cuello los arrojé en el rio Tambre, que como no ignorais, pasa cerca de aquel sitio.

Hecho esto, torné al castillo, anunciando á vuestros servidores que Argerbanda habia ido á vivir con su padre, hasta tanto que vos tornaseis á Galícia.

Creo que nadie puso en duda mis palabras.

A mi me pareció prudente el venir á daros cuenta de tan tristes y desagradables nuevas, y hasta que llegué á Toledo, hasta tanto que aprobasteis mi conducta, no me fué posible aliviarme del enorme peso que oprimia mi corazon.

—Me permitireis que os haga presente, Conde Clotario,—dijo don Pelayo, que hasta entonces habia escuchado atentamente al libertador de su hermana,—que en el cúmulo de horrores que me acabais de referir, existe algo tan vago, tan incierto, que yo en vuestro lugar hubiera dado ménos crédito á las palabras del mayordomo.

—Admiro vuestra penetracion, noble don Pelayo,—afirmó Clotario.—En todo el relato de Ordusio que fielmente acabo de daros á conocer, no existe una sola palabra de verdad.

Solo la inquieta y angustiosa disposicion en que se hallaba mi ánimo, puede disculpar hasta cierto punto mi ciega confianza.

Vais á saber la verdad de los hechos que du-

rante mi ausencia, habian acontecido en el castillo del Tambre.

Partí apresuradamente de Toledo, y cuando llegué al castillo, Argebanda, Zoila y Bermudo, no se hallaban efectivamente entre sus moradores.

Tambien habia desaparecido de su ruinosa torre, el viejo Athaulfo.

Nadie fué bastante osado para pedirme noticias acerca del paradero de mi esposa, ni yo me tomé el trabajo de explicar su desaparicion.

Yo amaba entrañablemente á Argebanda, y á pesar de creer en su culpabilidad, una profunda melancolía llenaba mi corazon.

Todo en el castillo me recordaba su presencia, y ya estaba decidido á abandonar aquella mansion en la cual existian para mí tan tristes y tan agradables recuerdos á la vez, cuando un dia Athaulfo, horriblemente demacrado hasta el extremo de parecer un cadáver, se presentó repentinamente á mi vista.

En los ojos hundidos del anciano, brillaba un fuego sombrío.

Apoyado en un nudoso báculo que hacia ménos inseguros sus pasos vacilantes, se fué acercando lentamente á mí, y al hallarse á muy corta distancia, enderezó su elevada estatura, y apoyando una de sus manos descarnadas en mi hombro, me dijo con voz sepulcral:

—¡Vengo á ver á mi hija!

—¿Vuestra hija?

—Sí; mi hija Argebanda;—la hija de mis entrañas, que hace tiempo vive encerrada en este castillo.

—¡Argebanda ha muerto!—exclamé lúgubremente. ¡Fué infiel á sus juramentos, y murió como deben morir todas las adúlteras!

—¡Miente, miente quien tal diga!—gritó Athaulfo con una voz que retumbó en todo el castillo.

¡Ni mi hija ha sido adúltera, ni ha dejado de existir!

¡Tiempo ha que ocupa en este maldecido castillo, al cual vino á vivir en mal hora, un horrible encierro en donde consume su triste juventud!

¡Repito que Argebanda es inocente, y tú, su imbécil esposo, no tendrás jamás perdon de Dios por haber dejado tanto tiempo sin castigo al malvado Ordusio.

Habia tal seguridad en las palabras del anciano, que yo no vacilé en dar órden para que inmediatamente prendiesen al mayordomo.

Algunas personas, á las cuales los gritos de Athaulfo habian atraido á la estancia en donde tenia lugar la escena que os estoy refiriendo, corrieron á ejecutar mis órdenes; pero bien inútilmente por cierto: Ordusio habia desaparecido.

—¡Oh, el infame!—exclamó Athaulfo con desesperado acento. ¡Mi sola presencia en estos lugares, bastó para advertirle el peligro que corria, y ha huido!

¡Maldicion sobre él!

¡La infeliz Argebanda quedará sin venganza, y yo, tan sólo yo, habré tenido la culpa de que esto suceda!

—¡No, no quedará,—repliqué.—Si Ordusio ha huido, yo sabré buscarlo aún cuando se esconda en el centro de la tierra. Pero ¿decís que Argebanda vive?—añadí con voz anhelante.

—¡Sí, vive!—repitió el anciano, y de nuevo te digo que está encerrada en este castillo; que es inocente del crímen de que la acusa el maldito Ordusio.

—Corramos, corramos,—grité yo fuera de mí, y lleno de la más viva alegría. ¡Mi esposa no ha muerto! ¡Mi amada esposa vive!

¡Servidores mios, mis buenos y fieles vasallos; corramos todos á librar á vuestra señora, de su horrible cautiverio!

Y conmovido, palpitante, y lleno de una febril impaciencia, corrí como un loco en direccion de los subterráneos de mi castillo, seguido de Athaulfo y de la mayor parte de mis servidores.

CAPITULO XIII.

**Los subterráneos del castillo del Tambre.—
Noche de sangre y de horrores**

—Mi castillo del Tambre,—añadió Clotario,—remonta su orígen al tiempo de los primitivos godos.

En sus robustos muros, sitiados en más de una ocasion, aún se divisan señales muy marcadas de la *catapulta* (1).

En sus altas torres, que dominan una inmensa extension de terreno, se vé la manera de fabricar de los romanos, fuerte, sólida y majestuosa.

---

(1) *La catapulta*, que algunos tomaron por la *ballesta*, servia para arrojar piedras. Se atribuye su invencion á los griegos. (*Historia de España*).

Hácia la parte Norte del castillo, y á una gran profundidad, se extienden unos inmensos subterráneos, formados con grandes piedras de sillería, y sostenidos por columnas toscas, pero firmes en extremo.

Como no fuera para servir de prision, ignoro el objeto para que aquellos antros tenebrosos habian sido construidos.

Las pocas veces que los visité, me helaron el alma con su aspecto pavoroso.

A uno de sus extremos, como sucede en casi todos los castillos, existe tambien una oculta mina, que desemboca en un lugar agreste y poco frecuentado.

Además, y esto si que no admite duda alguna respecto al objeto para que fué fabricado, hay un pequeño calabozo secreto, horrible, más espantoso aún que una tumba.

Para llegar á aquella sepultura de vivos, se desciende por una angosta y húmeda escalera, empotrada en dos muros robustos, aunque agrietados, en los cuales estriba una bóveda achatada, húmeda tambien y sombría, en donde anidan asquerosos reptiles.

Al que descendiese por aquella escalera, sin conocer la existencia de la horrible prision, le extrañaria mucho el hallarse bruscamente detenido, á muy corta distancia del último peldaño, por un muro ennegrecido por el tiempo y

la humedad, sin ver á derecha é izquierda salida alguna.

¿Para qué aquella escalera, si á ningun lugar conducia?

Sin embargo, cerca del suelo, y en uno de los sillares que se apoyan en el pavimento, existe una pequeña anilla de hierro, tirando de la cual, la piedra gira sordamente sobre un oculto resorte, dejando franca la entrada de aquella sepultura de vivos.

A esos horribles lugares, cuya existencia conocia Ordusio, bajé en busca de mi esposa.

¡Ay de mí! ¡en qué estado tan lamentable debia encontrarla!

Allí estaba, en efecto, amordazada, sentada en un poyo de piedra, y sujeta á la pared, por una gruesa y enmohecida cadena.

Zoila se hallaba sujeta del mismo modo.

Todos los que me seguian lanzaron un grito de horror, al presenciar aquel lastimoso espectáculo.

Puse en el suelo una lámpara, de la cual me habia provisto para descender á aquel lugar espantoso, y desembaracé á Argebanda de sus prisiones y de la horrible mordaza, en tanto que mis gentes hacian la mismo con Zoila

—¡Padre! ¡esposo mio! fueron las primeras palabras que pronunció Argebanda.

Estaba tan débil, que me fué preciso sa-

carla en brazos de aquella odiosa sepultura.

Hé aquí las revelaciones que nos hizo á su padre y á mí, despues que se hubo repuesto algun tanto, y recobrado una pequeña parte de sus casi agotadas fuerzas:

—Cuando te supliqué,—me dijo,—que me llevases en tu compañía á Toledo, no era un deseo pueril lo que me obligaba á hacerte semejante peticion. Era más bien un secreto presentimiento, que me hacia desear el acompañarte á la córte, presagiándome, que de quedar sola en este castillo, iban á sucederme males sin cuento.

Yo habia sorprendido en los ojos de Ordusio, miradas penetrantes, ardientes y terribles, que á la vez que me causaban una invencible repulsion, llenaban mi alma de inmensos terrores.

¡Ay! ¡cuán ciertos eran mis presentimientos!

Ese hombre infernal me amaba con un amor impuro, con un amor del infierno, que mi natural instínto de mujer, me habia hecho adivinar en sus miradas.

Sin embargo, como no tenia prueba alguna para acusarle, pues Ordusio á más de tratarme con el más profundo respecto, jamás habia osado pronunciar la menor palabra que hiciese alusion á su repugnante amor, encerré mis sospechas en el fondo de mi alma; es más, hasta

hubo un momento en que llegué á creer que me habia engañado.

Pero marchastes tú, y ese monstruo que no aguardaba más que aquel momento para darme á conocer claramente su dañada intencion, me declaró la impura llama que ardia en su pecho.

¡Jamás me olvidaré de aquel instante, en los pocos dias que me restan de vida!

Era de noche.

Yo habia subido á una de las plataformas del castillo, y desde allí, fija la vista en el lugar por donde te habia visto desaparecer aquella mañana, pensaba en tí; pensaba en tu amor ardiente é inextingible.

—¡Amada esposa!

—Sí, Clotario sí,—contiunó Argebanda.—En mi corazon se habia operado un cambio repentimo, inexplicable, y á mi antigua indiferencia que yo no era dueña de evitar, habia sustituido un amor profundo y dulce en extremo.

La ternura que entonces nacia en mi corazon á impulsos de tu recuerdo, llenó mis ojos de lágrimas.

¡Con cuánto placer me hubiera arrojado entonces en tus brazos!

¡Cuánta no hubiera sido mi felicidad, si en aquel momento de inmensa ternura, me fuera

permitido expresarte los sentimientos que me causaban un arrobamiento tan dulce!

—¡Oh! ¡yo te haré feliz, Argebanda mia!—exclamé interrumpiéndola.—A fuerza de cariño lograré hacerte olvidar tus padecimientos!

—¡Ya no es posible!—replicó Argebanda.—Dos causas poderosas se oponen á ello. La primera es la muerte que no tardará en hacer de mí su presa; la muerte, cuya mano fria y descarnada oprime ya mi corazon, y la segunda... ¡Oh! la segunda...

Al decir esto se interrumpió así misma, y despues de cubrirse los ojos con las manos, prorrumpió en desgarradores sollozos.

—¡Fatalidad! ¡terrible fatalidad!—exclamó Athaulfo mesándose los cabellos.

Yo sufria un tormento indecible.

Las demacradas facciones de mi esposa, en las cuales ya con dolor habia reparado antes, me hacian temer que quizá muy en breve iban á realizarse sus tristes presentimientos.

Además, sus palabras vacilantes, su amargo pesar, manifestado con lágrimas y gemidos, me anunciaban un acontecimiento horrible, inesperado, y en extremo doloroso para mí.

Y aquel suceso que debia precipitarme en brazos de la mayor desesperacion, lo habia adivinado el anciano Athaulfo al gritar: ¡Fatalidad! ¡terrible fatalidad!. .

Calmado algun tanto el dolor de mi esposa, desahogó su oprimido pecho con un profundo suspiro, y despues de enjugarse las lágrimas en que estaban bañadas sus mejillas, prosiguió de este modo:

—Pensando en tí,—¡oh! Clotario,—no echaba de ver que la noche iba trascurriendo lentamente.

Un leve ruido que sentí á mi lado me sacó de aquel dulce arrobamiento, y cual no seria mi espanto, cuanta mi repulsion, al ver cerca de mí á Ordusio, que con los brazos cruzados y los ojos chispeantes, me contemplaba de un modo tenaz é insolente.

—¿Qué buscas aquí?—le pregunté con acento brusco, sacando fuerzas de mi propia flaqueza, y llena de indignacion al observar la fijeza de su mirada.

—Busco á la mujer que amo,—me contestó con voz opaca;—busco á aquella por quien peno y me consumo, abrasándome sin esperanzas en la dulce luz de sus ojos.

Quise retirarme al escuchar estas palabras, pero Ordusio sujetándome fuertemente por un brazo, añadió:

—Habeis de oirme hasta el fin, señora.—No en vano aguardé un dia y otro dia á que llegase una ocasion favorable á fin de manifestaros mis pensamientos, para que ahora fuese

á despreciar neciamente la que se me presenta.

¡Yo os amo! ¡os amo tanto, que por vos he llegado á olvidar la fidelidad que le debo á mi señor!

Sois su esposa, él es el único dueño de vuestra soberana hermosura, y los celos y el furor me abrazan el corazon.

¡Fuí bueno y honrado, hasta el momento de conoceros; la tranquilidad más grande llenaba mi alma, mientras ahora... ahora, vivo en un contínuo infierno!

De nuevo quise retirarme, pero aquel hombre, sujetándome más y más, continuó:

—Os repito que habeis de oirme...

Leo en vuestras miradas, no sólo indiferencia, sino tambien desprecio é indignacion.

Conozco que en vez de compadeceros por lo mucho que sufro por vuestra causa, y de apagar este horrible fuego que me cousume, me rechazareis siempre sin piedad. Pero yo estoy resuelto á todo, á todo, y ninguna consideracion podrá apartarme de llevar á cabo mis propósitos.

Sí, sí,—añadió con creciente exaltacion, y como si hablara consigo mismo.—Terminemos de una vez. ¡Una hora de inmensa dicha, aun cuando sufra despues una eternidad de martirios.

El estado de feroz exaltacion á que habia llegado Ordusio, le asemejaba á una fiera, y sus brutales instintos se revelaban en su respiracion dificultosa y ardiente, y en sus encendidas miradas, con las cuales parecia querer devorarme.

Yo me sentia impotente, incapaz de oponer más que una instintiva y débil resistencia, á aquella pasion brutal que me aterraba.

—Nada, nada podrá libraros de mi amor,—prosiguió Ordusio roncamente.—¡Ni el cielo ni el infierno reunidos; el primero ofreciéndome las bienaventuranzas eternas, y el segundo amenazándome con sus eternos tormentos, podrian hacerme retroceder un solo palmo!

¡Resignaos, pues, hermosísima Argebanda, resignaos á ser mia, y dejadme gustar la inmensa felicidad de que estoy sediento!

—¡Dios mio! ¿quién me socorre?—exclamé con angustia suprema.

—¡Nadie, nadie te socorrerá; ya eres mia!—replicó Ordusio abrasándome con su aliento, y pugnando por estampar un beso en mis lábios.

—¡Mientes, infame!—gritó cerca de nosotros con voz de trueno, un arquero que el cielo, compadecido sin duda de mi angustiosa situacion, enviaba en mi auxilio.—¡Yo socorreré á mi infeliz señora, pues tal es mi obligacion, y

tendré un singular placer en enviarte á hacer noche á los infiernos!

Al oir Ordusio estas palabras, dejó de sugetarme entre sus brazos, y desenvainando su daga, se fué derecho hácia el arquero, rugiente y frenético como el hambriento leon á quien se atreven á disputarle su presa.

Trabose en aquel mismo instante una lucha horrible, y yo agobiada bajo el peso de tan vivas y dolorosas emociones, cerré los ojos y tuve que apoyarme en el muro para no dar con mi cuerpo en tierra.

Poco despues oí un grito agudo y terrible, de angustia y de muerte, que me heló de espanto.

Un sudor frio corrió á lo largo de mi cuerpo, y abrí los ojos á tiempo de ver á Ordusio que con fuerzas hercúleas, levantaba sobre su cabeza el cuerpo del valeroso arquero, y despues de acercarse á la orilla del muro, lo arrojaba á uno de los precipicios que rodean el castillo.

El sordo rumor que al estrellarse contra las peñas produjo el cuerpo de aquel infeliz, puso término al drama sangriento que acababa de verificarse.

Ví á Ordusio correr de nuevo hácia mí con un gozo satánico, reflejado en su semblante, y entonces quise implorar su piedad, lanzar un grito, pero la voz espiró en mi garganta.

Era tal el terror que aquel hombre me inspiraba, que al verlo otra vez cerca de mí, contemplándome fijamente con sus ojos de demonio, perdí el conocimiento.

CAPITULO XIV.

Grandes infortunios.—Muerte de Argebanda.—
El lobo negro.

El conde Clotario, despues de pronunciar las palabras con que hemos terminado el capítulo anterior, inclinó la cabeza sobre el pecho, sumido al parecer en las dolorosas reflexiones, que despertaba en su mente el amargo recuerdo del pasado.

Don Pelayo respetó el silencio del hombre á quien tanto debia, condoliéndose en lo más profundo de su alma de los infortunios de que le iba dando cuenta.

Por fin Clotario pareció despertar de su doloroso letargo, y despues de exhalar un profundo suspiro, sacudió su larga cabellera, y pasándose una mano por la frente, continuó de este modo:

—Yo escuchaba á mi esposa con profunda ansiedad, y pendiente de sus palabras, aguardaba trémulo y anhelante el fin de sus aventuras.

—Al volver en mí,—dijo Argebanda,—me hallé en el espantoso lugar de donde acabas de sacarme.

Una pequeña lámpara de hierro alumbraba débilmente aquella tumba de vivos, pero lo bastante para dar á conocer sus horribles detalles.

De la alta bóveda negra y sombría, pendian algunos instrumentos de tortura, á lo largo de los muros corrian algunos lagartos de color verdi-negro, que contemplaban la luz con curiosidad, y el agua, filtrándose gota á gota por entre la union de dos piedras, caia desde la bóveda, acompasada y lenta, formando con ruido monótono, un charco corrompido.

En frente de mí, y como yo amordazada y sugeta con fuertes cadenas, estaba la pobre Zoila que fijaba en mí sus ojos con tierna compasion y con indecible angustia.

Quise hablar, pero la mordaza me impidió el pronunciar ni una sola palabra, ni lânzar el más dédil gemido.

Entonces dí rienda suelta á las lágrimas de amargura y de desesperacion qué se agolpaban á mis ojos.

Ignoro el tiempo que permanecí de aquel modo, llorando sin cesar y contemplando á Zoila

que tambien lloraba, al través de mis lagrimas.

Por fin sentimos un sordo ruido hácia el fondo del calabozo. Dirigimos trabajosamente la vista hácia aquel sitio, y por un negro y estrecho boquete, vimos entrar rastreando cual si fuera una serpiente, á un hombre que traia en una mano una pequeña cesta de viandas.

Era Paulo, el hombre de confianza, el esclavo, mejor dicho, de mi verdugo Ordusio.

Adelantó hácia mí recelosamente, y despues de quitarme la mordaza, y de poner en libertad una de mis manos, me presentó el cesto y me dijo con laconismo:

—Comed.

Yo me negué á ello.

Entonces Paulo se acercó á Zoila, é hizo con ella lo mismo que habia hecho conmigo, invitándola tambien á que comiera; pero mi fiel servidora tampoco quiso gustar aquellas viandas.

Aprovechamos aquellos momentos en que podíamos hacer uso de la palabra, para comunicarnos recíprocamente nuestras desventuras.

Lo que á Zoila le habia acontecido, era tan sencillo como inesplicable.

Acometida de un sueño tenaz, con el cual quiso luchar inútilmente, se quedó más bien que dormida, aletargada.

El sueño la habia acometido en su estancia. y una vez rendida á él, veia todo lo que pasaba

en torno suyo, pero sin poder pronunciar una palabra ni hacer movimiento alguno: estaba como muerta.

Al cabo de largo rato de hallarse en aquel estado que tanto la asemejaba á un cadáver, sintió el ruido de pasos cautelosos que se aproximaban á su estancia, la cual, como no ignoras está cerca de la mia.

Poco despues un hombre, Ordusio, se aproximó á ella.

La movió con violencia en todas direcciones, y convencido que no despertaria por entonces de su extraña soñolencia, la cogió entre sus brazos y la condujo al calabozo.

Incapaz Zoila de resistir á nuestros comun opresor aún cuando podia darse cuenta de todo lo que le estaba sucediendo, sintió como el malvado le ponia la mordaza en la boca, y como la dejaba sugeta al muro con fuertes cadenas.

Zoila no tardó en verme á la luz de la lámpara, y cuando yo volví en mí, hacia muy poco tiempo que habia despertado de su mágico letargo.

—No; no hubo magia alguna en su sueño,— replicó Athaulfo.—Lo que causó el letargo de Zoila, fué simplemente un poderoso narcótico que el mismo Ordusio echó en el agua que tenia por costumbre beber todas las noches.

Ordusio queria aprovecharse de su sueño

para introducirse en su aposento; ¡oh! ¡infeliz y pobre hija mia!

Su cómplice Paulo, acusado por los remordimientos, ó temeroso del castigo que podian imponerle si se llegaba á descubrir algun dia tan inícua trama, todo me lo ha revelado.

Yo, como suelo hacer en muchas ocasiones, me habia ausentado de mi vieja torre, á fin de buscar en la montaña algunas yerbas medicinales.

Nada sabia, ignoraba todo lo sucedido.

Hoy al tornar á mi morada, me encontré con Paulo, el cual, arrojándose á mis pies con muestras del más profundo terror y de la desesperacion más viva, me dijo:

—¡Señor!—yo no soy un malvado,—y sin embargo, un dia ú otro, pudiera aparecer como tal y ser merecedor de un severo castigo.

—¿Quién eres? ¿qué deseas?—le pregunté lleno de admiracion.

—Soy un servidor del conde Clotario, y deseo desenmascarar al infame opresor de dos infelices mujeres.

En seguida me contó en breves palabras todo lo que acabo de manifestaros, y al terminar su importante relacion, exclamó:

—¡Corred, señor,—corred al castillo del conde, y librad á vuestra hija del horrible encierro en que se encuentra!

Yo huyo, huyo muy lejos de este país, te-

miendo á la venganza de Ordusio por haberle delatado.

Decidle al conde Clotario que lo castigue de muerte, y decidle tambien que no me persiga en gracia de que le devuelvo á su esposa, á la cual creia muerta.

Dicho esto huyó apresuradamente, y yo sin detenerme un solo momento y lleno de asombro y de indignacion, me trasladé al castillo en donde mi aspecto azorado ó alguna palabra imprudente que pude pronunciar, fueron suficientes para que Ordusio advertido del peligro que corria, se hubiese puesto en salvo.

—¡El infame! ¡el malvado!—murmuré sordamente.

¡Juro por el Dios que me escucha, y por las cenizas de mis mayores, que morirá!

Enseguida dí órden para que saliesen en su persecucion, gentes de toda mi confianza.

Pero aún ignoraba, triste y desdichado de mí, todo el rigor de mi infortunio.

Argebanda, á la cual á fuerza de demostraciones de cariño, procuraba hacer olvidar sus sufrimientos, prometiéndole dias más dichosos, movió la cabeza lentamente, y luego se echó á llorar con la mayor amargura.

Cuando intenté consolarla, se torció las manos, dando muestras de la mayor desesperacion, y exclamó:

—¡Ya no es posible que exista para mí la menor felicidad sobre la tierra!

¡Te amo, esposo mio! ¡Te amo con toda mi alma, y sin embargo, un abismo insondable, lleno de dolor y de oprobio, nos separa para siempre!

—Pero...

—Sábelo todo de una vez, y llora como yo lloro, el bien que hemos perdido para siempre.

Seria muy criminal si te ocultase la terrible verdad de lo que ha sucedido...

—En mi prision,—añadió tapándose los ojos con las manos y lanzando tristes gemidos,—fuí víctima más de una vez de las infames violencias de Ordusio.

Al oir estas palabras que encerraban la revelacion más terrible de cuantas escuchara hasta entonces, exhalé un grito salvaje, un grito de supremo dolor, y comencé á correr por el castillo destrozándolo todo, aullando como una fiera, y asombrando á mis gentes, que me creian loco, con aquellas demostraciones de un terrible furor, y de un pesar inestinguible.

En fin, noble don Pelayo, terminaré mi larga narracion, diciéndoos, que la desdichada Argebanda, víctima de la terrible enfermedad que la consumia, no tardó en descender al sepulcro.

Sobre su yerto cadáver y cubierto mi corazon de ódio y de lágrimas, renové el juramen-

to que habia hecho de exterminar al infernal Ordusio, cuyo paradero aún se ignoraba, en cualquier sitio en donde lo encontrase, aún cuando fuera en un lugar sagrado.

¡Oh! ¡y todos los dias renuevo este juramento!

Athaulfo, al poco tiempo de haber muerto su hija, sucumbió tambien bajo el peso del dolor y de los años.

Solo ya, sin tener una afeccion que me hiciese agradable la vida, mi carácter se volvió sombrío y feroz.

La pérdida de mi esposa, cuya sombra dolorida se presentaba á cada instante á mi calenturienta y enferma imaginacion, pidiéndome venganza contra Ordusio, me tenia inconsolable.

Acusaba á Dios y al mundo de injustos para conmigo.

La calma habia huido de mi corazon, y el sueño apenas cerraba mis párpados.

Yo creo que por aquel tiempo la pérdida cruel de mi esposa, habia trastornado algun tanto mi razon.

Un feroz é inmoderado deseo de exterminio y de venganza se apoderaron de mí de tal modo, que hoy me avergüenzo de mis crueldades de aquellos dias de delirio.

En la imposibilidad de saciar mi saña en el

infame Ordusio, al cual buscaban inútilmente por todas partes mis emisarios, descargaba mis furores sobre los inocentes que tenian la desgracia de vivir bajo mi despótico y odioso dominio.

Castigaba la más pequeña falta con las penas más crueles, y víctima de sangrientos antojos, era el terrible azote de la desgraciada comarca en que estaba situado mi castillo.

No contento con esto, acechaba desde el murado recinto el paso de los viajeros, y al frente de mis soldados, que casi eran tan feroces como yo, caia de repente sobre ellos, gozándome en exterminarlos cual si fueran bestias feroces.

Aquellas terribles escenas de sangre y de matanza se repitieron con tanta frecuencia, que nadie, absolutamente nadie, se atrevió á pasar en torno de mi sombría morada.

Yo habia hecho el voto de no cortarme la barba y los cabellos, que como veis aún llevo extraordinariamente crecidos, y cubiertos con una antigua y negra armadura que habia pertenecido á uno de mis abuelos, tenia un aspecto terrible y espantoso.

Me llamaban el lobo negro.

Yo me envanecia con este nombre, y continuaba mis bandálicas hazañas, sin temer á Dios ni á los hombres.

A fin de matar el tedio que me consumia, y de sofocar en parte los remordimientos que ya

empezaban á inquietarme, me embriagaba con mucha frecuencia.

En tal estado tenia más de fiera que de ser humano, y justificaba de mil maneras el nombre que me habian valido mis crueldades.

¡Oh, don Pelayo!

¡Vos tan noble, tan valiente y tan generoso, debeis sentir á no dudarlo, una invencible repugnancia, un horror instintivo, al escuchar la confesion que os estoy haciendo de mis criminales desaciertos!

¡Mi presencia os causará sin duda el mismo efecto que el asqueroso y repugnante reptil que se arrastra por el suelo, aguardando una oca- favorable para clavar en algun ser inofensivo su diente ponzoñoso!

—Os equivocais, conde Clotario,—replicó don Pelayo.

Prescindiendo de que el agradecimiento tiene que ejercer necesariamente en mi ánimo una gran influencia en favor vuestro, el relato de los infortunios de que fuisteis víctima, me obliga á creer que sois más desgraciado que culpable.

—¡Gracias, don Pelayo!—exclamó Clotario.—Esas afectuosas palabras, me sirven de dulce consuelo, pues seria para mí muy doloroso el perder vuestra estimacion.

Voy á terminar brevemente mi historia.

Un dia mis soldados, que á semejanza mia

más que otra cosa parecian foragidos, llevaron prisionero al castillo á un hombre que viajaba en compañía de una niña.

El hombre estaba sombrío y silencioso, pero la niña lloraba amargamente.

¡Aun me parece estar oyendo sus tristes sollozos, y sus lamentos desgarradores!

Las lágrimas de aquella inocente criatura que tendia sus manos hácia su padre, resonaron tristemente en mi corazon, en el cual empezaba á operarse un cambio extraordinario.

Dí órden á mis soldados para que pusiesen en libertad á aquellos infelices, y los despedí despues de haberlos colmado de regalos.

Parecia que despertaba de una horrible pesadilla.

Mi frente se cubria de rubor al pensar en los excesos á que me habia entregado, y no siéndome posible continuar viviendo en el sitio en donde habia tenido lugar los sucesos que llevo referidos, una mañana, cuando apenas empezaba á amanecer, abandoné mi castillo sin despedirme de nádie, y disfrazado con un traje conveniente para el objeto que me proponia.

Sin desistir del proyecto de perseguir á Ordusio, queria entregarme durante algun tiempo á la vida contemplativa y piadosa del anacoreta, practicando el bien para que Dios me perdonase todo el mal que habia hecho.

La ruinosa fortaleza que asaltaisteis tan valerosamente, es una de las muchas que poseo en Astúrias y Galicia.

Por desgracia no pude conseguir el objeto que me habia propuesto, pues mi aspecto no hizo más que aterrar á los habitantes de aquella comarca.

El fuego que encendia en el castillo para calentar mi escaso alimento, era á los ojos de aquellas gentes crédulas y sencillas, fuego del infierno; mi sonrisa, con la cual procuraba inspirarles confianza, era la sonrisa de un demonio.

Todos huian de mí cual si fuera Satanás, y pude convencerme de que cada vez era mayor la repulsion y espanto que inspiraba.

Ví llegar á los emisarios de Munuza con vuestra hermana, y como conozco perfectamente todos los lugares secretos y salidas del castillo, me fué sumamente fácil el librar á Usenda del poder de los infieles.

—¡Oh!—exclamó don Pelayo con efusion;—quisiera poder manifestaros de algun modo, el eterno agradecimiento que llena mi alma.

¡Merced á vos, pude recobrar pura, y de un modo casi milagroso, á mi hermanda Usenda, que es lo que más amo en este mundo!.

—Un medio hay por el cual pudierais demostrarme fácilmente vuestro agradecimiento.

—¿Un medio?—preguntó don Pelayo con

vivacidad;—¡Decidme cual es, conde Clotario, decídmelo, y no vacilaré en emplearlo!

—Concediéndome vuestra amistad,—afirmó el conde.

Don Pelayo le alargó su mano, aquella mano valerosa y potente que debia ser muy en breve el terror de la morisma, y desde aquel dia una tierna y sincera amistad, unió á los dos nobles guerreros.

CAPITULO XV.

La cierva herida.—Llegada á Covadonga de Pelayo Ervigio.

—Hermano mio,—dijo un dia Usenda á don Pelayo;—ocupado enteramente en los aprestos guerreros que haces para combatir á los moros, me tienes casi olvidada.

¡Eres un ingrato, y merecias que no te quisiese tanto como te quiero!

Don Pelayo se sonrió con benevolencia al observar el hechicero enojo de niña mimada que demostraba el bello rostro de su hermana, y ésta prosiguió:

—Pero yo me vengaré de tí, callando algo que te interesa mucho saber.

—¿A mí?

—Sí, á tí.

—Jamás hubiera creido que eras vengativa,—dijo don Pelayo volviendo á sonreirse; pero á fin de no incurrir de nuevo en tu enojo, te prometo la enmienda, y te aseguro que no dejaré pasar un solo dia sin venir á verte.

—Eso es, afirmó Usenda;—deseas tenerme propicia en este momento, á fin de que satisfaga tu curiosidad, y quizá despues te olvidarás de tus promesas.

No importa, quiero ser generosa, aun cuando no sea más que para que no me taches de vengativa.

En seguida la jóven bajando la voz cual si temiese ser oida y revistiendo su rostro de una expresion de inocente malicia, si nos es permitido servinos de esta frase, continuó:

Tengo una compañera, una amiga mejor dicho, á la cual el relato de tus hechos valerosos, entusiasmó de tal suerte, que no vacilo en afirmar que está perdidamente enamorada de ti.

—¡Usenda!

—Lo que oyes hermano mio. Yo la he observado atentamente, y puedo asegurarte que no me equivoco.

Gaudiosa, que así se llama mi amiga, al oir tu voz, palidece súbitamente,

En tu presencia está trémula y conmovida, y cuando dejas pasar mucho tiempo sin venir á verme, se pone triste y sombría, y más de una

vez he sorprendido sus ojos bañados en lágrimas.

Estas lágrimas, eres tú quien se las haces derramar.

Aun cuando entiendo muy poco de achaques de amores, nuevamente te digo que Gaudiosa está enamorada de tí.

Don Pelayo se quedó meditabundo al escuchar estas palabras.

La viva impresion que le habia causado la doncella de Covadonga, de la cual nos ocupamos en uno de los capítulos anteriores, no se habia borrado por completo de su alma.

¿Seria la amiga de su hermana aquella hermosísima doncella?

El corazon, ó mejor dicho, su deseo, le decia que sí.

Creyendo que era la misma, al saber que aquella niña hechicera le amaba, no fué dueño de evitar que su corazon latiera atropelladamente, y que allá en lo más recóndito de su alma, brotase una chispa de amor y de dulcísima alegría.

Sin embargo, disimuló cuanto le fué posible estas muestras de ternura de que él mismo no queria darse cuenta, y continuó escuchando con atencion á su hermana.

—¡Y qué bella es Gaudiosa!—prosiguió esta.

¡Oh! ¡cuánto me alegraria de poder darle el nombre de hermana!

¡La amo tanto!...

¡Y por cierto que es bien merecedora del cariño que la profeso!

Ella es valiente como tú, y como tú, es tambien sensible y generosa.

No hace muchos dias que, paseando ambas por la montaña, nos vimos repentinamente sorprendidas por la tempestad.

Empezó á oscurecerse el sol; el trueno retumbó á lo lejos, y antes de que pudiéramos tornar á Covadonga, nos vimos detenidas por un fuerte aguacero, que nos obligó á guarecernos en una cueva.

Al poco tiempo de estar en aquel sitio, Gaudiosa me dijo en voz baja:

—Mira hácia el fondo de la cueva.

Dirigí mi vista hácia el sitio indicado, y ví agitarse lentamente, una masa informe y sombría.

Temblé de espanto, y me abracé estrechamente al cuello de mi amiga,

Al mismo tiempo sonó un quejido, un lamentó doloroso, que el miedo me hizo tomar por el rugido feroz de un animal carnicero.

—No temas,—me dijo Gaudiosa, cuya presencia de espíritu no la habia abandonado un sólo instante.—Es un animal que está agoni-

zando, herido quizá por algun cazador, y ó mucho me engaño, ó nada debemos temer de él.

—¿Por qué?

Porque es un ciervo, y los ciervos son inofensivos.

Efectivamente, era un ciervo, ó mejor dicho, una cierva.

Un momento despues se desvaneció la tempestad; el sol alumbró con su viva lumbre la montaña, desvaneciendo en parte las densas tinieblas que cubrian el medroso fondo de la cueva.

La cierva estaba echada sobre un monton de yerba seca, y mirándonos tristemente, lanzaba de cuando en cuando aquel lastimoso quejido, que tanto me habia espantado un momento antes.

—¡Pobre aminal!—exclamó Gaudiosa aproximándose á la cierva.

Yo me acerqué tambien, y entonces pudimos ver que tenia un venablo profundamente clavado en una de las patas traseras.

Mi amiga, despues de desgarrar un pedazo de su vestido, se lo arrancó valerosamente. Luego corrió á la entrada de la cueva, y despues de empapar la tela en el agua de un charco, que allí habia formado la tempestad, lavó la herida del hermoso animal, vendándola despues cuidadosamente.

¡Cuán bella estaba practicando aquella buena accion!

La cierva mirándola con sus ojos dulces y tranquilos, balaba de rato en rato, no ya de dolor, sino al parecer de agradecimiento, y lamia la mano de su bienhechora.

¡Oh, amado Pelayo! ¡qué tierna y hermosa escena íbamos á presenciar en seguida.

Cuando el pobre animal estubo curado, oimos á la entrada de la cueva una especie de grito agudo y menlancólico que se asemejaba mucho al bajido de un niño, y vimos entrar á un hermoso y esbelto cervatillo, que se acercó á su madre saltando y haciendo mil monadas, muy contento al parecer y sin espantarse mucho de nuestra presencia.

Acariciamos al lindo animalito, y cuando determinamos salir de la cueva, la cierva se puso en pié, y aunque andando con algun trabajo, se vino en pos de Gaudiosa, seguida del cervatillo.

Desde aquel dia, aquellos dos agradecidos animales, no se separan de ella un solo momento.

La sencilla historia que acabo de referir, te puede dar una idea del alma valerosa y tierna de mi amiga.

Respecto á asegurarte que te ama, sino fueran bastantes mis observaciones, te repetiria lo que

acerca de tí me dijo no hace mucho tiempo.

—¿Y qué dijo?—preguntó don Pelayo con mal disimulado interés.

—Me dijo, poco más ó ménos,—continuó Usenda,—estas palabras que retuve en mi memoria:

»Tu hermano, apesar de su juventud, es un héroe, cuya frente ya está circundada de gloria.

»Todos ensalzan su valor, y su generosidad.

»Todos los godos, aun los más esclarecidos, tienen fijas en él sus miradas y esperan mucho del valor de su brazo.

»España, yo te lo fio, le será deudora de su independencia, y los siglos venideros repetirán su nombre con amor y veneracion.

»¡Dichosa la mujer en cuyo pecho descanse la espaciosa frente del invicto don Pelayo, despues del rigor de los combates.

—Quisiera conocer,—dijo este,—á esa jóven que tan alto concepto tiene formado de mí.

Dejando á un lado sus alabanzas de que no me creo digno por ningun concepto, debo confesar que ha sabido leer en mi corazon, pues mi deseo, mi único deseo, es sacrificarme por mi pátria.

¡Ojalá que tu jóven amiga no se equivoque, y que pueda responder satisfactoriamente á la confianza que en mí tiene depositada nuestro desgraciado pueblo.

—Si que responderás, hermano mio,—afirmó Usenda.—La causa que defiendes es justa, y á más de eso, la Vírgen de Covadonga, á quien todos los dias ruego por tí, te protege á no dudarlo.

El sitio en donde tenia lugar la conversacion que acabamos de referir, era un pequeño huerto sembrado de legumbres y de árboles frutales, inmediato al rústico santuario de que hemos hablado al principio de este libro.

Ya don Pelayo se despedia de su hermana prometiéndola que volveria á verla al dia siguiente, cuando Humnoldo, acompañado de un caballero ya entrado en años, pero de fuerte y elevada estatura, se presentó en el huerto.

Acompañaba además al anciano sacerdote, aquella jóven hermosa á la que hemos designado hasta ahora con el nombre de la doncella de Covadonga, pero á la cual de aquí en adelante llamaremos de otro modo.

Aquella jóven era Gaudiosa, la amiga de Usenda.

Al ver á don Pelayo, se puso primero pálida como una azucena, esa bellísima flor de tan delicados aromas, y luego encarnada como la grana.

Su emocion no pasó desapercibida para el perspicaz Humnoldo, pero no se dió por entendido de ello, y adelantando gravemente hácia don

Pelayo, le dijo señalándole al anciano caballero:

—Permitidme, valeroso jóven, que os presente á mi amigo Pelayo Ervigio, caballero de Gijon, y descendiente de una de las mas esclarecidas familias godas.

Mi amigo, á imitacion de otros muchos nobles, me ha confiado á su hija Gaudiosa,—añadió cogiendo por la mano á la amiga de Usenda,—á fin de tenerla más segura en estos agrestes lugares, de las torpes asechanzas de los moros.

Don Pelayo fijó con delicia sus ojos en la jóven, y esta bajó los suyos ruborizada.

—La fama de vuestras hazañas,—prosiguió Humnoldo,—recorre la España entera. Mi amigo no ignora que en la córte de don Rodrigo, vuestro desdichado primo, erais el más noble y el más esforzado de todos sus cortesanos.

Mi amigo, que asistió á la sangrienta derrota del Guadalete, sabe cual fué allí vuestro comportamiento; los esfuerzos sobrehumanos que hicisteis para reunir las dispersas haces del ejército godo, despues de la infame desercion del maldecido don Oppas.

Y por último, mi bueno y noble amigo Pelayo Ervigio, confía en vos, como hoy confía todo el pueblo cristiano español, para salvar nuestra santa independencia, reducida en la actualidad á este apartado rincon del mundo.

Gaudiosa, en tanto que Humnoldo proferia estas palabras, se habia acercado á su amiga, que se hallaba á corta distancia de don Pelayo, y desde allí contemplaba é éste con ojos llenos de infinita ternura.

Don Pelayo alargó su mano al anciano caballero, que se apresuró á estrecharla entre las suyas, y con el corazon latiendo de bélico entusiasmo, y animado el expresivo semblante por el sacrosanto fuego del amor á la pátria, exclamó:

—¡Mi sangre, mi vida entera, están consagradas desde largo, tiempo ha, á la independencia de España!

¡Mal avenido con las costumbres de los enemigos de nuestra religion, y habiéndoles declarado rencor eterno, deseché sus pomposas ofertas allá en Toledo, y vine á habitar las ásperas montañas de Astúrias, las cuales, con la proteccion divina, serán la cuna de nuestra independencia!

¡Pronto estoy á la pelea!

¡Nuestros vencedores de ayer serán vencidos á su vez, y si no podemos dominar su altaneria y su poder, sabremos morir con gloria, defendiendo la sagrada religion de nuestros padres y nuestra amada libertad!

—¡Y yo, noble caudillo,—añadió el anciano caballero, rompiendo al fin su prolongado silen-

cio,—tendré la honra de vencer ó morir á vuestro lado!

El corazon me dice que nuestro denuedo no será perdido, y que sobre nosotros caerán las bendiciones de todo el pueblo español, hoy cautivo y oprimido por sus fieros y orgullosos vencedores

El anciano Humnoldo lloraba de gozo al escuchar las palabras de ambos guerreros.

Gaudiosa, con el seno agitado y los divinos ojos que eran uno de sus mayores encantos, brillantes de entusiasmo, contemplaba con admiracion, ora á su padre, ora á don Pelayo, no sabiendo á cual de los dos admirar más; á cual rendir más ardiente admiracion.

En aquella jóven encantadora, en cuya frente virginal brillaba un valor, no muy comun en su sexo, se adivinaba la esposa futura de un héroe; la madre de reyes esclarecidos, figuras gloriosas que honran nuestra historia de aquel tiempo.

Pero no adelantemos los sucesos.

—Acabo de llegar de Gijon,—prosiguió el padre de Gaudiosa,—en donde Munuza apresta sus huestes, para venir á buscaros á estas montañas.

Ha jurado ser dueño de vuestra hermana, y bramando de coraje por la completa victoria que habeis alcanzado sobre sus secuaces, quiere en-

trar á sangre y fuego por esta parte de Astúrias.

Además de esto, Alcama, moro valiente y ambicioso y amigo íntimo de Tarif, que es hoy como sabeis, el único rey de España, se ha puesto de acuerdo con Munuza, y ambos llegarán muy pronto á estas ásperas cordilleras al frente de un ejército numeroso.

¡La hora del combate vá á sonar muy en breve!

¡Yo acudo á tomar parte en el peligro, y á alcanzar algo de la gloria que de un modo ú otro, cabrá al ejército cristiano!

Hoy abandoné para siempre á Gijon, mi suelo pátrio.

Hasta ahora he vivido allí, fingiendo someterme á las leyes de nuestros vencedores, con la esperanza de levantar los abatidos ánimos del pueblo godo de Gijon, y de reunir una pequeña hueste que poner á vuestras órdenes.

He conseguido mi objeto.

Doscientos guerreros me acompañan.

El número es corto, pero todos estamos dispuestos á vencer ó á morir en la demanda.

Al saber tan agradable noticia, alzó don Pelayo los ojos al cielo con muestras de la más profunda gratitud.

Describir el gozo que llenaba su alma guerrera, seria asunto muy superior á nuestras fuerzas.

Trémulo, palpitando de bélico entusiasmo, estrechó entre sus brazos á Pelayo Ervigio, jurando una y mil veces morir por la santa causa, á la cual habia consagrado su vida.

En aquel momento la cierva de Gaudiosa que estaba ya completamente curada de su herida, entró en el huerto seguida del hermoso cervatillo, que triscaba alegremente sobre la lozana yerba.

Ambos animales se dirigieron hácia Gaudiosa, que los acarició, posando al mismo tiempo sus ojos en don Pelayo.

¡Ay! ¡la hermosa jóven tambien estaba herida!

Pero el dardo profundamente clavado en su corazon, era más difícil de arrancar, que el que tan caritativamente habia sacado á la cierva.

CAPITULO XVI.

Alcama.—El campamento de Cánicas.—La proposicion de don Oppas.

La hora del combate iba á sonar muy en breve, como habia dicho muy bien Pelayo Ervigio.

Los moros, en los primeros tiempos de la conquista se apoderaran fácilmente de las aldeas y pueblos de la costa, estableciendo un gobernador, Munuza, en Gegio (Gijon) (1) que era la ciudad más importante del territorio.

Al acercarse los musulmanes á Astúrias, era

(1) Gijon poseia aún entonces magníficas fortificaciones romanas, derribadas por mandato de don Juan de Castilla. En los últimos años del siglo pasado, aún se veian á flor de tierra, restos de estas murallas. (Risco Esp. Sag.), tomo XXXII.

tal el terror que su solo nombre inspiraba, que los naturales del pais, en su mayor parte abandonaron las llanuras por las ásperas montañas, disputando en ellas sus moradas á las fieras, y haciendo causa comun con los habitantes de aquellas asperezas, los *Astúros Lucenses*, en un tiempo terror de los romanos.

Allí vivieron durante algun tiempo, sino contentos, resignados al ménos, hasta tanto que don Pelayo (Belay el Rumí como le llamaban los árabes), despertó en ellos el adormecido deseo de su completa independencia.

Alcama, por otro nombre Alkamak, amigo y valido de Tarif, se enteró por el gobernador de Gijon, conforme llevamos dicho, de la agitacion de los cristianos en las montañas, y del atrevido proyecto que habian concebido de hacerse enteramente dueños de Astúrias.

Alcama era valiente y ambicioso y queriendo alcanzar alto renombre y un rico botin, ó quizá, quizá, ansiando dominar á los astures para reinar en aquel pais que aún no habia sido enteramente conquistado, pidió y obtuvo de su amigo un poderoso ejército, compuesto en su mayor parte de feroces aventureros recien llegados de Africa.

Era la general creencia entre los árabes, que las montañas de Astúrias abundaban en ricas minas de oro y plata.

Además, creian tambien que aquellas montañas de clima tan rudo y desagradable, tan ásperas en sus faldas, eran en sus cumbres un verdadero paraiso.

Con cuanto gozo, con que afan se aprestaban á la conquista, ansiosos de atesorar aquellas riquezas, deseando disfrutar de los goces encerrados en aquellos escondidos edénes, que su ardiente imaginacion poblaba de hermosísimas y fáciles mujeres.

Munuza, que conocia mejor el país que sus aliados querian conquistar, se guardaba muy bien de desvanecer aquellas fantásticas quimeras.

Munuza estaba enamorado de Usénda.

La posesion de la hermana de don Pelayo era por el tan deseada, que le importaba muy poco que Alcama encontrase ó no en las cumbres de las montañas, ricos tesoros: el único que él ambicionaba era la hermosa doncella.

*
* *

Partió Alcama con un númeroso cuerpo de ejército que debia constar de algunos miles de hombres, si bien es muy probable, como dice el historiador Lafuente, que exagerasen su número los primeros cronistas españoles, y llegó en breve á territorio asturiano.

Una vez allí, se avistó con Munuza, con el cual hasta entonces se habia entendido por medio de emisarios, y juntos penetraron al frente del ejército en aquel áspero territorio, cubierto de árboles seculares y de espesos matorrales.

Sin encontrar más obstáculos en su camino que aquellos que les oponia la natural aspereza del terreno, llegaron al pueblo de *Cánicas* abandonado por sus moradores, los cuales se habian refugiado en el monte Auseva.

El prudente Alcama mandó hacer alto al ejército, temeroso de alguna emboscada.

Aquel silencio de muerte, aquella soledad que reinaba en torno suyo, le infundian terror y espanto.

Era indudable que los fieros montañeses capitaneados por *Belày*, los acechaban escondidos en aquellas elevadas cumbres que divisaban por todas partes, prontos á caer sobre su ejército con la impetuosidad del alud despeñado.

Llegó la noche.

El caudillo agareno cada vez más inquieto reunió en una abandonada casa de la poblacion, que le servia de alojamiento, á los principales jefes de su ejército.

Entre ellos habia muchos valientes, pero inespertos guerreros, los cuales lo mismo que Munuza, á quien su amor hacia arder en impaciencia, eran de opinion que al despuntar el dia

penetrasen las huestes en los desfiladeros de la montaña.

En vano los hacia presente Alcama que aquella completa retirada de los naturales del pais, era una prueba evidente de que los esperaban ocultos en aquellas inexploradas asperezas, y que antes que aventurar en ellas el grueso del ejército, era conveniente enviar por delante algunos exploradores, que pudieran luego servirles de guías.

En vano tambien les decia, que lo más acertado, era permanecer algunos dias en Cánicas, dando lugar á que algunos montañeses descendiesen de aquellos imponentes riscos, y despues de hacerlos prisioneros, obligarles con dádivas ó con el tormento á que les descubriesen un camino ménos fragoso para llegar á las cumbres.

Estas aceptables proposiciones fueron unánimamente combatidas, prevaleciendo la opinion de los impacientes.

Alcama entonces se vió obligado á hacer valer su autoridad como jefe principal del ejército, dando lugar con esto á que algunos manifestasen desembozadamente su descontento.

Encontrándose en tan violenta situacion el amigo de Tarif, solo tuvo á su lado un hombre que era tambien amigo suyo.

Aquel hombre era don Oppas.

El traidor, el infame arzobispo de Sevilla, á

cuya inícua desercion debian los árabes su importante victoria del Guadalete, formaba parte del ejército de Alcama.

Muchos moros lo despreciaban, porque nada hay más cierto que *el traidor es despreciado aun cuando agrade su traicion*, pero alguno, lo tenian por hombre valeroso y de gran ciencia, demostrándole en todas ocasiones mucha estimacion.

El despreciable don Oppas, ya lo hemos dicho en otro libro: (1) no era moro ni cristiano, despues de haber desertado al frente de su hueste de las filas del último rey godo, siendo por esto la causa de la sangrienta derrota del Guadalete.

Era tan solo un hombre descreido, sin fé y sin honor, encenagado en los mayores vicios.

Astuto, previsor y adulando á los nuevos señores de España, logró reunir en poco tiempo considerables riquezas, sin satisfacer por completo uno de sus vicios más dominantes: la avaricia.

Sin inquietud ni remordimientos, é importándole muy poco la execracion general con que era mirado, vivió desde la total destruccion de la monarquía goda, rodeado de las mayores delicias, dando rienda suelta á sus pasiones, durante tanto tiempo contenidas.

(1) La Córte del Rey Bandido.

A imitacion de sus nuevos amigos, tuvo serrallos poblados de bellísimas mujeres, con lo cual podia satisfacer otro de sus vicios: la lascivia.

¡Infame!

Desde los remotos siglos en que ha vivido, hasta el dia, al hablar de un gran traidor, el nombre de don Oppas viene involuntariamente á la memoria. Entonces el desprecio brota en el corazon, y el labio lo maldice.

*
* *

El ex-arzobispo de Sevilla era un hombre alto, bien proporcionado, y de aspecto agradable.

Nadie al ver su rostro apacible y tranquilo, y sus ojos serenos, hubiera creido en la negra perfidia de su alma.

En sus afables maneras, y en su voz insinuante y armoniosa, existia una notable apariencia de bondad.

En una palabra, el traidor prelado, sobre el cual pesaba una terrible escomunion, de la que se cuidaba muy poco, era lo que suele llamarse un hombre agradable y simpático.

Observando la oposicion que los jefes del ejército agareno hacian á su amigo Alcama, y queriendo captarse más y más las simpatías de éste, hizo una proposicion que los moros acogieron con entusiasmo.

Esta proposicion, fué la siguiente:

—Admitido á vuestro consejo,—dijo,—he tenido la honra de escuchar las diversas opiniones que aquí se emitieron.

Los que son de parecer opuesto al del sábio y valeroso Alcama, me permitirán que les diga que están un tanto desacertados al pedir que el ejército se aventure en las estrechas gargantas que conducen á la montaña.

Mal conocen los que esto opinan, á los astutos moradores de este país.

Prácticos estos en el terreno, y posesionados de las crestas de esa áspera sierra, desbaratarian con pocos esfuerzos el floreciente ejército que debemos conducir á la victoria, y no á la muerte.

Por lo tanto, mi opinicn es que debemos enviar exploradores, los cuales, á pretexto de una embajada dirigida á *Belay* intimándole la rendicion, podrán estudiar la naturaleza del terreno, y hasta adquirir algunos datos acerca de las fuerzas de que dispone el enemigo.

Yo estuve en otro tiempo en muy buenas relaciones amistosas con el protospatario (1) del rey Rodrigo, y aun cuando hoy tiene necesariamente que conservarme alguna ojeriza por lo

(1) Protospatario: llamaban así los godos, al capitan de guardias del rey. Don Pelayo desempeñó este cargo importante, en la córte de don Rodrigo.

que hice en pró de vuestra causa que hoy tambien es la mia, estoy seguro de que me recibirá con muestras de consideracion y respeto.

Así, pues, yo me ofrezco á ir de embajador vuestro al mismo campo del fiero Belay, y malo será que no logre adquirir las preciosas noticias de que tanto necesitamos.

—Y yo, te acompañaré,—gritó Alcama.—Con esto nadie creerá que al hacer objeciones para librar á mi ejército de una derrota casi segura, no era el temor del peligro que pudiera caverme, lo que me obligaba á obrar así.

Los descontentos tuvieron que contentarse con la proposicion de don Oppas, y quedó concertado que al dia siguiente el ex-arzobispo, Alcama y algunas personas más, irian con el carácter de embajadores á tratar con don Pelayo.

Comunicose esta determinacion al ejército agareno, que la aclamó entusiasmado, y un momento despues, solo los vigilantes atalayas y el previsor Alcama, á quien un triste presentimiento no permitia conciliar el sueño, eran los únicos que velaban en el improvisado campamento de Cánicas.

CAPITULO XVII.

El campamento de don Pelayo.—El estandarte de Humnoldo.—Los exploradores del ejército agareno.

Palidecian las estrellas en el cielo.

La brisa murmuradora de la montaña, agitaba levemente los elevados pinos y las matas espesas que crecian en las laderas del monte Auseva, y unos débiles celajes comenzaban á desvanecer la lobreguez de la noche.

Iba á amanecer.

En lo alto del monte, poblado de añosos árboles, á los cuales no habia tocado jamás el hacha del leñador, cruzaban lentamente algunas sombras confusas, que la incierta luz del crepúsculo matutino no permitia detallar con claridad.

Eran los soldados de don Pelayo, que vela-

ban en aquellas alturas, aguardando por momentos la llegada de los musulmanes.

Insensiblemente fué aclarando el dia.

El sol desvaneció con sus rayos vivificadores las nieblas de la montaña, y los pájaros cantaron alegremente, saltando á millares entre las ramas de los árboles.

Don Pelayo, el conde Clotario, Pelayo Ervigio y otros jefes del ejército cristiano, se presentaron á sus gentes, animándolas con su marcial presencia, é infundiendo en sus pechos la dulce esperanza de vencer á los infieles, posesionados del pueblo de Cánicas.

En el noble y expresivo semblante de don Pelayo brillaba la fé más pura, una auréola de gloria, por decirlo así, que hacia prorrumpir á los montañeses en ruidosas aclamaciones y les infundia aliento.

Tambien se presentó Humnoldo, el ermitaño ó religioso de Covadonga.

Los guerreros, al verlo, doblaron respetuosamente la rodilla, pues el anciano llevaba en su diestra un blanco estandarte, en el centro del cual, brillaba el signo sacrosanto de nuestra redencion, primorosamente bordado.

Humnoldo se dirigió á don Pelayo, y presentándole la gloriosa bandera, en torno de la cual habia de agruparse todo el pueblo español, ansioso de recuperar su perdida libertad, le di-

jo con voz profética y trémula, en fuerza de la viva emocion que sentia:

—Tomad, noble don Pelayo. En vuestras manos deposito este santo estandarte, bordado por las castas doncellas guarecidas en Covadonga, y bendecido por mí.

Los enemigos de nuestra fé y de nuestras costumbres, se aproximan.

Piensan vencernos tan fácilmente como vencieron á nuestros desventurados hermanos, y una ciega é ilimitada confianza los guia á estos lugares.

Grande es el número de nuestros enemigos, y pocos, muy pocos nosotros; pero en cambio, Dios está de nuestra parte.

El Señor de las victorias peleará con nosotros, y yo en su nombre, os anuncio que los moros no subirán á estas montañas, y que sus huesos blanquearán los valles que las circundan.

¡Gloria á Dios en las alturas!

¡Gloria en la tierra á don Pelayo!

—¡Gloria!—repitieron los montañeses entusiasmados.

Recibió el hermano de Usenda el sagrado depósito que le entregaba el anciano, y despues de besar la cruz con religioso fervor, exclamó:

—¡Muy poco valgo para recibir tan señalada merced!

¡Sin embargo, yo la acepto con entusiasmo

y con reconocimiento, prometiendo vencer al enemigo, ó morir envuelto entre los pliegues de esta sagrada bandera!

¡Pueblo godo,—añadió alzando más la voz y dirigiéndose á los guerreros;—los árabes se acercan en número incalculable, ansiosos de sangre y de botin!

Morir ó vencerlos es nuestro destino, y vale más lo primero, alcanzando quizá el mismo galardon que los santos mártires, que deber la vida á nuestros contrarios, pues con ella tendriamos que soportar las pesadas cadenas del vencimiento.

¡A la lucha, pues!

Los profanadores de nuestros templos, los que pretenden convertir á vuestras hijas y esposas en míseras esclavas, ya están ahí.

Ya veo llegar sus apiñadas haces á las faldas de estas montañas; yo escucho ya el alegre relincho de sus caballos, acostumbrados á pisar los cadáveres de nuestros hermanos, y ya resuena en mis oidos su feroz grito de guerra.

A la lucha, hermanos mios.

Los descreidos hijos de Agar, vienen en busca nuestra.

Efectivamente, en aquel mismo instante, cual si las palabras de don Pelayo respondiesen más bien á la verdad de los hechos que á sus pensamientos, el agudo son de un clarin retum-

bó lúgubremente á corta distancia, repitiéndose despues sus notas vibrantes, hasta apagarse por completo en los ecos de las montañas.

Todos con movimiento unánime prepararon sus ballestas, y se aproximaron en tropel al borde de los desfiladeros, por los cuales, necesariamente tenia que pasar el enemigo.

Pero el momento supremo del combate no habia llegado aún.

Al borde de los desfiladeros, dominando los horribles precipicios de la montaña y sus rápidos declives, por los cuales se precipitaba en pequeños, pero impetuosos torrentes, el agua que iba á engrosar el Deva, estaban los atalayas ó avanzadas del ejército cristiano, contemplando el extraño espectáculo que acababa de aparecer á la entrada del desfiladero.

Cuando don Pelayo llegó con el resto de su gente, al borde de aquellos lugares inexpugnables, vió adelantar por el fondo del angosto valle una procesion extraña, un parlamento, mejor dicho, que caminaba por el órden siguiente:

En primer lugar, iba un moro alto y anciano, desarmado enteramente, llevando en una mano una bandera blanca, y en la otra un verde ramo de oliva.

Despues marchaban seis ancianos, caminando de dos en dos, pues no permitia más el áspero sendero, con los brazos cruzados sobre el

pecho y la cabeza inclinada al suelo, en actitud contemplativa.

En pos de los ancianos, y montado sobre un jumento, vil cabalgadura, pero muy apropósito para trepar por las montañas, iba un hombre de majestuoso aspecto y luenga barba negra, cuyo traje, mitad árabe mitad cristiano, atrajo las miradas de los godos.

Por último, cerraban la marcha algunos personajes africanos, lujosamente ataviados, pero sin armaduras.

Todos ellos llevaban en la mano una flecha, con la punta inclinada hácia el suelo.

Esta circunstancia, la bandera blanca y el ramo de oliva, queria decir que toda aquella gente iba de paz.

Así lo comprendió don Pelayo, y estuvo sumamente atento, lo mismo que sus compañeros, que anhelaban saber lo que los moros pretendian.

El hombre del jumento, que no era otro que don Oppas, se adelantó á los parlamentarios, y alzando la cabeza hácia las altas cumbres del monte Auseva, coronadas por los godos, esforzó cuanto pudo la voz, y preguntó:

—¿Está entre vosotros don Pelayo?

—Aquí estoy,—respondió éste.

—¿Supongo que ya sabrás qnien soy?

—¡Sí,—afirmó el caudillo de los godos, con

marcado acento de desprecio;—ya sé que eres el renegado don Oppas!

Desentendióse éste de aquellas palabras, y prosiguió en medio de un profundo silencio, turbado únicamente por el argentino sonido de los arroyos que descendian de la montaña:

—Como habrás podido notar, don Pelayo, venimos de paz.

Confiando en vuestra caballerosidad, no hemos dudado en aventurarnos en esas ásperas gargantas, en las cuales podrias aniquilarnos fácilmente. Pero esto no es posible en pechos tan nobles y valerosos como los vuestros, y por lo tanto, repito que no hemos dudado en venir hácia vosotros sin armas y sin resguardo alguno.

—¿Qué quereis?

—Lo que queremos, (y yo más que nadie así lo deseo: Dios me es testigo de ello), es ser vuestros amigos y aliados.

—¡Jamás!—exclamó don Pelayo con voz de trueno.

—Oyeme aún, inpetuoso mancebo,—añadió el astuto don Oppas, afablemente.—En tiempos no muy lejanos, nuestro pueblo alcanzó gloria y poderío, y á los romanos, señores del mundo en épocas más remotas, les quitamos la España.

Con nuestro esfuerzo poderoso, sujetamos y vencimos naciones fieras y bárbaras, pero de

Dios estaba que á nuestra vez fuéramos vencidos.

¿Si cuando éramos tantos y tan esforzados no pudimos resistir el impetuoso poder de los africanos, qué hariamos ahora que débiles y abatidos nos vemos reducidos á un escasísimo número?

¿Por ventura esos ásperos riscos en donde cual bandoleros, ó lo mismo que las bestias feroces estais acorralados, podrán libraros del ejército aguerrido que dejo á mis espaldas, pronto á caer sobre vosotros, espeso como el granizo?...

Locura y nécia temeridad seria el intentar la resistencia, y por lo tanto, te conjuro, ¡oh! don Pelayo, para que tú y todos los tuyos, depongais las armas.

En ello, obrareis con cordura.

¡Dios en castigo de nuestros pecados lo ha dispuesto así, y tenemos que conformarnos con su voluntad!

Los árabes aun cuando son fieros y terribles como los vientos tempestuosos de sus arenales, no carecen de generosidad y nobles sentimientos, y serán vuestros amigos, mejor dicho, serán vuestros hermanos.

Creedme, valerosos astures; créeme tú tambien, noble don Pelayo.

Los que teneis en vuestra presencia, son los

principales caudillos dèl ejercito poderoso que acampa á poca distancia.

Autorizado estoy para deciros que respetarán vuestra religion y vuestras costumbres, y que en ningun tiempo os impondrán yugo alguno; pues lo que únicamente desean, es vuestra amistad.

Cuando el hipócrita y traidor don Oppas hubo acabado de hablar, don Pelayo, que á duras penas se habia contenido hasta entonces, gritó con voz potente:

—¡Tú, infame renegado y hombre desleal! ¡tú, oprobio y deshonra de los cristianos, podrás únicamente ser el amigo de esos descreidos, que como hambrientos canes se han arrojado sobre la infortunada España!

¡Tú eres el único que debes temer la ira del Señor, y no nosotros que defendemos su santa causa, y estamos prontos á derramar por ella toda nuestra sangre!

¡La derrota del Guadalete, la opresion en que gime España, son obras tuyas, maldito don Oppas!

¡Si hubiera quedado en tu pecho un resto de pundonor y de vergüenza, no te hubieras encargado de la mision que aquí te trae; pero un villano, traidor y renegado como tú lo eres, carece absolutamente de tan nobles sentimientos!

¡Dá gracias á que has confiado en nuestra

hidalguía, y á hallarte revestido con el carácter de embajador, que á no ser así, ya tu perverso corazon hubiera dejado de latir, y los que te siguen tendrian que pasar por encima de tu cadáver para llegar hasta nosotros!

¡Pero no tiembles, respetaremos tu vida con la esperanza de encontrarte en el campo de batalla, en donde con el favor de Dios, espero arrancártela!

¡Vé, siervo vil y miserable de los sectarios de Mahoma; corre á decir á tus señores que aquí los esperamos con el ánimo tranquilo, resueltos á morir, pero nunca á rendirnos!

¡Pero no, no sucumbiremos en la lucha, porque Dios peleará con nosotros y nos dará la victoria!...

Don Oppas habia escuchado echando llamas por los ojos y con el corazon lleno de rencores, las severas y ofensivas palabras del jóven héroe.

Sin embargo, haciendo un esfuerzo supremo, pudo contenerse aún, y sin que en su acento pudiera traslucirse la rabia que hervía en su pecho, dijo:

—Por última vez,—don Pelayo;—¿quiéres ó no quieres la paz conque te he brindado?... ¡Piensa que luego será tarde!

—¡No, y mil veces no,—contestó don Pelayo;—quítate de mi vista, ó no podré responder

de mí mismo, y te aplastaré como un asqueroso reptil que eres!

Al decir esto, cogió con fuerzas hercúleas una enorme piedra arrancada de su quicio, que estaba á sus pies, y alzándola sobre su cabeza, como si fuera un objeto de muy leve peso, hizo ademan de querer arrojarla sobre don Oppas.

Este no desmintió en aquella ocasion su conocido valor y serenidad, y exclamó con voz sorda:

—¡Está bien!—¡Te brindamos la paz, y has querido la guerra! ¡Vine á tí como amigo, y me prodigastes las injurias más crueles!

¡De lo que suceda nadie más que tú tendrá la culpa!...

¡Hasta muy pronto, don Pelayo!

—¡Tráguete el infierno!—añadió éste.

Mohinos y cabizbajos se retiraron los moros, especialmente Alcama, que con su clara penetracion comprendia toda la enegía y valor del caudillo cristiano, y lo difícil que era vencer á aquel puñado de valientes, que tan excelentes posiciones ocupaban en la montaña.

Cuando los indivíduos del ejército agareno supieron lo que habia acontecido, prorrumpieron en ruidosos gritos, pidiendo á sus jefes que los llevasen al combate.

Todos creian seguro el triunfo.

Todos pensaban ganar fácilmente las alturas

de Covadonga, y ya se créian dueños de un inmenso botin.

Solo Alcama no participaba del general entusiasmo, y moviendo la cabeza con desconfianza, pronunciaba sin cesar palabras incoherentes.

Sin embargo, dispuso todo lo necesario para acometer al dia siguiente á los cristianos.

CAPITULO XVIII

La batalla de Covadonga.

Destribuyó don Pelayo la gente que se habia puesto á sus órdenes, escalonándola en los puntos más accesibles de la montaña, por donde se podia abrigar algun temor de que el enemigo lograse llegar hasta las imponentes cumbres de Covadonga.

Los peor armados, los más pusilánimes, y aún muchos ancianos y jóvenes de corta edad, fueron colocados en algunos lugares que dominaban por completo el tortuoso desfiladero, y á los cuales era imposible tener acceso desconociendo las escarpadas sendas que á ellos conducian.

Aquella gente tenia el encargo de despeñar

sobre los infieles, enormes troncos de árboles y piedras de gran tamaño colocadas de un modo conveniente, capaces de aplastar á muchos hombres á la vez y de introducir el desórden en las filas del ejército enemigo.

Don Pelayo sentia animado su corazon del más ardiente entusiasmo, y confiaba, merced á la intervencion divina, alcanzar una completa vitoria sobre los infieles.

No era aun enteramente de dia, cuando acompañado del conde Clotario, en cuyo valor tenia una gran confianza, penetró en el rústico templo de Covadonga ansiando ambos inplorar la proteccion de la Vírgen.

Cerca del altar habia dos personas arrodilladas, las cuales temian por la vida de don Pelayo que les era sumamente querida, y rogaban por él con religioso fervor.

Aquellas personas eran Usenda y Gaudiosa.

Las dos jóvenes amaban entrañablemente al valeroso caudillo, la una con cariño fraternal, y la otra con un amor ardiente é inextinguible.

Don Pelayo dirigió á ambas una dulce mirada, y colocándose en el más oscuro rincon de la cueva, fijó sus ojos en la santa imágen alumbrada como de costumbre por una tosca lámpara de barro, y oró con fervor y respeto, pidiendo amparo y ayuda para el pueblo que se habia confiado á su valor jamás desmentido.

—¡Santa Madre de Dios!—murmuraban sus labios;—¡salva á tu pueblo del cautiverio y de la muerte! ¡Si es tu voluntad que yo perezca en la batalla, cúmplase sin tardanza esa voluntad santísima!

¡Yo derramaré gustoso toda la sangre de mis venas en defensa de la religion de tu Divino Hijo, pero salva, salva á este pueblo que te adora; salva á mi inocente hermana y á Gaudiosa, á las cuales pongo bajo tu amparo, y no permitas que caigan en poder de los infieles! . . . . .

. . . .

Todos terminaron casi al mismo tiempo su oracion.

Don Pelayo hizo una profunda reverencia al altar, y salió de la cueva seguido de ambas jóvenes y del conde Clotario.

Cuando estuvieron fuera, don Pelayo exclamó con acento conmovido:

—¡Adios Gaudiosa!—¡adios hermana mia!

—¡Adios!—repitió ésta sintiendo dentro de su pecho una mortal angustia, y prorrumpiendo en amargos sollozos.

—No llores,—le dijo Gaudiosa en voz baja;—ten presente que tus lágrimas podrian afectar profundamente á tu hermano, el cual, hoy más que nunca, necesita ser completamente dueño de sí mismo, y tener el ánimo sereno.

Confia en Dios, como yo confio, y está segura de que nos lo devolverá sano y salvo.

—Tienes razon,—afirmó Usenda tambien en voz baja.

Y esforzándose cuanto pudo para ocultar su dolor, se aproximó á don Pelayo que la estrechó entre sus brazos.

—¡Usenda, Gaudiosa,—dijo éste contemplándolas tiernamente!—¡Si sucumbo en la sangrienta lucha, amaos como dos hermanas!

—¡Os lo juro!—exclamó Gaudiosa con acento solemne.—Pero no, no sucumbireis, pues mi corazon está tranquilo, y no me presagia ningun acontecimiento funesto.

En lugar de la muerte, os espera la victoria.

Una victoria completa.

El rumor de unas voces lejanas, vino á turbar bruscamente esta interesante escena.

Don Pelayo se separó de los brazos de su hermana, y prestó atento oido á aquellos lejanos rumores que llegaban hasta él en álas del viento de la mañana.

—Corramos, don Pelayo,—dijo el conde Clotario.

—Sí, sí, corramos,—repitió el hermano de Usenda.—Y dando el último á Dios á las jóvenes que lo contemplaban con afan, se lanzó con paso rápido por un angosto sendero que condu-

cia á los lugares ocupados por el grueso de su gente.

Clotario lo siguió, no sin haber dirigido antes una profunda mirada á Usenda, en la cual no era fácil distinguir, si era la compasion ó la ternura, lo que le obligaba á mirarla de aquel modo.

*
* *

Comenzaba á amanecer, cuando Alcama, al frente de sus impacientes guerreros, penetró en el profundo desfiladero que á Covadonga conducia.

Los moros estaban seguros de ganar la batalla.

Su número era inmenso, (1) y alentados con las victorias que hasta entonces habian ganado á los cristianos, pensaban que no les seria muy difícil vencer aquella pequeña agrupacion de montañeses, cuya principal defensa eran los escarpados riscos, tras de los cuales se parapetaban.

Lejos de guardar una prudente cautela, y

(1) Algunos historiadores hacen subir el ejército de Alcama á 100.000 hombres, y aún hay quien lo eleva á una cifra mucho mayor.

La hueste de don Pelayo, apenas llegaba á 7.000 hombres.

desobedeciendo las órdenes de Alcama, prorrumpieron en terribles alharidos al penetrar en aquellas estrechas gargantas, y ensordecieron el aire con el son atronador de sus instrumentos bélicos:

Aquella tremenda gritería, las notas agudas de las trompas y añafiles, y el ronco estruendo de los atabales y tambores, hubieran amedrentado fácilmente ánimos ménos esforzados que los de don Pelayo y sus valerosos guerreros.

Pero éstos, lejos de acobardarse, descendieron de la montaña por dos sitios á la vez, y cual torrentes despeñados, cayeron sobre los infieles, arrollando, destrozando, cuanto se les ponia por delante.

El ejército de Alcama habia penetrado todo él imprudentemente en el terrible desfiladero que habia de servirle de tumba, y de repente se vió acometido en sus dos extremos por los bravos astures, mandados los que hacian frente á la vanguardia, por don Pelayo y por el conde Clotario, y los que atacaban á la retaguardia por Pelayo Ervigio y sus caballeros de Gijon.

Los moros hicieron frente con denuedo y pujanza á aquel puñado de valientes, que inmóviles como rocas, les impedian avanzar por un lado, y por el otro les cortaban la retirada para

un caso extremo, y creyeron arrollarlos fácilmente con su inmenso número; pero cuando más seguros estaban de lograr su objeto, se alzó de entre ellos un alharido de terror y espanto; un grito de muerte, que repitieron los innumerables ecos de las montañas.

Por aquellos rápidos declives, muros espantosos y siniestros formados por la Naturaleza, descendian con la vertiginosa rapidez del alud despeñado, enormes rocas y gruesos troncos de árboles, que despues de rebotar de peña en peña las primeras, y de hendir los aires los segundos, silbando como enormes serpientes enfurecidas, caian sobre ellos despedazándolos, aplastando sus apiñadas falanjes, que no podian revolverse en aquella estrecha cañada.

Para colmo de horrores, algunos ballesteros, ocultos de antemano en las cuevas inferiores de la montaña, y sobre los cuales pasaban sin causarle daño alguno los troncos y peñascos que caian de las altas cimas, empezaron á disparar sobre aquel ejército tan poderoso antes y entonces aterrado, una lluvia de flechas encendidas.

La punta de aquellas flechas iba rodeada de estopa empapada en un líquido inflamable, y por lo tanto sus heridas eran mortales y dolorosas en extremo.

Como el lugar del combate se hallaba rodeado de rocas, y los moros lidiaban á pecho

descubierto, la mayor parte de sus flechas chocaban en las peñas, y volvian de rebote á herir á los que las disparaban.

Alcama peleaba con extremada bravura, y parecia un leon irritado, al revolverse con furor entre sus apiñadas legiones.

Convencido al fin de la inutilidad de sus esfuerzos, ordenó la retirada, á tiempo que una terrible tormenta vino á aumentar la confusion y el espanto de sus soldados.

He aquí como un reputado historiador de nuestros dias, (1) describe aquel notable acontecimiento:

«La lluvia, los truenos y relámpagos, mezclado todo con los peñascos y saetas que sobre »ellos arrojaban los cristianos, todo contribuyó »á hacer más espantosa la derrota; y como si »hasta el mismo suelo quisiera combatir en fa»vor de los españoles, las desbordadas aguas »del rio Deva, cortaron la retirada á los árabes, »que perecieron en gran número ahogados en »aquel torrente. La mortandad en esta memora»ble batalla fué tal, que hay autores que refie»ren que no quedó vivo ni uno solo de los mo»ros, aunque la opinion más generalmente acep»tada es que murieron 20.000 hombres, entre »los que pereció Alcama, su caudillo, siendo he-

(1) Zamora y Caballero (*Historia de España*).

»cho prisionero segun Mariana, el obispo don »Oppas, que pagó con su vida los males que »habia contribuido á acarrear sobre su pá- »tria.

»Esta gloriosa batal!a tuvo lugar en el año 99 de la Egira (718 de Jesucristo).»

Horrible fué en efecto la mortandad, y el triunfo de los cristianos tan completo, que durante mucho tiempo, cuando las corrientes del rio descarnaban las faldas de las colinas, se descubrian los huesos y armaduras de los soldados sarracenos.

Otro autor árabe, Abdallah ben Abderrahman, refiere aquel suceso, de este modo:

«Noticioso el gobernador de la Península »por el califa de que los cristianos reunian un »ejército en las montañas del septentrion, envió »contra ellos á Alkamah; *Belay*, fuerte en su »posicion y su valor, cayó sobre los musulma- »nes, de los cuales mató á más de 3.000. Sus »dardos se estraviaron, estalló una tempestad, »y el ejército quedó sumergido. Belay hizo en »él gran carniceria, y Alkamah y sus compañe- »ros quedaron entre el número de los muertos.»

*
* *

Un grito unánime, gozoso, resonó en la montaña de Covadonga.

Aquel grito dominó la voz potente de la tempestad, y los lamentos de agonía de los infieles.

—¡Victoria por don Pelayo!—exclamaron entusiasmados los cristianos que peleaban al extremo de la cañada, contra la retaguardia del ejército agareno ya completamente aniquilado.

—¡Victoria por don Pelayo!—gritaron tambien los que peleaban al lado del invicto jóven, en cuya mano ondeaba el blanco estandarte de Humnoldo.

Y aquel grito de victoria repetido de peña en peña, de risco en risco, y repetido tambien por todos aquellos que coronaban las alturas del glorioso monte Auseva, se perdió en el espacio cual si fuera un himno de gracias que el pueblo cristiano elevaba al Supremo Hacedor.

Y verdaderamente, como dice Lafuente, aunque el memorable triunfo de Covadonga se explique por sus causas naturales, es preciso no obstante, reconocer en aquel conjunto de extraordinarias y portentosas circunstancias, algo que parece exceder los límites de lo natural y humano.

En pocas ocasiones ha podido ser mas manifiesta para el hombre de creencias religiosas, la proteccion del cielo. Por lo mismo no nos maravilla que los escritores de una edad de tanta

fé, lo dieran tan al milagro y á la mediacion de la Vírgen María, cuya imágen adoraba don Pelayo en un sencillo altar de Covadonga.

Los historiadores árabes están todos conformes en declarar como maravilloso aquel suceso, y no niegan que la matanza de los suyos fué espantosa.

CAPITULO XIX.

El triunfo de don Pelayo.—Fervor religioso del pueblo.

Poco despues de terminada la batalla, empezó á aclarar el cielo.

Los espesos nubarrones amontonados sobre aquellas elevadas crestas, desechos los unos en agua, é impelidos los otros por el soplo ligero de una brisa suave y embalsamada con las yerbas y flores de la montaña, fueron desvaneciéndose poco á poco en el extenso horizonte.

Á los zumbidos del viento, al ronco son de los truenos y al estruendo del combate, habia sucedido un silencio de muerte, y sólo el murmullo del agua y el arrullo de la brisa, se escuchaba en la pedregosa y anegada vereda, que corria á lo largo de la montaña de Covadonga.

De rato en rato se oia tambien un ruido sor-

do y majestuoso, que parecia partir de lo más alto de la montaña: era la ronca voz de la tempestad que se alejaba.

La entrada de don Pelayo en el monte Auseva fué un verdadero triunfo.

La unánime aclamacion de aquel pueblo libre y gozoso, merced á su valor y acertadas disposiciones, las alabanzas de los ancianos que llamaban sobre su cabeza la bendicion del cielo, y los cánticos de las doncellas que sembraban de flores su camino, llenaron de gozo y de entusiasmo el corazon de don Pelayo, á quienes les costaba mucho trabajo el contener las lágrimas de ternura, que llevaba á sus ojos el agradecimiento de un pueblo entero.

La inmensa satisfaccion que sentia, llegó á su colmo, al ver entre las doncellas de Covadonga, á su hermana que lloraba de alegría, y á Gaudiosa que lo contemplaba con admiracion, con amor infinito.

Don Pelayo se confesó á sí mismo, en aquel momento de suprema felicidad, que tambien amaba á la hermosa hija de Pelayo Ervigio.

Y como el amor lo embellece todo, y endulza con su impulso divino, aún los momentos más amargos de la vida, hé ahí por que al victorioso mancebo le parecian más deliciosos aún aquellos dichosos instantes de su triunfo, y más florido, más poético el paisaje de la montaña,

en el cual tenia lugar tan conmovedora escena.

Y verdaderamente que hubiera sido necesario ser muy descontentadizo, para no sentir embargada el alma con los más puros y dulces sentimientos, y con la alegría más viva.

Todo aquel numeroso gentío que pronunciaba su nombre, y que no estaba distante de posternarse ante él para demostrarle su agradecimiento, era su pueblo, su pueblo querido, al cual acababa de librar de las pesadas cadenas de la esclavitud.

Los guerreros más valientes lo aclamaban entusiasmados, sin que en ninguna de las demostraciones pudiera traslucirse el más pequeño género de envidia.

Los ancianos tendian hácia él sus manos trémulas y arrugadas, bendiciéndole, llamándole su amado hijo, y el héroe y el libertador de España.

Hasta los tiernos pequeñuelos que en brazos de sus madres contemplaban aquel extraordinario y conmovedor espectáculo, tendian hácia él sus brazos con amor y con afan, pronunciando su nombre, que aquellas que los habian dado á luz, repetian en sus oidos á fin de que aprendieran á bendecirle.

Y para colmo de felicidad, su hermana á la cual amaba más que á su vida, y Gaudiosa, cuya imágen hechicera ocupaba por entero su

corazon, contemplaban su envidiable triunfo, enternecidas, entusiasmadas, y pronunciando tambien su nombre como toda aquella gozosa y entusiasmada multitud, que le rendia un justo tributo de amor y de admiracion.

¡Oh! ¡qué dulce debe ser la alegría que produce en el alma, el sincero entusiasmo de un pueblo entero!

Don Pelayo, lo repetimos, sentia sus ojos húmedos de lágrimas, considerándose muy inferior á aquellas entusiastas manifestaciones, que eran el galardon, la necesaria recompensa de sus valerosos hechos.

Mucho valia el gigantesco esfuerzo que habia necesitado hacer para derrotar al ejército agareno, pero mucho valian tambien las bendiciones del pueblo refugiado en el monte Auseva, cuna gloriosa de nuestra santa independencia.

Aquel pueblo creyente y sencillo, para el cual era indudablemente un verdadero milagro el triunfo de don Pelayo, miraba al afortunado guerrero como al elegido por el cielo para librarlo de sus aborrecidos enemigos.

Así es, que á su entusiasmo por el valeroso caudillo, iba unida la mayor veneracion, el más profundo respeto.

La multitud se dirigió apresuradamente hácia el templo subterráneo en donde se veneraba

la imágen de quien ya hemos hablado en el discurso de esta obra, y allí con el reconocimiento en el corazon, y la oracion en los labios, oró largo tiempo, dando gracias al Señor de las alturas, por el inmenso beneficio que acababa de recibir.

Jamás oraciones más fervorosas subieron hácia el trono del Altísimo.

Grandes y chicos, nobles y plebeyos, oraban confundidos ante aquel rústico altar profusamente iluminado, y totalmente cubierto de flores.

Los que á causa de la muchedumbre no habian podido entrar en la cueva, veian desde fuera, con los ojos de la fé, la santa imágen de *la Vírgen de Covadonga,* su celestial protectora y amparo.

Don Pelayo, como es de suponor, no se habia descuidado en dar gracias á la Vírgen por la señalada merced que habia recibido aquel dia.

Cúando acompañado por el respetable Humnoldo volvió á presentarse ante el numeroso pueblo que se agrupaba en torno de la cueva, las ardientes aclamaciones estallaron de nuevo más frenéticas, más conmovedoras que nunca.

El conde Clotario que como todos, admiraba al héroe de aquella ruidosa ovacion, aprovechó un momento de silencio, y dirigiéndose á la multitud, gritó con voz potente·

—¡Viva el rey don Pelayo!

Al oir aquel grito, que tan bien respondia á los sentimientos de todos; aquel grito que tenia eco en aquellos corazones entusiasmados, el delirio, el gozo, fueron imponderables, y la reconocida multitud elevando sobre sus hombros á don Pelayo, se dirigió con él á un campo, (1) que existe cerca de la célebre cueva de Covadonga.

Una vez allí, lo alzaron sobre un pavés, segun la antigua usanza que precedia á la coronacion de los monarcas godos, y lo aclamaron por rey y señor en medio de un entusiasmo indescriptible.

Aquel naciente reino cristiano, lleno de amor hácia su santa independencia, se sentia fuerte y poderoso, y capaz de luchar de nuevo con todo el poder de los agarenos reunidos.

---

(1) Aquel lugar, aún es conocido en el dia, con el nombre de campo de *Repelayo*.

CAPITULO XX

Rápida ojeada histórica.—Muerte de don Oppas.—Repentina muerte de Ordusio.—Magnanimidad de don Pelayo.

Los moros que residian en Gijon no juzgaron prudente permanecer allí despues de la derrota de Alcama, y emprendieron la retirada hácia la España Oriental.

Algunos historiadores hacen mencion de otra batalla, en la cual fueron nuevamente vencidos los infieles; de todos modos, es indudable que desde la memorable accion de Covadonga, todo el territorio comprendido entre el Eo, el Deva, las montañas y el mar, quedó libre de la dominacion musulmana.

Quizá los árabes no conocieron toda la importancia de su desastre en Astúrias, ó no tuvieron entonces como es lo más probable, tro-

pas con que poder repararlo, puesto que dejaron á don Pelayo tiempo y quietud suficiente, para dedicarse á la organizacion de su pequeño estado.

A él acudieron desde el suceso de Covadonga, todos aquellos que no podian vivir en las tierras musulmanas, á causa de las calamidades de la guerra, ó por el dolor que les causaba el ver profanadas la fé y la religion de sus mayores; aquellos cuyos hermanos, padres ó hijos habian muerto en Guadalete ó en defensa de las plazas, y aquellos en fin que preferian abandonar sus biénes, sus casas, la tierra en donde habian nacido, á conservar sus riquezas transigiendo con los invasores de la patria.

En Cangas, en Caso, y en Lucus Asturum, encontraron, segun afirma Victor Gebhardt (1), un asilo seguro, y en él á cristianos como ellos.

Más allá de los puertos, cuantos hombres hallaban á su paso, hablaban el antiguo idioma, compuesto de latin y godo, y daban culto á Jesucristo.

En aquel asilo existia un clima duro y desapacible, y pueblos compuestos más bien de cabañas que de casas; pero en cambio, eran libres; respiraban el agradable ambiente de la independencia, y podian alimentar la esperanza

(1) Historia general de España y de sus Indias.

de reconquistar en breve, toda, ó parte de la tierra invadida por los infieles.

El natural amor á la libertad, el arrepentimiento quizá, de no haber hecho lo bastante para conservarla, los consejos de la religion, llevaban cada año, entre los primeros emigrados á algunos habitantes de las provincias del Sur, que abandonaban su casa, su rebaño ó su oficio, para compartir la libre existencia de lo asturianos.

Y á medida que la poblacion aumentaba, iba descendiendo de las breñas y los bosques, para habitar los valles y las llanuras.

Los campos se cultivaban de nuevo, y los pescadores, que aterrorizados en un principio por las tropas de Alcama, habian huido á su paso hácia las montañas del Sur, volvian á sus playas, poniéndose bajo el amparo de don Pelayo, al cual reconocieron por rey.

Tal fué el resultado de la inolvidable batalla de Covadonga, la cual, á pesar de los siglos trascurridos, aún tiene el privilegio de conmover agradablemente el ánimo, y es una de las más gloriosas páginas de nuestra historia.

A partir desde entonces, comenzó sériamente la penosa y sangrienta tarea de la reconquista terminada felizmente ante los muros de Granada, despues de muchos siglos de interrumpida lucha, por los exclarecidos reyes Católicos.

Don Pelayo, aquel esforzado guerrero terror de la morisma; aquel rey que tenia por almohada su escudo, y por único palacio una cueva de la montaña, (1) es la más grande, la más gloriosa figura con que se engalana la historia.

A su nombre, el corazon ménos entusiasta, el ánimo ménos esforzado, alienta poderosamente, y ante la gigantesca empresa victoriosamente comenzada en Covadonga, no podemos ménos de considerar empequeñecido nuestro siglo, en el cual solo tienen lugar esas mezquinas luchas, hijas de la ambicion y de otras bastardas pasiones.

*
* *

Algunos moros, (muy pocos) habian podido salvar sus vidas de la terrible batalla de Covadonga, é imposibitados de poder atravesar la cañada, en la cual tuviera lugar la batalla, á causa de la inundacion, se habian escondido en la montaña.

En compañía de los moros, tambien se hallaban dos personajes de nuestra historia: uno el traidor don Oppas, y otro, que nombraremos muy en breve.

El fiel escudero Gotomaro, elevado por don

(1) La de Covadonga: *histórico*.

Pelayo al cargo de protospatario, practicando un minucioso reconocimiento en las montañas dos dias despues de la batalla de Covadonga, encontró á los fugitivos estenuados de hambre y de fatiga.

Como casi todos los hombres valientes, Gotomaro era genoroso y compasivo, y aun cuando hizo prisioneros á los moros, les trató con mucha humanidad, é hizo que les diesen abundantes alimentos, con los cuales aquellos infelices pudieron recobrar sus fuerzas.

Todos agradecieron el generoso proceder de Gotomaro, excepto don Oppas, el cual con estremada soberbia, rechazó los alimentos diciendo:

—Nada quiero de vesotros.—He sido, y continúo siendo el más irreconciliable enemigo del pueblo godo, é ínterin me quede un sólo soplo de vida, continuaré empleándolo en vuestro daño. ¡Y vosotros,—añadió dirigiéndose á los moros;—vosotros, gente vil y soez á quien hasta ahora ayudé con todas mis fuerzas, desinteresadamente, debeis tener por cierto que sois una canalla inmunda, indigna de consideracion, y merecedora de los peores tratamientos!

¡Debierais saber morir como murieron vuestros compañeros, al pié de estas montañas, en vez de mendigar de un modo indigno la compasion de vuestros enemigos!

Estas soberbias palabras excitaron de tal modo la indignacion de los cristianos, que arremetiendo á don Oppas, sin que Gotomaro pudiese contenerlos, le echaron al cuello un nudo corredizo y lo colgaron de la rama de un árbol.

Un momento despues el infame renegado, oprobio de España, se agitaba en horribles combulsiones sin excitar la compasion de moros y cristianos, que impasibles, contemplaban su muerte.

Tal fué el fin del maldecido don Oppas, por cuya causa gimió España largos años en el más rudo cautiverio.

Gotomaro tornó á Covadonga, conduciendo prisioneros á los moros.

Entre ellos iba tambien el personaje de nuestra historia, que hemos mencionado hace poco.

Al verlo el conde Clotario, lanzó un grito ronco y salvaje que nada tenia de humano, y desenvainando su espada, se fué hácia él decidido y frenético.

El mísero prisionero, lleno de un profundo terror, y rompiendo el estrecho círculo de curiosos que le rodeaba, hechó á correr más ligero que el viento, y penetró en la cueva de Covadonga, seguido de Clotario que gritaba con voz ronca:

—¡Infame Ordusio!, ¡asesino de Argebanda! ¡no escaparás ahora á mi venganza!

El rey don Pelayo que habia presenciado aquella breve, pero terrible escena, penetró así mismo en la cueva, seguido de un numeroso gentío.

El mayordomo del conde Clotario, pues él y no otro era el prisionero de Gotomaro, habia llegado hasta el altar de la Vírgen, y una vez allí, estrechamente abrazado á la santa imágen, contemplaba con ojos desencajados y el cabello erizado por el terror, á su antiguo dueño que se disponia á inmolarle.

Don Pelayo, que llegó en aquel momento, al ver el peligro que corria el mísero Ordusio, exclamó gravemente:

—¡Deteneos, conde Clotario!

Rugió el conde, como pudiera hacerlo una fiera, á la cual pretendiesen arrebatarle su presa, y trémulo de ira, replicó:

—¡Es el asesino de mi esposa!

—Al cual sirve de amparo la Vírgen de Covadonga, nuestra santa protectora;—se apresuró á decir don Pelayo.—En cualquier otra circunstancia, en otro lugar ménos sagrado, no intercederia por ese miserable; pero aquí, en presencia de la inmaculada Madre de Dios, os ruego que perdoneis las injurias, y que devolvais bien por mal, á fin de que Dios os perdone tambien

vuestros desaciertos, de los cuales pareciais estar tan arrepentido, el dia que me referisteis vuestra historia.

Dejó caer el conde Clotario la espada que tenia en sus manos, al escuchar estas palabras, y huyó del templo, evitando prudentemente la presencia del miserable que tanto daño le habia causado, á fin de no sucumbir á la poderosa tentacion de arrancarle la vida.

—¡Gracias, Vírgen santa, gracias!—murmuró el noble don Pelayo, fijando sus ojos en la imágen.—Hoy más que nunca conozco tu poder omnipotente, y la proteccion que me dispensas.

Arrancaron á Ordusio del altar, al cual se aferraba tenazmente, como el náufrago que al ahogarse agarra con fuerza sobrehumana un objeto cualquiera del cual espera su salvacion, y fué tanto su miedo, tan grande su espanto creyendo que iban á darle muerte fuera del templo, que agotadas por completo sus fuerzas, y enteramente falto de aliento, espiró en brazos de los que le arrastraban lejos de aquellos lugares.

Don Pelayo puso en libertad á los moros, diciéndoles que eran dueños de encaminarse á donde quisieran, visto lo cual por los infieles, que creian segura su muerte, colmaron de alabanzas al nuevo monarca godo, besándole á vi-

va fuerza las manos; y bañándoselas con dulces lágrimas de agradecimiento.

—No me agradezcais la vida,—les dijo don Pelayo;—agradecérsela más bien á la Vírgen de Covadonga, en nombre de la cual os concedo la libertad.

Dos de aquellos moros no quisieron separarse de don Pelayo, y poco tiempo despues, bautizados por Humnoldo, formaban parte de la comunion de los fieles.

CAPITULO XXI

Lágrimas de ternura.—Un amor sin esperanzas.

Ocupado enteramente don Pelayo en la conservacion del pequeño estado que le habia confiado su destino, y propuesto á hacer en todo lo posible la felicidad de sus vasallos, descuidaba su propio bienestar y la felicidad de su vida.

Esta dependia de Gaudiosa, y sin embargo, apenas veia á la jóven, la cual en compañía de Usenda se consumia lentamente, bajo el maligno influjo de una profunda melancolía.

—¡Ya es rey,—pensaba la infeliz doncella,—y además ciñe á su frente otra corona mucho más espléndida y gloriosa que la de monarca: la corona de los héroes!

¿Cómo he de prometerme yo, ¡mísera de mí! que desde la altura á donde su valor le ha en-

cumbrado, fije en mí sus ojos; en mí que no soy más que una pobre jóven, cuyo único mérito es amarle con delirio?...

¡Sus dulces miradas, sus palabras afectuosas parecian prometerme no hace mucho tiempo, una felicidad sin límites, pero esta felicidad se ha desvanecido por completo á impulsos del más fiero desengaño! .

Ya no me queda más rescurso que llorar eternamente el bien perdido, el único bien con que habia soñado.

Pero él no verá mis lágrimas; no, no las verá, y tendré sobrado valor para arrancarme de estos amados lugares que anima con su presencia.

¡Ay, de mí! ¡lejos de Covadonga mi pensamiento volará en busca suya, y cuando más tarde sucumba á impulsos del dolor, mi alma vendrá á estos sitios y vagará en torno del hombre que amo tanto!

Al decir esto llevó ambas manos á su corazon, y un torrente de lágrimas brotando de sus hermosos ojos, corrió á lo largo de sus mejillas pálidas.

La fiebre de amor que la consumía, era tenaz, incansable, en su obra de destruccion.

¡Cuán bella estàba Gaudiosa, sin embargo, derramando aquel llanto de amargura y de amoroso afan!

Pero en su alma tierna y enamorada, lejos de calmarse el dolor con aquellas lágrimas, hijas de una pasion casta, pero ardiente é imperecedera, crecia por momentos la angustia y el desconsuelo.

—¡Oh!—murmuró la pobre jóven contestando á sus pensamientos;—¡conozco que tendré que hacer un esfuerzo supremo para abandonar los lugares que él anima con su presencia!...

Al decir esto, se cubrió los ojos con las manos, y sus sollozos fueron más desgarradores, y su llanto más amargo.

¡Dichoso el hombre que inspira una pasion semejante, pasion de la cual él tambien participa!

¡Dichoso una y mil veces el noble y valeroso don Pelayo, que era amado de aquel modo, por una de las más hermosas doncellas de su tiempo; por la que debia ser su dulce compañera, y hacer completamente felices los dias de su vida!

En el momento en que Gaudiosa daba rienda suelta á su dolor, la bella y sensible Usenda que iba en su busca, se acercó á ella apresuradamente. Habia escuchado sus sollozos.

—¿Qué te sucede,—hermana mia?—le preguntó llena de admiracion, contemplándola con ternura.

Gaudiosa no contestó á la pregunta, pero arrojándose en los brazos de su amiga, y ocul-

tando en el pecho de ésta su pálido y hermoso rostro, dejó correr libremente las tristes lágrimas que brotaban de su corazon lastimado.

Usenda, sumamente inquieta, y deseando conocer la causa de aquel amargo quebranto, hizo nuevas preguntas, á las que por fin contestó Gaudiosa de este modo:

—Deseas saber por qué causa se llenan mis ojos de lágrimas, y mi pecho de sollozos? ¿Quieres conocer el motivo de mi tristeza?

—¡Oh, sí!—afirmó Usenda.

—Pues voy á complacerte. ¡El amor que por tu hermano siento, amor sin ventura y sin esperanzas, amarga mi existencia y me quita toda esperanza de felicidad en esta vida!

¡Dios mio, Dios mio! ¿para que habré conocido á don Pelayo?

¡Antes de mi venida á Covadonga, antes de haberle visto, resvalaba tranquila mi existencia, y mi corazon latia con regularidad, sin inquietudes ni amargura!

¡Hoy este pobre corazon ocupado por completo con la adorada imágen de tu hermano, se agita sin descanso sin dejarme ni un solo instante de sosiego.

¡Quiero orar para proporcionarme alguna tranquilidad de la que tanto necesito, pero al mismo pié del altar de la Vírgen sin mancilla, la oracion huye de mi pensamiento y mis la-

bios solo pueden pronunciar un nombre: Pelayo!

¡Inútilmente tambien procuro encontrar en mi lecho, el blando y apacible reposo que antes me proporcionaba!

¡Allí, como en todas partes, la imágen del hombre amado me persigue tenazmente, y al nacer la aurora mis ojos no se han cerrado al benigno influjo del sueño, ni en mi pecho enamorado dejó de reinar un solo momento el hombre que es á la vez, la felicidad y la desgracia de mi vida!

—¡Pobre hermana mia!—exclamó Usenda enternecida,—procurando contener inútilmente sus lágrimas.

—¡Cuánto sufro, Dios mio!—prosiguió Gaudiosa.—¡El amor sin esperanzas en que inútilmente me consumo, va minando poco á poco mi existencia y solo en la muerte hallaré el reposo apetecido!

—¡Qué dices!

—¡Oh! sí,—añadió Gaudiosa.—La muerte no tiene ya para mí nada de repugnante ni aterradora, y la espero como un bien inapreciable, como el único bien que puede terminar mis sufrimientos!...

Usenda dirigió á su amiga una mirada atónita, y fué tal el dolor y la amargura que sintió en su corazon al escuchar aquellas palabras,

que ya se le figuró ver á Gaudiosa medio ïnanimada, yerta; espirando de amor por su hermano.

Como la amaba tanto, la estrechó fuertemente entre sus brazos, colmándola de caricias y bañándola con su llanto hijo de la más esquisita ternura.

—¡Oh no, no!—exclamó sollozando.—¡Dios es muy bueno, y no permitirá que eso suceda!

¿Morir tú de dolor, hermosa y dulce hermana mia?...

¡Eso no es posible! ¡Repito que Dios no lo permitirá!

Lejos de pensar en la muerte, debes abrir tu corazon á la alegría y á la esperanza, y ensancharlo y respirar libremente, tras tantos momentos de angustia.

¡Cruel amiga!

En vano pretendais ocultarme tu amor y tus pesares.

Yo ya habia sospechado lo que estaba pasando en tu alma, y el amor que sentias hácia don Pelayo era mi mayor dicha, mi alegría más pura.

—¡Qué escucho!

—¡Sí, mi pobre hermana, sí! Este dulce nombre que te he dado siempre, era el más grato, el más dulce para mi corazon, y ambicionaba poder prodigártelo con más sagrados dere-

chos aún, que los que me concede nuestra amistad.

Verte unida á mi hermano con lazos eternos, era mi hermosa sueño.

Realizar este, la más grande alegría de toda mi vida.

Me habias dejado adivinar tu amor, pero sin hablarme de él claramente, como yo hubiera deseado.

¡Y me vengué!—prosiguió la hermosa jóven con adorable coquetería.

No hace mucho tiempo que ese amor que envolvias en el más profundo misterio, ese amor que creias tan oculto, no es ya un secreto para la persona que lo inspira.

—¡Dios mio!

—Sí,—continuó Usenda sonriéndose al través de las últimas gotas de su llanto, con las cuales aún estaban húmedos sus ojos.—Mi hermano conoce ya tu amor; conoce la ternura sin límites que por él esperimentas.

—¡Que has hecho, hermana mia!—exclamó Gaudiosa roja de vergüenza, y ocultando su rostro entre las manos.

—Conoce tu amor,—repitió Usenda,—y al revelárselo no hice más que preparar el camino de tu felicidad.

Y tú disfrutarás esa felicidad, no lo dudes.

La disfrutarás, haciendo tambien dichoso á mi hermano, que por su noble corazon es me-

recedor de la inefable dicha de ser amado por tí.

Usenda separó vivamente las manos de su rostro al oir estas palabras, y con voz trémula y agitado el pecho á impulsos de la sensacion más grande, preguntó:

—Y al saber mi amor, ¿qué dijo don Pelayo?... ¡Oh! ¡dímelo por compasion! ¡No tardes un solo momento en revelármelo!... ¿No comprendes que me estoy muriendo de impaciencia?

—Mi hermano nada dijo,—respondió Usenda; pero en sus preguntas respecto á tí, en la alegría que brilló en sus ojos, al escuchar mi revelacion, pude conocer fácilmente que te amaba.

El alma de mi hermano no tiene para mí pliegues ni doblez alguno; y estoy acostumbrada á leer en ellos hace ya mucho tiempo.

Gaudiosa dejó caer ambos brazos á lo largo de su cuerpo, llena del mayor desaliento, y exhalando de su oprimido pecho un profundo y amargo suspiro, exclamó:

—¡Tu buen deseo, amada Usenda, te engañó á no dudarlo, respecto á los sentimientos que inspiro á tu hermano!

¡Compasion únicamente; una compasion fria y estéril, es lo que siente por mí!

—¡Oh! ¡no lo dudes!—se apresuró á añadir observando que su amiga queria interrumpirla.

¡Tu hermano no me ama, ni puede amarme,

y yo... triste de mí, soy muy desventurada!

¿Qué he hecho Dios mio, para merecer tales sufrimientos?...

¡Pero yo sabré encerrar mi pasion en lo más recóndito del pecho; yo la sofocaré, y si es preciso, sabré tambien morir con valor y resignacion, puesto que tal es la voluntad del cielo!

—¿Qué intentas?—preguntó Usenda con inquietud.

—Mi intento,—contestó la hija de Pelayo Ervigio,—luego dejará de serlo, para convertirse en realidad.

Intento volver á Gijon, mi pátria, de la cual en mal hora he venido á estas montañas, para perder en ellas la dulce paz de mi alma.

¡Lejos, muy lejos de don Pelayo, viviré con su recuerdo, hasta que Dios quiera concederme el descanso de la tumba, y mi último suspiro será para él; la última palabra que mis labios pronuncien, será su nombre adorado!

¡Ya hice presente á mi padre mi deseo de volver á Gijon, y antes que el sol de mañana se oculte tras de estas montañas, habré partido!

¡Dios sabe con que pena, hermana mia, me separo de tí; pero es preciso, absolutamente preciso el que yo parta!

¡Quizá lejos del hombre que amo tanto, podré recobrar la calma que hoy parece haber huido de mi para siempre!...

—¡Oh! ¡no partirás!—murmuraron apenas los labios de Usenda, la cual contempló á su amiga con ternura.—¡Yo haré tu felicidad, y tambien la de mi hermano!

El cielo me inspira indudablemente.

Merced á mi determinacion, se cambiarán tus lágrimas y suspiros en la más viva alegría, y cuando llores, será de placer y no de desconsuelo.

En tanto que la compasiva jóven se entregaba á este monólogo, la infeliz Gaudiosa, llena el alma de un amor sin esperanzas, experimentaba una terrible tortura.

Estaba decidida á abandonar para siempre su amado retiro de Covadonga, en el cual habio pasado momentos tan dichosos, pero para esto necesitaba hacer un esfuerzo supremo; necesitaba tener un valor de que ciertamente no carecia su pecho.

—¡Oh! ¡cuánto voy á sufrir,—pensaba la apasionada doncella,—en el momento en que pierda de vista para siempre estos amados lugares, que don Pelayo hermosea y anima con su presencia!

¡Lejos de él, la vida será para mí una carga pesada, y mi pátria, el mundo entero, habrán de parecerme un desierto espantoso!...

Al pensar de este modo, la belleza de la jóven, idealizada digámoslo así, con la ternura

infinita en que se anegaba su alma, se habia aumentado de un modo maravilloso.

Gaudiosa en aquel momento, más que una mujer enamorada, parecia un ángel; el ángel del desconsuelo llorando por la ingratitud y por los pecados de los hombres.

«Seános permitida esta comparacion, lectores carísimos.»

El corazon de Gaudiosa lloraba, vertia lágrimas de sangre, cuando más próxima estaba á gustar la felicidad suprema que era la única ambicion de su vida.

Sus ojos que en aquel instante se inclinaban al suelo llenos de fatal abatimiento, debian alzarse muy en breve chispeantes de placer y de alegría, para fijarse con delicia en el objeto amado.

¡Dichoso don Pelayo, repetimos!

¡Cuán benigna era su estrella y cuanta no debia ser su felicidad, al disfrutar á la vez que el amor de sus vasallos, la dicha que le prometian los brazos amantes de la hija de Pelayo Ervigio.

CAPITULO XXII.

Aventuras del ermitaño de Covadonga.

Casi al mismo tiempo que tenia lugar la conversacion que hemos referido, don Pelayo departia tambien amigablemente con el respetable Humnoldo.

Este con sus sabios consejos y sus austeras virtudes, habia sabido hacerse un lugar preferente al lado del primer monarca de nuestra reconquista, el cual se dejaba guiar por los prudentes consejos del anciano, encaminados todos ellos á labrar la felicidad del pueblo guarecido en Covadonga.

*
* *

—Amado rey y señor,—dijo Humnoldo á don

Pelayo, en los momentos que acabamos de mencionar.

Ya que me honrais con toda vuestra confianza, me parece ocasion oportuna para manifestaros mis antecedentes.

Yo no soy noble, como quizá habreis podido figuraros.

—La verdadera nobleza,—afirmó gravemente don Pelayo, adelantándose con sus palabras al siglo lleno de preocupaciones en que vivia,—la verdadera nobleza está en el corazon. Vos en tal concepto, sois noble entre todos los nobles de la tierra.

—Gracias, señor,—continuó Humnoldo,—Haré todo lo posible por merecer el juicio favorable que de mi habeis formado.

Escuchad ahora mi historia:

Nacido de unos humildes pescadores, cuya cabaña estaba situada en las cercanias de Gijon, quedé huérfano de padre y madre durante mi mas tierna edad.

Sin embargo, pude ganar honradamente mi subsistencia, dedicándome á la pesca, la cual, además de ser un agradable entretenimiento para mí, me proporcionaba más de lo necesario para atender á todas mis necesidades.

Mis únicos bienes de fortuna, eran mi humilde cabaña y mi barquilla, construidas una y otra por mi padre. En medio de mi pobreza me con-

ceptuaba dichoso, sin envidiar á nadie ni ser por nadie envidiado.

Si algun pesar me atormentaba, era la falta de mis amados padres que tanto me habian amado, y cuyas caricias perdiera para siempre.

¡Ay, de mí!

¡Cuántas veces al ponerse el sol y al tornar á mi cabaña, despues de dejar amarrada á una estaca mi frágil embarcacion, se llenaron mis ojos de lágrimas, pensando que aquellos que me habian dado el sér, ya no saldrian á recibirme llenos de paternal cariño y con los brazos abiertos, como tenian de costumbre.

Así trascurrieron algunos años, sin que me aconteciese nada digno de mencionarse.

Pero el tiempo bonancible debia desaparecer en breve para mí, y con él la paz de mi corazon.

Insensiblemente habia alcanzado la edad de los amores, y esta pasion universal, que con más ó ménos intensidad experimentan todos los humanos, debia hacerme sentir tambien su poderosa influencia.

A poca distancia de mi choza, se alzaba la casa de un rico pescador, llamado Ranosindo, hombre adusto y poco comunicativo.

Aquel hombre tenia una hija, jóven y hermosa, la cual, lejos de parecerse á su padre, era alegre y simpática en extremo.

La jóven tenia por nombre Gumilda.

Desde la salida, hasta la puesta del sol, su voz fresca y armoniosa resonaba por aquellos contornos, cantando tan alegremente, como los pájaros que trinan en la enramada.

Gumilda tambien solia lanzarse al mar en una pequeña embarcacion, y guiándola como el más experimentado marinero, se alejaba á muy largas distancias de la costa.

Cuando silbaba el viento y las olas se encrespaban, su mayor placer era luchar con el embravecido elemento, que unas veces elevaba la barquilla á una respetable altura, y otras la hundia en sombríos y espumosos abismos, amenazando sepultarla en su seno.

Yo me estremecia involuntariamente cada vez que presenciaba semejantes escenas, y á pesar de hallarme muy acostumbrado á arrostrar los peligros del mar, me atreví á rogar á Gumilda en varias ocasiones, que no expusiese de aquel modo su existencia.

Pero la animosa y alegre jóven, no hacia caso alguno de mis advertencias, y el líquido elemento era su mayor delicia.

Gumilda me distinguia con su amistad.

Por mi parte, sentia hácia ella una inclinacion muy viva, que me obligaba á buscar su presencia con afan.

Sin darme cuenta de los tiernos sentimientos

que me inspiraba, y sin reflexionar un solo momento en ellos, pues mi falta total de experiencia en los asuntos del corazon me lo impedia, me sentia alegre y dichoso al verla, y el sol y el anchuroso mar entonces, me parecian mucho más hermosos que de costumbre.

Cuando se alejaba de mí, experimentaba una lijera melancolía, que me hacia exclamar con abatimiento:

—¡Oh, por qué Gumilda no será mi hermana!

Entonces no se separaria de mí un solo instante, y viviendo siempre bajo el mismo techo, tendria el deber y la dicha al propio tiempo, de velar por su seguridad.

Si fuera mi hermana, no afrontaria como ahora lo hace los peligros del mar, pues yo sabria inpedírselo.

Si fuera mi hermana, yo únicamente atenderia á su subsistencia, y para ella serian los mejores peces y las más bellas conchas de estos arenales.

Como podeis comprender, señor, mi aficion á Gumilda, no podia ser más inocente ni más desinteresada.

Don Pelayo se sonrió con benevolencia, y el buen anciano continuó de este modo:

—El amor que sin saberlo, reinaba en mi corazon, debia manifestarse al cabo.

Para esto era preciso que tuviera lugar un acontecimiento extraordinario, un suceso que viniera á interrumpir la monotonía y tranquilidad de mi existencia, revelándome los sentimientos de mi corazon y despertando en él las grandes inquietudes y los deseos mal contenidos, compañeros inseparables del amor revelado.

Tal es y ha sido siempre nuestra humana naturaleza.

Hoy que la nieve de los años amortiguó ya aquellos recuerdos de mi juventud, aun suspiro al recordar á Gumilda; aun derramo algunas lágrimas á su memoria. . . . .

. . . .

Habeis de perdonarme, señor,—añadió Humnoldo despues de una breve pausa,—estas muestras de debilidad tan impropias de mi estado y de mis años.

Solo á fuerza de resignacion, y confiando mucho en la bondad divina, he podido acostumbrarme á sobrellevar mis desventuras.

Don Pelayo nada dijo, pero fijó sus ojos en el bondadoso ermitaño de Covadonga, con la misma ternura y compasion con que pudiera fijarlos en su propio padre, si este le refiriera las amarguras de su vida.

—Cierta mañana, al tiempo de salir el sol,—prosiguió Humnoldo,—una espesa banda de nubes que se extendian por el horizonte, fué adelan-

tando con lentidad y sombrías y amenazadoras, no tardaron en cubrir totalmente el astro esplendoroso.

A sus vivos y alegres resplandores, sucedió una pavorosa oscuridad.

El aquilon silbó enfurecido, y las olas verdinegras y sombrías, comenzaron á alzarse terribles y altaneras, viniendo á morir en la playa cubierta de algas y de blanca espuma.

Las aves marinas lanzaban agudos graznidos, y tendiendo sus alas poderosas, se mantenian á una gran altura sobre las olas, no atreviéndose á buscar en estas como de costumbre, su natural alimento.

Aun cuando habia presenciado muchas veces el imponente y majestuoso espectáculo que presenta el mar embravecido, nunca como aquella mañana sus roncos mugidos y su aspecto sombrío, me habian inspirado tanto terror y una inquietud tan viva.

Aquellos presagios de una tempestad desencadenada, y la agitacion en que estaba el mar, me impidieron tender mis redes como tenia de costumbre.

Un secreto presentimiento me advertia que estaba á punto de verificarse una terrible catástrofe.

Esta no se hizo esperar mucho tiempo.

El corazon humano, y el mio sobre todo,

suele anunciar latiendo aceleradamente, los acontecimientos más tristes.

Habia entrado en mi cabaña.

A fin de no perder el tiempo, componia una vieja red, cuando unos agudos gritos vinieron á turbarme, dándome á conocer al mismo tiempo que se habian realizado mis tristes presagios.

Una voz clara y sonora, pero á la vez angustiosa en extremo, que pronunció distintamente mi nombre, me hizo dar un salto, y salir apresuradamente de la cabaña.

La que me llamaba con aquel dolorido acento, era Gumilda.

La jóven, con el cabello tendido sobre la espalda, mojada de pies á cabeza, y con los ojos extraordinariamente abiertos y llenos de una expresion de angustia y de terror, me señalaba el mar que cada vez se alzaba más ensoberbecido y sombrío.

Algunos pescadores, criados todos de Ranosindo, seguian á Gumilda.

Todos permanecian sombríos y cabizbajos.

—Humnoldo,—me dijo la jóven cogiéndome fuertemente por las manos.—Mi padre está en alta mar, y perecerá irremisiblemente sino acudimos en su auxilio.

Yo ya me habia embarcado para volar en su socorro, pero aún cuando estoy muy acos-

tumbrada á luchar con olas, la tempestad de hoy es muy superior á mis fuerzas.

Al volver á tierra,—añadió señalando á los pescadores,—rogué inútilmente á estos cobardes que me ayudasen á salvar á mi padre; pero ninguno ha querido acompañarme diciéndome que si mucho estimaban á su señor, mucho más estimaban su vida.

¡Y entre tanto mi pobre padre se muere; se muere á no dudarlo sorbido por esas soberbias olas, sin que yo, que le soy deudora de la vida, pueda hacer nada por salvarle!

¡Hélo allí!

¡Su barca aparece y desaparece sucesivamente, próxima á sepultarse en los abismos del mar!

¡Oh! ¡padre, padre mio!...

Al decir esto Gumilda, tendia su brazo, señalándome un punto oscuro, casi imperceptible, que allá á lo lejos, muy á lo lejos, aparecia medio perdido entre las brumas.

Mi vista, acostumbrada á distinguir los objetos á una larga distancia, me hizo conocer perfectamente, que aquel punto sombrío era una barca, tripulada por un solo hombre.

—Humnoldo,—repitió la jóven cada vez con más desesperado acento.—Aún cuando nada me has dicho, se que me amas. No pretendas negarlo, porque las mujeres jamás nos equivocamos en esto.

¡Pues bien; ayúdame á salvar á mi padre, y te juro que seré tuya; que seré tu esposa!

¡Dios y los que me escuchan, son testigos de la palabra que te empeño en este momento supremo, de ser tuya, ó de la muerte!

Al oir estas palabras, y sin pararme á reflexionar un solo instante en la promesa de Gumilda, corrí á desatar mi barca que estaba amarrada á la orilla, en la vecina playa.

La hija de Ranosindo me siguió sin vacilar, y aun cuando quise oponerme á ello, se embarcó conmigo en la frágil barca, á la cual ibamos á confiar nuestras vidas.

Un momento despues bogábamos hácia alta mar, con direccion hácia el punto sombrío, cada vez más perdido en el brumoso horizonte.

CAPITULO XXIII.

La tempestad.—El amor de Gumilda.

—Las encrespadas olas del mar,—prosiguió Humnoldo,—parecian montañas elevadas que se alzaban hasta las nubes, para hundirse despues en insondables abismos y volver á aparecer más tarde espumosas y altaneras.

Las tablas de mi endeble y pequeña barca parecian gemir y quejarse, cada vez que no podia evitar que una ola chocase contra ella.

El aspecto que presentaba el mar era horroroso, y para colmo de infortunios, las negras nubes en las cuales á cortos intervalos brillaba la siniestra luz del relámpago, y estallaba el trueno, empezaron á deshacerse en torrentes de agua.

La impetuosidad y abundancia de ésta era tal, que más de una vez llegué á creer que la embarcacion se anegaba totalmente.

Gumilda, con una sorprendente presencia de espíritu, dirigia el barco hácia el lugar en que su padre luchaba con las olas, en tanto que yo bogaba con desesperacion.

Por fin, despues de grandes esfuerzos, y de una lucha gigantesca con el mar, durante la cual estuvieron en un contínuo peligro nuestras vidas, conseguimos abordar la barca de Ranosindo, mucho más fuerte y grande que la mia.

El padre de Gumilda se hallaba en el estado más lastimoso.

El agua de que se hallaba cási llena la barca, le llegaba hasta la rodilla, y herido en la cabeza de resultas del choque de una ola que lo habia arrojado violentamente contra el borde de la embarcacion, derramaba su sangre en abundancia.

Es indudable que sin nuestro socorro, aquel hombre estaba perdido.

Saltamos dentro de su barca, y despues de amarrar á ella la mia, Gumilda curó lo mejor que pudo la herida de su padre, que por fortuna no ofrecia la menor gravedad, y reuniendo todos nuestros esfuerzos, bogamos de nuevo á fin de ganar la playa.

Ninguno de nosotros pronunciaba una pala-

bra, atentos solamente al peligro comun de que estábamos amenazados.

Los fuertes mugidos del mar irritado, los silbidos del viento, y el ronco estallido del trueno que rodaba sobre nuestras cabezas, formaban un conjunto aterrador, capaz de infundir espanto al corazon más alentado.

Nada hay tan imponente y majestuoso como una tempestad en medio del mar.

Los silbidos del viento y el mugir de las olas, remedan gemidos de dolor, gritos de desesperacion infinita, y en su aterrador estruendo, los dos poderosos elementos reunidos, parecen un ejército de gigantes combatiendo entre sí, y despedanzándose bárbaramente.

Nada existe tan imponente, repito.

Todo aquel que haya presenciado una tempestad en el mar, tarde olvida tan tremendo espectáculo.

Cerca ya de la playa, en la cual se agrupaban los criados de Ranosindo, una ola soberbia, inmensa, que no nos fué posible evitar, despues de cubrirnos totalmente, estuvo á punto de arrastrarnos á los abismos en que iba á precipitarse.

Yo recibí de lleno el golpe terrible de aquella ola.

Su empuje iracundo, me causó un desvanecimiento mortal.

Los oidos me zumbaban, nubláronse mis

ojos, y en vano quise articular una palabra; prorrumpir en agudos gritos para deshacer el nudo que se habia formado en mi garganta.

Yo me sentia morir.

Mi terrible angustia llegó á hacerse insoportable, y... perdí el conocimiento.

Ignoro cuanto tiempo permanecí en semejante estado.

Cuando volví en mí, me hallé tendido en mi humilde lecho.

Gumilda estaba al lado mio, y con sus hermosos ojos anegados en llanto, me contemplaba con una expresion de lástima y de ternura infinita.

Tambien estaba Ranosindo, pero el semblante de aquel hombre, lejos de manifestar compasion, se hallaba cubierto de una nube sombría.

Me bastó una sola ojeada, para enterarme de los sentimientos que habia inspirado á aquellas dos personas.

En las miradas de Gumilda y en sus lágrimas, veia claramente la sincera y franca expresion de un amor nacido á impulsos del más vivo agradecimiento.

En la frente sombría de Ranosindo, se notaba el disgusto y la inquietud, causada, á no dudarlo, por la ternura que advertia en su hija.

Esta quizá le habia enterado de su promesa,

hecha en los momentos en que su vida corria tanto peligro.

Poco despues de abrir los ojos y de haber hecho estas observaciones, lancé un profundo suspiro, con el cual logré aliviar en parte mi oprimido pecho.

Gumilda lanzó un ligero grito de alegria, y quiso pronunciar algunas palabras; pero su padre la interrumpió, diciéndome:

—Y bien, Humnoldo;—¿cómo te encuentras?...

A juzgar por las apariencias, creo que ya estás enteramente fuera de peligro, de lo cual me alegro en el alma.

¡Gracias sean dadas al cielo!

Te debo la vida, y no seré ingrato contigo.

Eres pobre, y desde este momento, puedes contar con mi proteccion y amparo.

Por depronto, y á fin de reemplazar tu barca que ha sido destrozada en la orilla, te daré una de las mias, y si esto no te conviene, te daré dinero suficiente para que frabriques otra: á tu eleccion.

Yo no contesté á estas palabras, y fijé tristemente mis ojos en Gumilda.

La jóven contemplaba á su padre atónita y sorprendida, cual si le causaran suma extrañeza sus palabras.

—¡Padre mio!—exclamó por fin con acento

melancólico,—en el cual se envolvia una amarga reconvencion.

—Bien sé lo que me digo,—continuó Ranosindo frunciendo el ceño.—Humnoldo, que es un honrado jóven, me comprende perfectamente, y sabe que todo lo puede esperar de mí, ménos el cumplimiento de la insensata promesa que le has hecho, sin contar para nada con mi voluntad.

Es necesario que ambos olvideis esa promesa.

—¡Oh! no;—¡no la olvidaré jamás!—exclamó valerosamente Gumilda.—El cielo me es testigo de que mi corazon solo desea cumplirla, pagando de este modo la deuda de agradecimiento que he contraido con Humnoldo.

—¡Qué dices!

—¡Sí, padre mío, sí!—¡Seria una infame si olvidara ahora, el inmenso beneficio que me ha hecho!

¡Ibais á morir!

Los que comen vuestro pan y se albergan bajo vuestro propio techo, contemplaban impasibles ó con estéril compasion, la lucha que sosteníais con las olas enfurecidas, que iban á ser en breve vuestra tumba.

Ni ruegos ni promesas pudieron decidirles á que fueran en vuestro socorro, y hubiérais perecido sin duda alguna, si yo despues de procu-

rar inútilmente llegar á vuestro lado, no hubiera llamado á la puerta de esta vivienda, con el acento de la desesperacion y de la ansiedad más viva.

¡Ibais á morir, os digo!

Vuestro único salvador es Humnoldo, pues á mí de poco me hubieran servido mis buenos deseos, y mis desesperados esfuerzos.

Contra los imposibles (y el mar irritado como hace algunos momentos estaba, era para mí un imposible), son inútiles las lágrimas de desesperacion, y el amor filial más vivo.

Bien cierta estoy de que sin la oportuna intervencion de Humnoldo, que ha expuesto su vida por salvaros, ya no existiriais en este momento, y yo aguardaria desesperada en la playa á que el mar arrojase vuestro cadáver.

Mi deber, era exponer mi vida por salvaros; pero Humnoldo no tenia este deber, y no con dinero, sino de otro modo, debeis mostrale vuestro reconocimiento.

—¡Nunca!—exclamó Ranosindo con irritado acento.

—Por lo tanto,—añadió Gumilda sin hacer caso alguno de aquella exclamacion,—una y mil veces juro que estoy pronta á cumplir mi palabra, de la cual puse á Dios por testigo.

¡Tuya, ó de la muerte!—le dije á Humnoldo,—¡y suya seré ó del sepulcro!

—¡Hija infame!—gritó Ranosindo trémulo de ira.

—El me ama y yo le amo,—prosiguió aun la jóven,—y por lo tanto, si quereis labrar nuestra mútua felicidad y mostraros agradecido á las bondades que os acaba de dispensar el cielo, debeis unirnos al pié de los altares.

Yo escuchaba atónito y embebecido á la animosa y bella Gumilda, la cual en aquel instante tenia para mí dobles atractivos.

Incapaz de pronunciar ni una sola palabra, me contentaba con admirar su rostro hechicero, animado por un noble y candoroso entusiasmo.

El amor «¡oh! ¡sí! ¡entonces pude comprenderlo!» el amor se despertaba al cabo en mi alma, y al saber que era amado sentí latir mi corazon aceleradamente á impulsos de la más pura alegría.

Las palabras de Gumilda me causaban una sensacion desconocida, pero tan dulce al mismo tiempo, que no recuerdo haber experimentado otra igual en toda mi vida.

La voz bronca de Ranosindo cortó bruscamente el embriagador encanto que se habia posesionado de mi alma.

—¡Yo sabré poner término á esos delirios!—dijo aquel hombre despiadado.

Luego cogiendo á su hija por un brazo, añadió lacónicamente:

—¡Sigueme!

Gumilda me lanzó una larga y tierna mirada, cual si con ella quisiera alentar mis tímidas esperanzas, y siguió á su padre sin oponer la menor resistencia.

CAPITULO XXIV.

Fin de la historia de Humnoldo.—Un desenlace como hay muchos.

—A pesar de las seguridades que me prometia la elocuente mirada de Gumilda,—continuó el anciano,—cuando dejé de verla y no oí el ruido de sus pasos, caí en un abatimiento profundo.

Llegó el dia siguiente y no salió de su casa, como tenia de costumbre.

Inútilmente la esperé dando vueltas por la playa, hasta que puesto ya el sol perdí completamente la esperanza de verla aquel dia.

Me retiré á mi pobre choza, y nunca como entonces sentí tanto la soledad en que me hallaba.

Yo no tenia ni un hermano ni un amigo, que

mitigara con sus consuelos la negra amargura de mi alma.

Pasé una noche de insomnio terrible, y mucho antes de que saliera el sol, abandoné mi cabaña y me puse á contemplar afanosamente la casa de Gumilda, cuyas puertas y ventanas estaban completamente cerradas.

Yo amaba á la jóven con todas las fuerzas de mi corazon, y aquel primero y único amor de mi vida, debia ser para mí, causa de muchas amarguras, y habia de dejarme un triste y eterno recuerdo.

Trascurrieron muchos dias y tanto Gumilda como su padre, no parecieron en los sitios que acostumbraban á frecuentar.

¿Qué habia sido de ellos? ¿Estaria Gumilda enferma?...

Aun cuando me consumia la impaciencia, no me atreví á hacer pregunta alguna á las gentes de su casa, las cuales veia de cuando en cuando.

Por fin, una mañana, encontré á Racosindo en la playa.

Al verme se dirigió hácia mí.

Yo temblaba cual si fuese un criminal, sorprendido en el momento de cometer su delito.

—Por mi causa has perdido tu barca,—me dijo,—y es justo que yo cumpla la oferta que te he hecho..

Ya dí órden para que amarren la mejor de mis embarcaciones en el lugar en donde acostumbrabas á tener la tuya, y allí la hallarás en breve.

Si algo más puedo hacer por tí, no vaciles en decírmelo.

Dicho ésto, se alejó rápidamente.

En fin, para terminar mi sencilla y dolorosa historia, os diré que algun tiempo despues, supe que Ranosindo habia llevado á su hija á Gijon, encerrándola en una casa de toda su confianza.

Acostumbrada la jóven á los aires bienhechores del mar, y á la dulce libertad en que habia vivido siempre, empezó á desmejorarse más y más de dia en dia, pero sin desistir por eso de su propósito, y diciendo á sus guardianes:

—¡De Humnoldo, ó de la muerte!—¡Lo he jurado, y no seré perjura!

En efecto,—continuó el anciano suspirando;—aquella infeliz, víctima de un padre tiránico y desnaturalizado, no tardó en espirar pronunciando mi nombre.

Cuando supe esta infausta nueva, creí morir de dolor.

Los lugares en donde hasta entonces habia resvalado tan tranquila mi existencia, se me hicieron odiosos, y despues de dar el último adios

á la casa en donde habia nacido, me ausenté de ellos para siempre.

Huyendo de los sitios frecuentados, pues no queria dar á las gentes el espectáculo de mi dolor, vine á estos agrestes y pintorescos riscos, en los cuales determiné pasar toda mi vida.

Su majestuosa soledad se hermanaba perfectamente con el estado de mi alma, y aquí podia pensar dia y noche en aquel ángel que habia muerto por mi causa, y que me amaba tanto.

Las frutas silvestres, y la caza que es tan abundante en estos lugares, constituian mi alimento.

Una mañana entré por primera vez en la cueva de Covadonga, y cuanta no seria ni alegría, cuan grande el consuelo que experimentó mi corazon, al descubrir la imágen de la Vírgen á quien hoy rendimos un culto tan reverente.

¿Quién habia puesto allí aquella santa imágen?

Lo ignoro, y nunca me fué posible averiguarlo, por más que hice mil preguntas á todos los pastores de estas cercanías.

Desde aquella mañana en que, á no dndarlo, la Vírgen habia guiado mis pasos, mi triste vida ya tenia un objeto.

Determiné consagrarme al culto de la Reina de los ángeles, ne tardando en sentir mi alma dulcemente consolada, sin que el recuerdo de

Gumilda me hiciese sufrir como en un tiempo.

Así trascurrieron muchos años.

Cuando los árabes penetraron en España, la triste nueva de la derrota del Guadalete llegó tambien á estos apartados lugares, en los cuales no tardaron en buscar un asilo todos aquellos para quienes era odiosa é insoportable la dominacion de nuestros enemigos.

Lo demás ya lo sabeis, noble señor.

Conforme y resignado con mi suerte, acato como debo los decretos del Altísimo, y dejaré esta vida sin pena, sin inquietudes ni remordimientos.

—Virtuoso Humoldo,—dijo don Pelayo rompiendo el prolongado silencio.—Os he escuchado atentamente, y creo que por vuestra intercesion y no por otra causa, ha permitido el cielo que alcanzáramos sobre nuestros enemigos una victoria tan completa, que será el asombro de las edades venideras.

Iba á replicar el anciano, cuando Pelayo Ervigio, cuyo rostro aparecia nublado por una leve sombra de tristeza, apareció en el lugar en donde se hallaban nuestros personajes.

—Perdomadme,—les dijo,—si vengo á interrumpiros.

—Bien venido seais,—se apresuró á decir don Pelayo alegremente.—El denodado guerrero que tanto contribuyó á darnos la victoria,

será siempre bien recibido en cualquiera lugar en donde yo me encuentre.

¡Noble Pelayo Ervigio,—añadió cambiando de tono, y contemplado al caballero con cierta inquietud; tengo que demandaros una gracia, de la cual pende en gran parte la felicidad de mi vida!

—¿Á mi una gracia?

—Si por cierto,—afirmó don Pelayo,—y si accedeis á mi peticion, estad seguro de que me hareis el mortal mas dichoso.

—Pues, apresuraros, señor, á hacer vuestra demanda, porque luego será tarde.

—¡No comprendo!

—Quiero decir,—añadió Pelayo Ervigio,—que luego os veriais precisado para hacerme saber vuestros deseos, ó mejor dicho vuestras órdenes, á dirigiros á Gijon, para donde voy á partir enseguida acompañado de mi hija.

—¿Vais á llevaros á Gaudiosa? ¿me abandonais?—preguntó don Pelayo con la mayor ansiedad.

—Bien contra mi voluntad ciertamente,—respondió Pelayo Ervigio.—Parto accediendo á los repetidos ruegos de mi hija, cuya salud se ha desmejorado notablemente de algun tiempo á esta parte.

—En efecto,—afirmó Humnoldo;—su rostro demuestra un profundo abatimiento y una gran

melancolía, que no son mny comunes en ella. Yo creo adivinar la causa de este cambio repentino que ha sufrido su carácter.

—Pues yo lo ignoro,—afirmó Pelayo Ervigio,—y por más que he procurado averiguar el motivo de la tristeza de mi hija; por más que le he hecho infinidad de preguntas, la causa del pesar oculto que la aqueja, es aún para mí un profundo misterio.

—Yo lo aclararé,—dijo Usenda, que entró en aquel momento, dirigiéndose á don Pelayo.

—¿Vos, señora?—preguntó Pelayo Ervigio.

—Yo; sí,—afirmó la jóven.—Conozco el secreto de mi amiga, porque ella misma me lo ha revelado.

Es un secreto del corazon, que no tengo inconveniente alguno en manifestaros, á vos que sois su padre; á este santo hombre que durante tanto tiempo ha dirigido su conciencia,—añadió señalando á Humnoldo;—y á tí, hermano mio, que eres causa inocente del pesar de Gaudiosa.

—¡Ah!—exclamó don Pelayo.

—Gaudiosa te ama,—añadió Usenda;—te ama tanto, que quizá, quizá, su existencia dependa de tí.

¡Tú tambien la amas, hermano mio!

¿A qué negarlo?

He podido convencerme de ello el dia que te revelé el amor de Gaudiosa.

—¡Oh, sí! ¡la amo!—exclamó don Pelayo con apasionado acento.

—Pero Gaudiosa,—prosiguió Usenda,—ignora ese amor que yo he adivinado, y prudente y digna, como toda mujer bien nacida, quiere abandonar á Covadonga; quiere dejar de verte, buscando lejos de tí el sosiego y la paz del corazon que ahora le faltan.

—¡Oh; no! ¡no partirá!—exclamó el monarca de Astúrias, dando una gran voz.—Su marcha dejaria en mi alma un profundo vacío que nada podria ya llenar, pues esa hermosísima criatura está destinada por el cielo á ser el encanto de mi vida.

Noble Pelayo Ervigio, —añadió dirigiéndose al padre de Gaudiosa;—hace un instante que os dije que tenia que demandaros una gracia, y esta es la ocasion oportuna de hacer mi demanda.

Yo, don Pelayo, rey de los godos, por el favor del cielo y por el deseo de mi pueblo, os pido solemnemente la mano de vuestra hija Gaudiosa.

Ella será mi esposa, la amada de mi corazon, y compartirá conmigo el sólio, á que más que mis merecimientos, me ha elevado la voluntad del pueblo godo.

—Y yo, amado hijo, (permitidme que os dé este dulce nombre)—añadió Humnoldo,—yo os anuncio, en nombre del cielo, que la compañera que tan acertadamente habeis elegido, labrará vuestra felicidad, y será una reina noble y honrada, digna del trono á que quereis elevarla.

Pelayo Ervigio lloraba de gozo, y en vez de contestar á la peticion del rey, pugnaba por besarle la mano.

Don Pelayo se opuso á ello, y le abrió sus brazos, en los cuales se arrojó el caballero de Gijon, al cual le parecia un sueño todo lo que estaba sucediendo.

Usenda, radiante de alegría, al ver el breve y feliz resultado que habia tenido aquel asunto, corrió en busca de su amiga, con la cual no tardó en presentarse en el sitio en donde tenian lugar los sucesos que acabamos de referir.

La hija de Pelayo Ervigio estaba trémula y ruborosa.

En su rostro encantador, animado entonces por los hermosos colores de la nieve y de la rosa, podia notarse un gozo mal disimulado.

¡Al fin iban á realizarse sus más dulces ensueños!

¡Cuando ya habia perdido la esperanza de alcanzar la felicidad que ambicionaba, esta le abria sus puertas de par en par, brindándole

con la copa del placer más puro y más preciado.

¿Qué mayor dicha para la preciosa jóven, que la de amar y ser amada, por el hombre elegido por su corazon?...

Don Pelayo se acercó á ella con paso vacilante, y con acento no muy seguro le dijo:

—¡Gaudiosa, se que me amais! Yo tambien os amo desde que os he visto, y espero que sabremos labrar nuestra mútua felicidad.

Acabo de pedir vuestra mano.

¿Estais pronta á seguirme al altar?...

La enamorada jóven no contestó á esta pregunta; pero alzando sus bellos ojos, que hasta entonces habia tenido inclinados al suelo, fijó en don Pelayo una mirada tan intensa, tan elocuente, que dijo más por sí sola, que todas las protextas que pudiera emplear en tan dichoso momento.

Aquella mirada era todo un poema de amor; un destello de la felicidad celestial.

Conociendo que no le era dado abrazar á don Pelayo, se arrojó en los brazos de Usenda, cuyo semblante estaba animado por una sonrisa de ángel, murmurando á su oido estas palabras:

—¡Hermana mia! ¡cuán dichosa soy! . .

. . . .

Pocos dias despues se celebró la boda de don Pelayo con la bellísima Gaudiosa, con gran satisfaccion de todo el pueblo godo, y expeciacial-

mente, por parte de los personajes de nuestra verídica historia.

De este matrimonio resultaron un hijo y una hija.

El hijo se llamaba Favila.

Habiendo sucedido á su padre en el trono, y al cabo de dos años escasos de reinado, murió víctima de su extremada aficion á la caza, siendo despedazado por un oso, al cual habia tenido la imprudencia de irritar.

*
* *

Despues del matrimonio de don Pelayo, otra boda que prometia ser tambien muy dichosa, se celebró así mismo en el rústico templo de Covadonga.

Aquella boda era la del conde Clotario con la tierna y sensible Usenda, la cual podemos asegurar á nuestros lectores, que no tuvo el menor inconveniente en dar su fé y su mano, al noble y poderoso caudillo.

CAPITULO XXV.

La muerte de un amigo de Gotomaro.

Casado don Pelayo, casado el conde Clotario, parece que esto debia servir de ejemplo para que Gotomaro pensase tambien en buscar una honrada y hermosa compañera, que endulzase los dias de su vida.

Pero el leal escudero en lo que ménos pensaba era en casarse, aun cuando más de una bella dama de la ruda y sencilla córte de su señor, fijaba en él tiernamente sus ojos expresivos y procuraba por cuantos medios decorosos tiene la mujer á su alcance, cautivar su atencion.

Estas tiernas demostraciones eran despreciadas por Gotomaro, el cual demasiado rudo

quizá para comprenderlas, no observaba aquellas travesuras femeniles.

Y aún cuando las hubiera observado, preciso es decirlo, hubieran ido á estrellarse en la dura coraza que resguardaba su corazon.

Se habia propuesto conservar intacta su amada libertad, y por nada de este mundo hubiera renunciado á ella.

Como se vé, el buen protospatario de don Pelayo, tenia formada muy pobre idea del matrimonio.

Los moros no inquietaban ni mucho ni poco al reino naciente establecido en Astúrias, y no podia emplear con ellos sus instintos guerreros. En cambio, hacia que los ecos de la montaña repitiesen un dia y otro las notas bibrantes de su trompa de caza, y muchas de las fieras que tanto abundaban en aquellas asperezas en la época á que nos referimos, eran víctimas de su destreza ó de su bravura.

Casi ninguno de los que rodeaban á don Pelayo, merecia el nombre de cortesano.

Todos eran guerreros endurecidos por las fatigas del combate, y no teniendo contra quien pelear, se entretenian en el noble ejercicio de la caza, que es lo que existe más parecido á la guerra.

Gotomaro, más que ninguno de aquellos hombres amaba la caza, llena de terribles emo-

ciones y de peligros sin cuento, que se hacia en la montaña.

El esforzado escudero desdeñaba emplear sus venablos en los corzos y venados, animales que son por lo general tímidos é inofensivos, y de cuya muerte creia no podia resultarle gloria alguna, y buscaba con ardoroso afan un peligro verdadero, persiguiendo hasta en sus más ocultas guaridas, á los osos feroces y á los selváticos jabalíes, que poblaban las más altas cumbres.

Un dia, cansado de buscar inútilmente uno de esos poderosos animales, en el cual pudiera emplear su ardimiento, se tendió á orillas de un pequeño arroyo que descendia serpenteando por los declives de la montaña, hasta ir á perderse en el Deva.

La soledad, el suave murmullo del arroyo, y el aire purísimo y embalsamado que allí se respiraba, ejercieron sobre él su benéfica influencia, y el sueño no tardó en pesar sobre sus párpados.

Ya empezaba á quedarse profundamente dormido, cuando el corpulento y valiente perro que solia acompañarle en todas sus escursiones, aquel inteligente animal de quien hemos hablado ya al principio de este libro, alzó la cabeza, enderezó sus orejas, y gruñó de una manera sorda, entre temeroso y amenazador.

El noble animal presentia algun peligro, y estaba alerta.

Sus gruñidos despertaron á Gotomaro.

Creyendo que su perro habia olfateado alguna de las alimañas que aquel dia persiguiera en vano, se incorporó silenciosamente sobre un codo, y se puso en observacion.

En torno suyo crecian algunas viejas encinas, cuyas ramas poderosas agitaba el viento ligeramente.

A sus espaldas, una peña enorme, en cuyo declive se habia recostado, se alzaba hasta una respetable altura.

El paisaje era imponente y selvático, y la ruda y arrogante figura de Gotomaro y la feroz aptitud de su perro que se habia levantado y con el pelo erizado y los ojos extremadamente abiertos, miraba hácia un punto de la espesura, no desdecian de aquel cuadro pintoresco lleno de belleza salvaje.

El perro gruñó de nuevo, y Gotomaro se puso precipitadamente en pié.

Miró hácia el lugar de donde parecia venir el peligro, y no tardó en sentir unas fuertes pisadas que hacian crugir precipitadamente las ramas secas y hojarasca de que se hallaba cubierto el suelo.

Gotomaro preparó cuidadosamente su arco.

Los espesos y lozanos matorrales que crecian

entre los árboles se agitaron á poca distancia suya cual si algun animal corpulento quisiera abrirse paso á través de ellos, y á fuer de cazador experimentado no vaciló en creer que el enemigo con quien iba á verse cara á cara, era alguna alimaña feroz que se aproximaba quizá con intencion de beber en el cercano arroyo.

Así era en efecto.

Un corpulento jabalí de blancos y largos colmillos, arma terrible con que la naturaleza dotó á esta clase de animales, se presentó en el pequeño claro en donde se hallaba el escudero, separando rudamente las matas que se oponian á su paso.

Su primera intencion fué dirigirse al arroyo, pero al ver á Gotomaro, que con actitud serena tendia su arco, y al oir les fuertes ladridos en que prorrumpió el perro en aquel momento, se paró bruscamente.

El jabalí es un animal terrible, con expecialidad cuando se vé acometido. Entonces no vacila un instante en embestir á los que se atrevan á hacerle frente, arrollándolo todo; lo mismo los hombres que los perros, sus más encarnizados enemigos.

Sonó un seco chasquido, y la flecha de Gotomaro partió silbando, y fué á clavarse profundamente en el lomo de la fiera.

Esta, al sentirse herida, lanzó un tremendo

resoplido, que todo lo salpicó en torno suyo de una espuma sanguinolenta, y se dirigió furiosa y amenazadora, hácia el atrevido cazador.

Gotomaro arrojó con precipitacion el arco, que en aquel momento le era completamente inútil.

Y desenvainando su espada, esperó al jabalí con ánimo sereno.

Ya hombre y fiera distaban poquísimo el uno de la otra, cuando el valiente perro, que no habia cesado de ladrar un solo instante, se atrevió á hacer frente al cerdoso animal.

Este, bufando de coraje, quiso pasar por encima del nuevo obstáculo que se oponia á su paso, y embistió al perro, procurando herirlo con sus afilados colmillos; pero el prudente animal, que estaba ya prevenido, dió un salto de medio lado, y mordió cruelmente en el cuello al enorme jabalí.

Revolvíase la fiera con prontitud, cada vez más irritada, y entonces ambos combatientes no formaron más que una masa confusa y sombría, que se revolcaba con furor procurando destruirse recíprocamente.

Aquella lucha no tardó en ser fatal al pobre perro, á quien Gotomaro procuraba inútilmente socorrer.

Herido de muerte en el vientre por las afi-

ladas defensas de su contrario, aún luchó durante algunos instantes, sin soltar la presa que habia hecho.

Pero el dolor y la pérdida de sangre le obligaron á ceder en breve, y entonces arrastrándose sobre el vientre, y dejando en pos suyo un abundante rastro sangriento, fué á ocultarse en la espesura lanzando aullidos lastimeros de dolor.

Conociendo Gotomaro que el fiel animal iba herido de muerte, embistió furioso con el jabalí, no tardando en dejarlo tendido á sus pies, despues de haberle introducido en el pecho más de la mitad de su bien templado acero.

Muerta ya la fiera, se apresuró á socorrer al pobre perro.

Este se habia tendido sobre unas matas, y allí unas veces se agitaba en horribles convulsiones, mordiendo con furor los verdes tallos, y otras quedaba inmóvil, sin respirar apenas, cual si estuviese próximo á espirar.

Gotomaro contempló con dolor á su fiel compañero, en tanto que dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas, tostadas por sol.

—¡Pobre animal!—exclamó arrodillándose al lado suyo, y procurando restañar la sangre que á borbotones salia de sus heridas.—¡Tú has sido durante muchos años mi mejor amigo, mi leal compañero, y voy á perdeter!

¡Mal haya mi aficion á la caza que es causa de tu muerte!

¡Exterminio sobre todas las feroces alimañas de estos riscos, y especialmente sobre los jabalies, raza tan inmunda como los puercos!

¡Mi buen amigo!

¡Oh, mi buen perro!

¡Yo te prometo vengar cruelmente tu muerte, y no descansar un solo instante hasta haber destruido por completo á todos lo viles animales que pueblan las montañas de Astúrias!

¡Y cumpliré mi promesa, ó pereceré en la demanda!

Al decir esto, las lágrimas de Gotomaro corrian en gran abundancia,

Su pecho se hinchaba lleno de amargos sollozos, y le costaba sumo trabajo no prorrumpir en gritos de desesperacion y de amargo desconsuelo.

Si entre nuestros lectores hay algun cazador de profesion ó aficionado al ménos á la caza, no extrañará ciertamente el pesar que Gotomaro manifestaba por su perro.

Entre un cazador y estos nobles animales los más fieles é inteligentes de la creacion, llega á reinar tan buena armonia, media tan sincero cariño, que casi casi nos atrevemos á calificar este de amistad verdadera.

Y preciso es confesarlo:

Por parte del perro especialmente, esta amistad no puede ser mas desinteresada.

Los árabes son como sabe todo el mundo muy aficionados á los perros y á los caballos, y al hablar de estos animales suelen decir con toda la gravedad que los caracteriza.

»—No prestes á nadie, ni aun á tu mejor amigo, el perro, el caballo y la mujer, que se cobijan bajo tu techo.

Alzó pesadamente su cabeza el perro de Gotòmaro, y fijó con suma ternura en este sus ojos tristes y medio nublados por el velo de la muerte.

El escudero sintió oprimírsele el corazon.

Conociendo que su leal amigo no tardaria en ser más que una masa inerte, un yerto cadáver, lo cogió por el cuello, y le besó repetidas veces en la cabeza.

¡Ay! ¡ya, en breve, su constante y sufrido compañero, no acudiria más á su llamamiento, lanzando alegres ladridos, como tenia de costumbre, ni durante su sueño se tenderia á sus pies para velar por su seguridad, como habia hecho un momento antes!

El perro volvió á fijar en Gotomaro su mirada vidriosa y mortecina.

Despues, aquella mirada se apagó por completo; el animal se agitó durante algunos momentos en pequeñas convulsiones, y luego de-

jó caer pesadamente la cabeza sobre el brazo de su amo: estaba muerto.

El protospatario de don Pelayo echó de ménos todos los dias que le restaron de vida, á su inteligente *Leal*; al fiel amigo, que solia acompañarle en sus peligrosas excursiones por el monte Auseva.

CONCLUSION.

Vamos á terminar nuestra tarea, haciendo una breve descripcion de los sencillos y á la par grandiosos munumentos, erigidos en el monte Auseva para parpetuar los gloriosos sucesos que imperfectamente hemos referido.

En el campo de *Repelayo,* del cual ya hicimos mencion, se alza un monumento compuesto de una pirámide octógona, coronada con la cruz de la victoria.

En su base, se lée la siguiente inscripcion:

EN ESTE CAMPO DE RE-PELAO
DESPUES DE LA VICTORIA DE COVADONGA
ANUNCIADA POR LA APARICION DE LA SANTA CRUZ,
FUE PROCLAMADO REY DON PELAYO.
LOS SEÑORES INFANTES DE ESPAÑA,

DUQUES DE MOTPENSIER
EN SU VIAJE Á ASTURIAS Y VISITA Á COVADONGA
EL DIA 15 DE JUNIO DE 1857,
MANDARON EXIGIR Á SUS EXPENSAS ESTE OBELISCO
QUE SE INAUGURO.

¡Que cúmulo de ideas asaltan al viajero curioso y observador en presencia de aquel monumento erigido á la memoria del héroe inmortal vencedor de los infieles!

A su vista, el corazon ménos entusiasta, el alma ménos religiosa, experimenta una impresion dulcísima, y no es extraño observar tambien, que los ojos se humecen tiernamente, con las puras y sacrosantas lágrimas del amor pátrio.

Pero en donde este amor raya en delirio, es en presencia del sepulcro de don Pelayo.

La rudeza con que este sepulcro se halla construido, es el mejor testimonio de la autenticidad de aquel tosco y sencillo monumento, que encierra las cenizas del que lanzando el santo grito de independencia, hizo que el pueblo godo despertase al fin de su prolongado letargo.

Al ver la tumba de nuestro héroe más querido, no es posible permanecer impasible durante muchos tiempos.

Todo aquel que la contempla, besa con religioso respeto sus piedras venerables y ennegre-

cidas por la lenta é inflexible accion de los años, y se arrodilla ante la sencilla reja que cubre el sepulcro, en tanto que sus labios murmuran una oracion fervorosa.

Encima de la cueva en donde está enterrado don Pelayo, como así mismo su mujer Gaudiosa y su hermana Usenda, existe bastante legible esta otra inscripcion:

AQVI YAZE EL S DON PELAIO (1)
ELLETO EL AÑO DE 716. QVE EN
ESTA MILAGROSA CVEBA COME
NZO LA RESTAVRACION DE ESPA
ÑA BENCIDOS LOS MOROS, FALLECIO
AÑO 737 Y LE ACOMPAÑA S.MVGER Y ERMANA

¡Bendicion eterna sobre el héroe sin par!

¡Gloria inmortal sobre su nombre esclarecido.

¡Sin él, aún quizá gemiríamos á estas fechas bajo el yugo de un pueblo altanero y poderoso, como gimieron durante tantos años nuestros antepasados!

¡Sin el invicto don Pelayo, cuyos hechos memorables hemos procurado narrar del mejor modo posible, otros héroes tambien; los reyes Católicos, Fernando é Isabel, no hubieran podido acaso arrojar de su último baluarte, Grana-

(1) Don Pelayo murió en Cangas, despues de un glorioso reinado de diez y nueve años.

da, á nuestros orgullosos vencedores de un dia!

Don Pelayo ha muerto; sus restos reposan en humildísima sepultura, pero su nombre no morirá nunca.

Esa gigantesca y noble figura de un pasado que hoy se recuerda con orgullo, se destaca grandiosa, severa é imponente, para recordarnos á nosotros, hijos de un siglo más egoista y degenerado, que aquel en que han vivido, nuestros sagrados deberes.

Que todas las naciones han tenido hombres grandes y respetables, no admite duda alguna; pero pocas pueden envanecerse y engalanar su historia, con un nombre tan glorios como el de nuestro don Pelayo.

*
* *

Á una legua del campo de *Repelayo*, existe un lugar llamado el *Campo de la Jura.*

En aquel sitio, los vencedores del ejército moro hicieron solemne juramento de obediencia sin límites, al monarca que acababan de proclamar.

Desde entonces, y hasta el año de 1808, los jueces del Concejo de Cangas, iban al campo de la Jura á tomar posesion de la vara de Justicia, recuerdo lógico y solemne que creaba á los jueces en el mismo punto donde habia nacido la autoridad.

Uno de nuestros primeros literatos contemporáneos (1), en su preciosa obra titulada: *Historia, tradiciones y leyendas de las imágenes de la Vírgen, aparecidas en España*, al ocuparse de la Vírgen de Covadonga, hace una elegante y erudita dercripcion, de la cual vamos á entresacar algunos párrafos.

«En medio de la vega de Cangas,—dice este »notable autor,—una capilla elevada á la San»ta Cruz, marca el sitio de la batalla que se »atrevió á dar á Alcama y á sus fugitivos es»cuadrones, el rey don Pelayo, enseñándose aun »unas rayas profundas sobre una peña, á orillas »del camino, que los asturianos atribuyen á un »resbalon de la mula de don Pelayo, contando »con igual sencillez, que durante la accion, el »diablo se llevó al arzobispo don Oppas.»

El gigantesco é imponente Auseva, ese monte glorioso, al cual cada español debiera visitar una vez al ménos durante su vida, aún permanece allí, y permanecerá á no dudarlo, hasta la consumacion de los siglos, como monumento imperecedero de tantas glorias.

El monte Auseva, hoy se llama *monte de la Vírgen.*

Coronada su altiva y arrogante cabeza con el gran lago de Enol, al cual circundan robus-

---

(1) El conde de Fabraquér.

tas encinas, apoya su planta sobre un pedestal de granito, donde rebotaron las flechas del ejército agareno.

«Allí abre todavía la cueva longa,—dice el »autor ya citado;—su boca de cuarenta pies y »de treinta de fondo, y desde diez á cuarenta de »altura: el techo es de peña áspera y desigual. »con varias sinuosidades y covachas alrededor: el »piso se halla formado en parte por la peña, y »cerca de la mitad por un tablado, sostenido á »noventa pies sobre el rio Deva, por vigas que »solo por su extremo encajan en la roca. Este »frágil apoyo sostiene un antepecho de madera «de cuarenta pies de largo, que ocupa todo el »frente de la cueva, á cuyo extremo una estre»cha capilla guarda el altar de *la Vírgen de »Covadonga*, de tosca escultura. Esta atrevida »construccion, recuerdo de la que tantos siglos »existió, que era llamada *el milagro de Cova»donga*, hace concebir lo admirable que seria el »templo, que incendió un rayo en la noche »del 18 de Octubre de 1777, que era todo de »madera, y sostenido con igual mecanismo y »con mayor artificio, ocupaba toda la cueva, sus»pendida en el aire sobre el Deva, aquel rio. »que como cuentan las crónicas, se hizo grande »con la sangre de los moros.»

Allí, en la covacha de la derecha, resguardada por una tosca verja en lo exterior, reposa

bajo una sencillísima piedra, el rey don Pelayo, aquel héroe grandioso del catolicismo.

Enfrente hay otra sepultura tambien humilde, pero igualmente rica en gloria.

Esta sepultura está empotrada en la pared, y encierra los restos mortales de Alfonso el Católico, continuador de las grandes empresas de don Pelayo.

Existe una ermita que está colocada al extremo del corredor, y entrada de la cueva, la cual se halla enteramente suspendida sobre su poyo, siendo muy reducida, pues no pasa de tres varas cuadradas, y de otro tanto de altura.

En esta ermita se venera la imágen de la Vírgen, á cuyos pies acudieron durante tantos y tantos siglos los monarcas de toda la cristiandad, y un número incalculable de peregrinos; los unos á llevar ricas ofrendas, y los otros á implorar humildemente la proteccion de la Madre de Dios.

Alfonso I erigió en la misma cueva de Covadonga un monasterio, que andando el tiempo, pasó á ser de los canónigos seglares de San Agustin.

Aún en los tiempos de mayores revueltas políticas, la colegiata de Covadonga ha sido muy respetada; y cuando en el año de 1841 se vendieron todos los bienes del clero, los bienes raíces, afectos al culto de la Vírgen de Co-

vadonga, fueron religiosamente respetados.

Pio IX, en un concordato que celebró para el arreglo del clero, y de la diócesis de España, encomendó mucho la conservacion de esta Colegiata, como uno de los más antiguos monumentos de nuestras glorias nacionales.

La vista de Covadonga, elevándose sobre el camino real, sorprende agradablemente.

Sobre el espectador se eleva una montaña gigantesca, á una altura de cuatro mil pies. Su cima está coronada de hayas y encinas de remota antigüedad.

En su centro se alza la peña y *cueva longa*, mudo teatro de históricas grandezas, y en ella la pequeña capilla de la Vírgen, de que ya hemos hablado.

Más abajo se divisa la obra del genio del hombre; una especie de hermoso alcázar, por cuya puerta se desprende el Deva con inmenso estruendo, formando al caer un velo brillante y plateado, que bordan blancas espumas, y en el cual reflejan los rayos del sol, cual si fuera sobre acero pulimentado.

Más allá, hay un puente, y despues otra cascada natural, hermosa sobre toda ponderacion, la cual, al estrellarse, salpica al viajero con sus frescas y blancas perlas.

Al pié de la peña está la Colegiata

Todos los años, el dia 8 de Setiembre, se ce-

lebra una romería, á la cual asiste un inmenso gentío, procedente de todos los puntos de Astúrias.

Al recorrer doña Isabel II, durante el verano de 1858, las provincias de Castilla la Vieja, Leon, Astúrias y Galicia, visitó el monte Auseva y la cueva de Covadonga, regalando á la Vírgen, además de algunas alhajas de gran precio, un doble pontifical completo, blanco y encarnado, recamado de oro, compuesto de seis capas de coro, dos casullas, cuatro dalmáticas, un frontal, un paño de púlpito, y una preciosa mitra cubierta de piedras preciosas.

Dios ha colocado en el Norte de España un gigantesco monumento para atestiguar una de las glorias más preciadas de nuestra historia: aquel monumento es el monte Auseva.

El inmortal Pelayo al rechazar las huestes africanas, dió notable ejemplo de lo que debia al pueblo que depositara en él su confianza, combatiendo, no por intereses mezquinos, sino por sus más altos y elevados intereses, entre los cuales se cuenta en primer término, la independencia de su pátria.

Nuestra amada España contó despues, con muchos imitadores de aquel grande hombre.

Durante ocho siglos, los árabes no dejaron de ser ostigados; pues su dominacion se hacia odiosa é irresistible á nuestros valerosos antepasados.

El noble ejemplo de don Pelayo, dió muy razonados frutos.

Leonidas y sus trescientos espartanos, pretendiendo detener en las Termópilas el ejército de Jerges, perecieron gloriosamente.

Don Pelayo hizo más.

Don Pelayo contando tambien con escasos medios de defensa, se atrevió á hacer frente, y lo que es más notable todavía, derrotó por completo el numeroso ejército de los sectarios de Mahoma.

*
* *

Como aun no se ha rehabilitado, ni es posible que se rehabilite la memoria del aborrecible don Oppas, los sencillos habitantes de las montañas de Astúrias, creen que su alma condenada vaga durante las noches tormentosas, por aqnellos riscos pintorescos.

En los silbidos del viento, en las pavorosas armonías de la tempestad, creen escuchar sus gritos de desesperacion, y sus desgarradores lamentos.

Cuando un buho, ó alguna otra ave nocturna grazna desapaciblemente desde lo alto de una torre, ó en la espesura de una selva, no es extraño oir decir á los moradores de aquellas montañas:

—¡Hé ahí el alma del malvado don Oppas,

á quien atormenta en este instante el diablo!

Completaremos las noticias que hemos dado acerca de la Vírgen de Covadonga, diciendo que en Matanzas, que es la segunda ciudad de la Isla de Cuba tanto por su importancia comercial como por otras razones, la admirable patrona de Astúrias es objeto de un culto tan ferviente como entusiasta.

Los asturianos que allí residen, edificaron á sus espensas en lo alto de una montaña que se llama *la Cumbre*, una pequeña y lindísima ermita con la advocacion de la Vírgen de Covadonga.

En este santuario, al cual se tiene gran veneracion en la Isla de Cuba, se celebra anualmente una romería, que es en extremo concurrida.

No hace mucho tiempo que en el pueblo de Matanzas se agitaba el pensamiento de cambiar á la poblacion el nombre con que es conocido, por el de *Vírgen de Covadonga.* El pensamiento no pudo realizarse por causas que ignoramos.

FIN.

ÍNDICE

